

Periferias

Revista de Ciencias Sociales

Año 12 • N° 16

Segundo semestre de 2008

FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES
SOCIALES Y POLÍTICAS
www.fisyp.org.ar

Revista *Periferias*
FISyP, Fundación de Investigaciones Sociales y
Políticas.
Av. Corrientes 1515, 6to. "B".
(CP1042AAB) Buenos Aires, Argentina.
Tel./Fax 4371-0538
Mail: fisyp@fisyp.org.ar
periferias@fisyp.org.ar
www.fisyp.org.ar

Producción editorial:
Darío Stukalsky

Corrección:
Julián Sánchez

Periferias es una publicación semestral.

Precio del ejemplar: \$ 15.

Impreso en C&S Impresiones Offset
Pueyrredón 2011, (1650) Villa Maipú,
Pdo. de San Martín - Pcia. de Buenos Aires - Argentina.

La Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas es una entidad sin fines de lucro, dedicada a la actividad de investigación, docencia y difusión en diversas áreas de Ciencias Sociales. Promover la edición de *Periferias*, Revista de Ciencias Sociales, es una iniciativa asumida como parte integrante de su actividad académica.

ISSN: 1514-559X

COMITÉ EDITORIAL

Daniel Campione
Alberto Fortunato
Julio Gambina
Oscar Martínez
Miguel Mazzeo
Beatriz Rajland

COLECTIVO DE REDACCIÓN

Mariana Carroli
Florencia Martínez
Alexia Massholder
Gastón Varesi
Martín Unzué

CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL

Giorgio Baratta
(Universidad de Urbino, Italia)
Javier Arzuaga
(Universidad Autónoma del Estado de México)
Manuel Monereo
(Fund. de Investigaciones Marxistas-España)

Raúl Zibecchi
(Revista Brecha-Uruguay)
Georges Labica
(Universidad París X-Francia)
Tomás Moulian
(Universidad Arcis-Chile)

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Presidente: Julio Gambina
Daniel Campione
Beatriz Rajland
Oscar Yankilevich
Secretario Ejecutivo: Santiago Lizuain

COLABORADORES

Juan Francisco Lizuain
Marlene Bracht

SUMARIO

Del comité editorial

Entre la crisis mundial y el conflicto local 7

Dossier: Estados Unidos

Estados Unidos: la república teocrática

Pablo Pozzi 11

Estados Unidos: Absolutismo militar y guerras paraestatales

Fabio Nigra 31

Crisis en EE.UU. ¿Cuál es el destino del orden mundial?

Julio C. Gambina 57

Carta desde los Estados Unidos (Agosto 2008)

Victor Wallis 71

Artículos

Crisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina

Massimo Modonesi 81

La actualidad de la deuda argentina. Resolución del default, actores
y políticas en el modelo post-convertibilidad, 2002-2007

Gastón Ángel Varesi 111

La dimensión simbólica del Estado.

Notas para analizar la relación entre institucionalidad estatal
y conflicto social

Martín Cortés 135

Sangre roja. Un estudio sobre la transmisión de la tradición del Partido Comunista Argentino durante la dictadura y la posdictadura
Graciela Browarnik 149

Duas décadas de neoliberalismo no Brasil: a economia política da continuidade
Marcelo Dias Carcanholo 173

Comentario de libro

A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935, de Hernán Camarero
Agustín Nieto 205

Resultados del Concurso Periferias

La participación como ejercicio de la democracia 206

DEL COMITÉ EDITORIAL

Entre la crisis mundial y el conflicto local

Hace más de un año que estalló la crisis de las hipotecas en EE.UU., y hace más tiempo que se venía anunciando un aterrizaje de la economía estadounidense, aunque nadie acertaba a señalar el momento y la profundidad. La realidad estalló a mediados de septiembre y con una inusitada fuerza que arrastró antiguas y poderosas entidades del sistema financiero, engendró fusiones y un fuerte colapso, extendiendo la crisis al mundo. El fenómeno se cobró la estantería ideológica de la “libertad de mercado” construida en tres décadas de hegemonía neoliberal y anticipa un futuro de recesión en la economía mundial. Crujió el proyecto neoliberal y con él se pensó en el fin del capitalismo, claro que, y no es un dato irrelevante, el proyecto alternativo no estaba a disposición para un recambio instantáneo. La crisis habilita a pensar en el proyecto social anticapitalista, pero ello no supone necesariamente su materialización, requiriéndose para ello la constitución de un sujeto social concreto que intervenga para la transformación revolucionaria de la sociedad. La crisis en el capitalismo es un dato de la realidad y vino para quedarse un tiempo prolongado. Crisis y conflicto son parte del presente y del futuro inmediato.

Se derrumba un modelo surgido del ensayo en el Cono Sur de nuestra América a comienzos de los 70 bajo dictaduras militares, e instalado con la restauración neoconservadora en el Reino Unido de Thatcher (1979) y en

el EE.UU. de Reagan (1980). Su hegemonía se impuso en el sistema mundial, y también digamos que cobró fuerza la resistencia global en cónclaves, luchas y movilizaciones del movimiento popular contra la deuda externa, el libre comercio, la precariedad en el empleo, y contra los organismos multilaterales promotores del proyecto del capital: la liberalización. Pero es cierto que la crisis se manifiesta por contradicciones internas de la forma de funcionamiento que asumió la acumulación capitalista en las últimas tres décadas. La salida de la crisis de los años 60 y 70 supuso una reestructuración regresiva de las relaciones sociales y el aliento a formas especulativas de administración del ciclo del capital. Se trató de un modelo exacerbado y estimulado desde el poder de decisión del Estado en los países más poderosos del sistema del capital, especialmente en EE.UU. Eso es lo que ahora entró en crisis y cuya salida requiere una gigantesca intervención pública para relanzar el proyecto liberalizador de las transnacionales. No se trata de neokeynesiano, sino de la muleta estatal capitalista para relanzar el proyecto de máxima del capital.

El capitalismo que viene será más reaccionario y autoritario. Es una tesis que contradice alguna imagen instalada de retorno de una política neokeynesiana o de reinstalación del modelo de Estado benefactor. Aquel modelo fue posible por la existencia de un proyecto socialista en curso en plena crisis del 30 y que alentaba el imaginario alternativo de las luchas de los trabajadores, especialmente en Europa. La respuesta reformista del capital estaba asociada al poder popular emergente. Hoy solo puede prefigurarse una potencialidad alternativa en procesos sociales y políticos diversos que recorren la geografía latinoamericana y caribeña. Es una posibilidad que nosotros alentamos desde el debate teórico en *Periferias*, y por eso en este número incluimos algunas colaboraciones para comprender mejor el proceso actual en EE.UU.

La crisis capitalista también golpea en Argentina y, más allá de los discursos o los datos, creíbles o no, de la evolución económica local, existen ya indicios de deterioro de la calidad de vida de los sectores más desprotegidos, con cesantías, suspensiones y amenazas a una reactivación que se mostraba fortalecida en los últimos tiempos. El escenario político nacional tiende a teñirse de conflictividad, entre los que demandan mejoras

en sus deterioradas condiciones de vida y aquellos que no están dispuestos a resignar la fortísima acumulación de ganancias generadas luego de la devaluación del 2002. En ese marco de conflictividad se procesó en buena parte del año “el conflicto del campo”.

El acontecimiento generó una importante discusión en buena parte de la sociedad, que involucró un conjunto de categorías que precisan ser analizadas con sentido crítico. En FISyP elaboramos una declaración¹, producto del debate y la reflexión colectiva, en la que discutimos el tema de la “intervención” estatal, válido para extrapolar a la gigantesca ayuda de los Estados a sus bancos colapsados en el sistema financiero mundial. En este sentido, creemos que es necesario alejarse de lecturas que prefiguran las instituciones del Estado como meros “instrumentos” de las clases dominantes, sin caer tampoco en aquellas que las perciben como instituciones “neutras” que dirimen el conflicto de intereses desde la imparcialidad. El Estado moderno es producto del capital en sentido histórico, y al mismo tiempo es espacio de lucha disputado por las clases subalternas. Existe un sentido común instalado de que el Estado en los 90 no intervenía (eso era ser neoliberal) y que, en cambio, ahora sí lo hace (porque estaría dejando de ser neoliberal). Ambas afirmaciones deben ser cuestionadas.

El carácter de clase del Estado hace que este intervenga en resguardo y reaseguro de la política de los sectores hegemónicos, y que es la lucha de las clases subalternas la que disputa el sentido de la intervención estatal. A partir del “conflicto del campo” se escucharon voces que predicaban una falsa dicotomía entre Estado y mercado, ya que la intervención estatal existe siempre y se manifiesta de formas diversas. La discusión es saber quiénes se benefician y quiénes se perjudican con la misma. Estas nociones del sentido común han sido refutadas, por ejemplo, por las medidas de rescate del sector financiero en EE.UU., donde se prefiguraron acciones estatales dirigidas a intentar contener la crisis y salvaguardar los intereses de los sectores dominantes socializando sus pérdidas. Por eso preferimos hablar de clases dominantes y no hacer vagas alusiones a “nuevas derechas” que

¹ La declaración completa de FISyP sobre la situación nacional se encuentra en <http://www.fisyp.org.ar/modules/tinycontent/index.php?id=56>

evitan caracterizar en términos clasistas. El gobierno del Estado intenta organizar un bloque social y político para el desarrollo del capitalismo en la Argentina. Nosotros consideramos que la tarea en la etapa actual de crisis y conflictividad social es la de constituir sujetos que disputen el orden social y transformen la crisis en oportunidad para el proyecto emancipador, por el socialismo, en el camino del proceso que asumen algunos pueblos en Latinoamérica y el Caribe.

Entendemos que son necesarios cambios de fondo, estructurales, en nuestra realidad socioeconómica. No alcanza con el discurso crítico y medidas parciales porque, al no removerse las reformas estructurales regresivas, se corre el peligro de la reversión política favorable a las demandas de las clases dominantes. El punto nodal del escenario político actual se evidencia a partir de la ausencia de una alternativa política de los trabajadores y el pueblo que tenga la organización y la convicción necesarias para llevar adelante una estrategia de poder popular que promueva la redistribución del ingreso, como parte esencial, en la urgencia hacia los cambios profundos que se necesitan para acometer la tarea del cambio social. Las izquierdas y el progresismo se posicionaron en forma diferente frente al conflicto, y quienes promovieron pronunciamientos independientes no alcanzaron visibilidad.

Entendemos que, en estos tiempos de crisis, la tarea de la hora es la conformación de una alternativa política transformadora, con autonomía y desarrollo propios, para que desde allí se pueda confluir en apoyo de medidas que beneficien a los sectores populares. Se requiere un proyecto que avance en materia de recuperación de los recursos naturales, de creación de unidad latinoamericana, de distribución del ingreso y la riqueza, y que promueva cambios profundos en las relaciones de producción y en la correlación de fuerzas sociales. Esperamos que esta nueva entrega de *Periferias* contribuya para hacer realidad esos propósitos.

Buenos Aires, octubre de 2008

ESTADOS UNIDOS: LA REPÚBLICA TEOCRÁTICA

*Pablo Pozzi**

El capitolio norteamericano se encuentra coronado por una inmensa rotonda. Este es uno de los lugares simbólicos de mayor importancia de Estados Unidos, donde son oficialmente velados los presidentes norteamericanos antes de ser enterrados en Arlington, Virginia. El lugar es revelador porque se encuentra decorado con un fresco titulado “La apoteosis de George Washington”. El mismo llama la atención puesto que lo que muestra es al primer presidente norteamericano subiendo al olimpo celestial para convertirse en un dios, rodeado de trece vírgenes que representan a cada uno de los estados originales. El contraste con el muralismo mexicano, o con los cuadros bonapartistas de Delacroix, o aun con la iconografía soviética, es más que ilustrativo. El destino y la pertenencia de Washington y sus sucesores son claramente divinos, no seculares. Si bien Estados Unidos se reivindica una nación “democrática”, su legitimidad no proviene del pueblo sino directamente de Dios. En este sentido, el fundamentalismo religioso del actual gobierno de George W. Bush no es algo nuevo sino que es una construcción histórica desde principios del siglo XIX. Asimismo, la receptividad que este fundamentalismo encuentra en amplios sectores de la

* Profesor Titular de la Cátedra Historia de los Estados Unidos de América, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

sociedad norteamericana se basa en la construcción de un nacionalismo cuya argamasa fue la justificación divina para la existencia de la Nación. Así, el ideario y el imaginario religioso han inficionado la cultura¹ norteamericana, convirtiéndose en la legitimación de su sistema capitalista, con sus características particulares, en particular su expansionismo.

La hipótesis central de Max Weber fue que había una relación estrecha entre el surgimiento del capitalismo y la religión protestante.² Quizás en ningún otro lado esto ha sido más cierto que en el caso norteamericano. Desde sus inicios como nación, el tema religioso ha sido tanto un elemento central para la hegemonía de la clase dominante norteamericana como una de las herramientas clave de la acumulación capitalista. De hecho, la consigna oficial estadouni-

¹ Aquí adoptamos la definición de cultura “social”. Según Raymond Williams, este tipo de definición de cultura implica “una descripción de una forma de vida particular, que expresa ciertos significados y valores no sólo en el arte y en el aprendizaje, sino también en instituciones y el comportamiento cotidiano [...] ...la teoría cultural es el estudio de las relaciones entre los elementos en toda una forma de vida. El análisis cultural es el intento de descubrir la naturaleza de la organización, que es el complejo de estas relaciones. [...] Una palabra clave en este análisis es ‘patrones de conducta’: es con el descubrimiento de un patrón característico [...] el cual revela identidades y correspondencias [...] El término que utilizaría para describir esto es ‘la estructura de sentimiento’.” Raymond Williams, *The Long Revolution* (Harmondsworth: Penguin, 1965), págs. 57-70. Lo que aquí se argumenta es que en Estados Unidos se desarrollaron una serie de criterios y patrones de conducta que conformaron una “estructura de sentimiento”, o sea un tipo de cultura social específica. Es evidente que existen una cantidad de problemas para aplicar un término como “cultura” al conjunto de pautas y criterios que articulan la identidad norteamericana. Sin embargo, creo que no hay mejor manera de referirse a una serie de valores y principios que generaban un comportamiento aceptado como propio y correcto constituyendo una visión de mundo, una postura ideológica, una perspectiva grupal y una forma de relacionarse con el conjunto socio-político nacional y mundial.

² Véase Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. New York: Charles Scribner’s, 1958. En general, la visión de Weber ha sido mal traducida, por la cual el protestantismo ha sido gestor del capitalismo a partir de su énfasis en el valor del trabajo, su reivindicación del ahorro y de la sobriedad. En realidad, el planteo de Weber es mucho más complejo: plantea una relación dialéctica entre ambos conceptos, conformando lo que él denomina “una cultura moderna” que se articula con la vida social y económica para generar condiciones favorables al desarrollo capitalista. Aquí lo que se plantea es que el capitalismo hace uso del protestantismo en función de sus propios fines, resignificando sus contenidos y concepciones religiosas.

dense (“*In God we Trust*”) es reveladora de las premisas ideológicas subyacentes en esa sociedad. Como expresó Bronislaw Baczko: “En efecto, en el corazón mismo del imaginario social, en particular con el advenimiento y el desarrollo del Estado, se encuentra el problema del poder legítimo o, más bien, para ser más precisos, de las representaciones fundadoras de legitimidad. Toda sociedad debe inventar e imaginar la legitimidad que le otorga poder.”³

A partir de la idea de que, más allá del racionalismo de personajes como Jefferson o Franklin, la cultura norteamericana tiene un fuerte basamento en nociones premodernas⁴ (previas a la Ilustración), esta ponencia revisa algunos aspectos de la historia cultural y política norteamericana. Fue el hito histórico 1830-1845 que implicó una profunda resignificación cultural a partir de la estrecha relación entre cultura, políticas de Estado, capital y religión en Estados Unidos, generando un “sentido común” teocrático por el cual la identidad norteamericana (su nacionalismo) era estructurada y legitimada por Dios. De esta manera, la piedra basal de la hegemonía de la burguesía norteamericana son las ideas religiosas, funcionales a la acumulación y la dominación del capital, y que estas subyacentemente guían la estructuración del nuevo Estado independiente, conformando un gobierno moderno y republicano en apariencia, aunque teocrático en lo cultural y político. Frente a los distintos desafíos a la dominación, la burguesía norteamericana recurrió a la religión como ideología y como legitimación. “El control del imaginario social, de su reproducción, de su difusión y de su manejo asegura, en distintos niveles, un impacto sobre las conductas y actividades individuales y colectivas, permite canalizar las energías, influir en las elecciones colectivas en situaciones cuyas salidas son tan inciertas como imprevisibles.”⁵ Uno de los resultados ha

³ Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, pág. 28.

⁴ En particular, nos referimos al concepto por el cual el relato bíblico era aceptado como verídico, y no alegórico, y la historia humana se encontraba determinada y guiada por designio divino. La base de esta concepción era la fe y no la razón, por lo cual el papel del ser humano en la historia era esencialmente pasivo. Véase Fontana, Joseph, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pág. 39.

⁵ Baczko, op. cit., pág. 30.

sido el desarrollo de una cultura popular con fuertes características nacionalistas pero basada en la irracionalidad premoderna, incomprensible para analistas y ciudadanos de otros países cuyas naciones se forjaron bajo la influencia de las ideas ilustradas. Es así como se da una serie de situaciones difíciles de concebir en otras latitudes. Entre muchos posibles ejemplos señalemos que el Estado (y el conjunto social) determinaron la proscripción de las ideas de Darwin en las escuelas (Juicio Scopes, 1926); que tanto el senador Joseph McCarthy como la CIA utilizaron la religión como uno de sus pilares en la cruzada anticomunista de la Guerra Fría; o que presidentes como Richard Nixon y George W. Bush definieron elementos centrales de su política exterior “comulgando con el espíritu divino”.

La relación entre religión e ideología implicó una resignificación de toda una serie de conceptos en cuanto al sistema político y a la naturaleza del Estado. Como señaló hace ya cuarenta años el sociólogo norteamericano Irving Louis Horowitz, muchos de sus compatriotas opinan que “para restablecer el propósito de la vida de la sociedad, es necesario asignar a la ley moral un papel fundamental, eximiéndola de las leyes de la Historia. [...*Así*] la democracia [*es*] una serie de deberes basados en la realidad de una obligación universal de obedecer la ley moral. [...] La sanción moral se convierte en la sanción de Dios. [...*Y así*] El estado es la autoridad más alta entre las autoridades seculares. El Estado adquiere la naturaleza de Dios.”⁶ Por lo cual la separación de Iglesia y Estado sería la base de la decadencia humana, y algo que debe ser combatido por todos los medios. El resultado de esta visión es una sociedad cuyas decisiones se basan en criterios y considerandos religiosos, o sea es una sociedad teocrática, cuyas características recuerdan al período anterior a la Ilustración. Al decir de Horowitz, el objetivo del Estado teocrático norteamericano es “la salvación y el establecimiento de la Ciudad de Dios en la Tierra”.⁷ Por supuesto, esta no es una teocracia como lo fueron la Ginebra de Calvino, el Massachussets puritano o los mormones de UTA, donde el sacerdote es al mismo tiempo

⁶ Horowitz, Irving Louis, *Ideología y utopía en los Estados Unidos 1965-1976*. México, Fondo de Cultura Económica, 1977, págs. 155-157.

⁷ Op. cit., pág. 158.

representante divino y cabeza del Estado. Sin embargo, como gran potencia mundial y como nación inmensa y heterogénea, Estados Unidos muestra una serie de características que, en el mundo actual, sólo pueden ser consideradas como teocráticas: George W. Bush es un presidente electo que se considera vocero de Dios; el partido de gobierno se basa principalmente en predicadores, iglesias y una base social fundamentalista religiosa; la política nacional e internacional de la Casa Blanca tiene fuertes componentes de motivaciones religiosas y de perspectivas bíblicas.⁸

Que la visión estudiada por Horowitz no es la de una pequeña minoría lo demuestra una serie de encuestas de opinión pública realizadas en distintos momentos. En 1992, según la encuestadora Gallup, 47 por ciento de los norteamericanos estaban de acuerdo en que “Dios había creado al hombre a su imagen y semejanza en algún momento durante los últimos diez mil años”; 40 por ciento más estaba de acuerdo en que “el ser humano se había desarrollado a través de millones de años de formas de vida menos avanzadas, pero Dios había guiado este proceso, incluyendo la creación del hombre”. Sólo 9 por ciento opinaba que Dios no había tenido nada que ver.⁹ Al mismo tiempo, en 1955, si bien 90 por ciento de los norteamericanos reivindicaba la libertad de expresión como un elemento fundamental de la democracia estadounidense, 37 por ciento opinaba que esta libertad no debía ser respetada si el orador era crítico de las iglesias o de la religión.¹⁰ Diez años más tarde, 25 por ciento de los norteamericanos opinaba que la libertad de creencias no se aplicaba en el caso de los ateos.¹¹ Inclusive, en las encuestas realizadas en 2004 y 2005, los resultados también fueron reveladores. La inclinación teocrática del elec-

⁸ Es interesante considerar la fuerza de la visión y de la hegemonía norteamericana; buena parte de la población mundial considera a Estados Unidos como una nación “democrática” basada en la libertad religiosa, si bien muestra características más cercanas a estados teocráticos como Israel, Irán o Arabia Saudita.

⁹ *The New York Times*, July 26, 1992. Según una encuesta del City College of New York, 90 por ciento de los norteamericanos se consideraban como “muy creyentes”.

¹⁰ Stouffler, Samuel E., *Communism, Conformity, and Civil Liberties*. Garden City, N.J., Doubleday & Co., 1955, pp. 29-42. Basado en una muestra nacional de 4.933 encuestados.

¹¹ McClosky, Herbert, “Consensus and Ideology in American Politics,” *American Political Science Review*, 58:2 (June 1964), 361.

torado norteamericano quedó clara cuando 65% de los republicanos, 40 por ciento de todos los votantes, e inclusive 20 por ciento de los liberales, consideraban que los dirigentes políticos debían basarse en criterios religiosos para tomar decisiones.¹² Más aun, 35 por ciento de todos los votantes y 22 por ciento de los que se definieron como “no creyentes” opinaron que los dirigentes religiosos debían ejercer su influencia sobre los políticos nacionales.¹³ Mientras que 37 por ciento de todos los norteamericanos opinaba que los dirigentes religiosos debían influenciar las decisiones gubernamentales.¹⁴ Inclusive es interesante considerar que la encuesta realizada por el *Journal of American History* entre mil historiadores norteamericanos –todos con puestos de profesores universitarios, o sea parte de la elite intelectual– revelaba que una pluralidad importante consideraba a la Biblia como el libro más influyente en su labor profesional.¹⁵

Para distintos analistas todo lo anterior sería un resultado de la herencia protestante y de la influencia del puritanismo calvinista en la cultura y la identidad nacional norteamericanas. Suponiendo que esta interpretación fuera acertada, no explica cómo estas perspectivas religiosas se convirtieron en hegemónicas. Parecería que una forma particularmente dogmática de calvinismo llegó a tener un peso fundamental en la cultura norteamericana a través de un proceso de ósmosis. Mi hipótesis es que, al igual que otras naciones que se estructuraron en la época de la Ilustración y de la Revolución Francesa, Estados Unidos compartió las ideas y valores del racionalismo. La evolución histórica posterior hizo que la misma elite ilustrada, que lideró su independencia, abandonase conscientemente estos con-

¹² ABC/Washington Post, April 2005, citada en *The Nation* (Mayo 1, 2006).

¹³ ABC/Washington Post, May 2004.

¹⁴ Es interesante comparar con otros países: sólo 20 por ciento de los británicos, 17 por ciento de los españoles y 12 por ciento de los franceses opinaban lo mismo. Associated Press/Ipsos, International Comparisons, June 2005.

¹⁵ Publicada en el número 81:3 (December 1994). Es importante señalar lo que este dato parece implicar. En otras culturas, más influenciadas por la Ilustración, pocos profesionales responderían de esta manera a la pregunta “¿qué obra es la que más ha influido sobre su labor como historiador?” Esto no implica que no consideraran importante la Biblia en su vida, sino que la comprensión de la pregunta sería otra, a menos que el encuestado quisiera reflejar una toma de posición con su respuesta.

ceptos para difundir una filosofía premoderna como elemento de articulación de una dominación de masas y de una identidad nacional. Aquí se puede aplicar lo que explicó Baczko:

“A lo largo de la historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de sus propias representaciones globales, otras tantas ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder o elaboran modelos formadores para sus ciudadanos tales como el ‘valiente guerrero’, el ‘buen ciudadano’, el ‘militante comprometido’, etcétera. Estas representaciones de la realidad social (y no simples reflejos de ésta), inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable, sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social... Imaginarios Sociales parecieran ser los términos que convendrían más a esta categoría de representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella.”¹⁶

Fue durante el siglo XVIII que se forjó un proceso cultural conflictivo que sería una de las principales herencias coloniales de los Estados Unidos. En este proceso se desarrollaron una serie de conceptos que serían fundamentales tanto para la constitución de una identidad nacional norteamericana, como para un desarrollo capitalista y, eventualmente, para una hegemonía ideológica. Uno de estos cambios claves fue el desplazamiento conceptual desde la “multitud mecánica” (artesanal) hacia la “chusma sin trabajo”. Los efectos de esta revisión fueron enormes. Hasta ese momento el *demos* incluía a la multitud de no propietarios que eran vistos como productores. La nueva visión tomó cuerpo en la ideología artesanal del “radicalismo”, cuya expresión más acabada fue Thomas Paine, que cuestionaba la base de sustentación ideológica de la elite dominante durante el período colonial, y dividía a la sociedad en productores y parásitos.¹⁷ De esta mane-

¹⁶ Baczko, op. cit., pág. 8.

¹⁷ Foner, Eric, *Tom Paine and Revolutionary America*. New York, Oxford University Press, 1976.

ra, al día de hoy la esfera de la producción es un atributo (insólito) no de los que producen sino de los que son dueños de los medios de producción; hasta el punto de que las asociaciones patronales se refieren a sí mismas como “asociaciones de productores”. Lentamente, durante más de un siglo, esta ideología no clasista fue siendo resignificada de manera que las virtudes del trabajo se fueron asociando a la propiedad y no a la producción.

Esto fue el resultado de una evolución en la tradición anglosajona. La Carta Magna, glorificada por la historiografía inglesa como elemento democrático, no fue un documento redactado e impuesto al rey en beneficio del *demos* sino más bien en el de los señores feudales. Lo mismo podemos decir de Cromwell y de la Revolución Gloriosa de 1688 que representaron los intereses de los propietarios y no el de los sectores populares. Sintetizado por John Locke, el pueblo no es soberano sino, más bien, es representado por una minoría propietaria. La historiadora Ellen Meiksins Wood¹⁸ se basó en esa premisa para plantear que existió un desplazamiento de poder desde el señorío a la propiedad que, al separar la ventaja económica del privilegio político, permitió la ampliación del concepto de ciudadanía. El momento clave en esta resignificación del concepto fue, según Meiksins Wood, la independencia norteamericana. Autores como Eric Foner han notado que esa guerra tuvo un carácter contradictorio: fue iniciada y liderada por comerciantes y plantadores esclavistas, pero desató un nivel de participación de granjeros, artesanos y empleados que le dio un carácter profundamente democrático, en su sentido antiguo. Fueron los norteamericanos los que desarrollaron el concepto de la “democracia formal”, como una forma de igualdad cívica que podía coexistir con la desigualdad social, sin tocar las relaciones económicas entre la “elite” y la “multitud”. La independencia había resultado en una población movilizada políticamente y, sobre todo, armada. Hombres como George Washington y Alexander Hamilton tenían una visión profundamente elitista. En cambio, Thomas Jefferson estaba más cercano al ideario democrático rousseauiano. Sin embargo, éste rápidamente se dio cuenta que para poder gobernar exitosamente había que

¹⁸ Meiksins Wood, Ellen, *Democracy Against Capitalism. Renewing Historical Materialism*, Londres, Cambridge University Press, 1995.

hacerlo con la elite, y por ende había que abandonar la democracia directa como concepto caro a los “mecánicos” del siglo XVIII. Lo acertado de esta observación de Meiksins Wood se torna evidente si retomamos la crítica hecha hace ya casi cien años por Charles Beard: la Constitución norteamericana se declara como producto de “Nosotros, el pueblo”, a pesar de haber sido redactada por comerciantes y plantadores que eran acreedores del Estado emergente.¹⁹ El problema de estos “representantes” era implementar una visión que les permitiese retener el poder frente a un *demos* movilizad y armado. La solución fue el desarrollo del concepto de democracia representativa: o sea, la identificación de la democracia con la enajenación del poder popular. Así, plantea Meiksins Wood, el pueblo no era definido como una comunidad activa de ciudadanos sino que “era una colección desagregada de individuos privados representados por un distante Estado central”.²⁰ El resultado fue que lograron evacuar todo contenido social del concepto de democracia e instituyeron un concepto político de “pueblo” en el que sus connotaciones históricas se habían suprimido. De esta manera, “el capitalismo hizo posible una forma de democracia en la cual la formalidad de igualdad de derechos políticos tiene mínimos efectos sobre las desigualdades o las relaciones de dominación y explotación en otras esferas”.²¹ Lejos de representar el triunfo de la democracia, la independencia norteamericana significó la institucionalización de formas políticas meramente republicanas (y, por ende, escasamente democráticas en su sentido original) a través de la resignificación de un concepto histórico.

Esta resignificación en cuanto a lo político fue importante pero no suficiente como para forjar una nueva hegemonía: de hecho, los primeros cincuenta años de la historia norteamericana están plagados de rebeliones, protestas y conatos de secesión.²² El proceso de forjar una nueva identidad nacional fue complejo e incluyó la construcción de toda una serie de con-

¹⁹ Beard, Charles, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, New York, The Free Press, orig. 1913.

²⁰ Meiksins Wood, *op. cit.*, pág. 219.

²¹ *Ibid.*, pág. 224.

²² Incluyendo el intento de secesión por parte de Nueva Inglaterra en el Congreso de Hartford de 1814.

ceptos que legitimaba el arco de solidaridades clasistas que se estaba forjando en cuanto a intereses materiales. Las herramientas que se utilizaron fueron múltiples, incluyendo la represión despiadada de los sectores disidentes, y abarcaron desde el surgimiento de una historia nacional, hasta las políticas migratorias, el racismo y el desarrollo de la educación popular. Subyacente a todas estas herramientas hubo un uso casi inconsciente de la religión como amalgama de todo el edificio que se estaba construyendo.

En particular esto último se tornó evidente con el papel que desempeñó el *revival* evangélico en la transformación socioeconómica vinculada con la industrialización de las décadas 1820 a 1860. El éxito de la burguesía emergente en utilizar los valores religiosos en función de la nueva revolución industrial significó que la religión sería utilizada de ahí en adelante como ideología para gestar un apoyo de masas para los distintos proyectos de la clase dominante norteamericana. Uno de los elementos clave que demuestra ese uso de la religión se nota con lo que se llamó el “Segundo Gran Despertar” –los *revivals*– que llegó a su mayor desarrollo en 1831. Este “despertar” evangélico comenzó en los pueblos de Nueva Inglaterra y del oeste de Nueva York para expandirse a través de las zonas rurales del Norte y el Oeste. Hacia 1835, la membresía de la Iglesias protestantes se había duplicado en relación a la población. A su vez, estas iglesias se habían dividido entre las “reformadas” y las tradicionalistas. Las iglesias protestantes “reformadas” eran aquellas que aceptaban el criterio por el cual la riqueza era la recompensa divina de una vida sobria, laboriosa, ahorrativa y, sobre todo, religiosa.

Así, el “Gran Despertar” evangélico de la década de 1830 implicó un cambio de valores y en la ortodoxia religiosa que reflejaron los cambios a nivel socioeconómico. Surgieron el *milenarismo* y el *perfeccionismo*, que fueron adoptados por los nuevos sectores medios y por los granjeros que producían para el mercado. El criterio básico era que el ser humano podía distinguir entre un comportamiento bueno y uno malo, definidos sobre todo por la guía de los Diez Mandamientos. Este aspecto desplazó el eje religioso de lo colectivo hacia el individualismo, o sea del conjunto de la sociedad a la acción del individuo, y enfatizó el autocontrol cristiano por sobre la solidaridad social.

La mayoría de los trabajadores norteamericanos en la década de 1830 estaban influenciados por una serie de nociones culturales que eran producto de varias décadas del radicalismo artesanal inglés, cuyos ejes filosóficos anti monárquicos hacían eje en la auto emancipación de la “gran sociedad de mecánicos”.²³ La gran aspiración del artesano era la independencia, o sea obtener el nivel de maestro artesano. A la vez, si bien no se oponía a la propiedad privada, puesto que el artesano era dueño de sus herramientas, diferenciaba entre ésta y la riqueza acumulada por los mercaderes. Para el artesano, la propiedad era legítima y natural sólo si era el producto de trabajo visible. De esta visión a la crítica del Estado en general había sólo un paso. Para estos mecánicos o artesanos idealmente no deberían existir los gobiernos; sin embargo, puesto que los seres humanos no siempre actúan razonablemente de acuerdo a sus mejores intereses, lo que debería existir era un “gobierno de derecho natural” que derivara su legitimidad de su utilidad pública y así contribuyese a la felicidad popular. Por ende, tanto las monarquías hereditarias como los gobiernos de elites no deberían existir puesto que son antinaturales, ya que la soberanía pertenece a la nación y no es propiedad individual.²⁴ En esta visión de mundo, guiada por las consignas de igualdad y fraternidad (las mismas que unos años más tarde levantarían los *sans culottes* de la Revolución Francesa), la forma de organización social deseada era el cooperativismo. Así, para el radicalismo artesanal del siglo XVIII, los problemas de la sociedad eran el resultado del accionar de clases parásitas que utilizaban el poder estatal para oprimir a la multitud. Por ende, se oponían a toda fuerza armada que no fuera la milicia vecinal, y entendían la acumulación de riquezas desmedidas como un subproducto de este parasitismo. El principal ideólogo de esta cultura radical fue Thomas Paine, que en la cárcel escribió *La Era de la Razón*, un penetrante ataque sobre el teísmo cristia-

²³ Para un excelente análisis de esta tradición cultural véase Bruce Laurie, *Artisans into Workers. Labor in Nineteenth-Century America*, New York, The Noonday press, 1989. Los artesanos del siglo XVIII era denominados “mecánicos” en la época.

²⁴ Véase Cone, Carl, *The English Jacobins. Reformers in Late 18th Century England*, New York, Scribner’s and sons, 1968, Págs. 97 a 106.

no y una defensa de la religión natural deísta libre de toda noción sobrenatural.²⁵

Esta cultura radical se erigió como un obstáculo a la acumulación de capital. Se podría decir que Estados Unidos iba cambiando rápidamente desde comunidades autónomas agrarias a una sociedad industrial capitalista. Si bien el cambio religioso apunta a las dislocaciones que existen en las relaciones sociales y que tienen como base el surgimiento de una revolución industrial, al mismo tiempo la religiosidad era funcional a los nuevos sectores empresariales. Los *revivals* eran una forma de reajustarse al cambio y construir un orden social dando un sentido de propósito común (santificado por la Iglesia) entre una generación de migrantes y ambiciosos individualistas. Tocqueville notó el fervor religioso del norteamericano y al preguntar al respecto se le dijo que “la religión era fuerte porque era necesaria, y era necesaria porque los hombres eran libres”. Así, fue uno de los primeros en vincular la religión con el control social [autocontrol individual]. En el fondo encontramos una percepción que iguala:

Empresarios=industrialización=civilización=disciplina
cristiana=salvación

Los principales impulsores de esta reforma religiosa (a juzgar por el apoyo monetario y la asistencia de los feligreses a las Iglesias reformadas y a los *revivals*) provenían de aquel sector empresario que podríamos llamar manufacturero. De hecho, esto partía de las mismas necesidades que fue

²⁵ El Deísmo fue una filosofía racionalista religiosa que floreció en los siglos XVII y XVIII. En general, los deístas sostenían que cierto tipo de conocimiento religioso (también llamado religión natural) es inherente a cada individuo o si no es accesible a través del ejercicio de la razón, por lo que rechazaban la noción de las revelaciones religiosas o la validez de las enseñanzas específicas de una sola iglesia. El deísmo emergió como una de las principales corrientes filosóficas en Inglaterra y en Europa. Aunque generó mucha oposición también, fue importante en la formación de un cierto clima intelectual en la Europa racionalista del siglo XVIII. Su énfasis en la tolerancia y en la razón, en contra del fanatismo, tuvo gran influencia en los filósofos ingleses John Locke y David Hume y en el francés Voltaire. En las colonias norteamericanas de Gran Bretaña algunos de los principales deístas fueron Benjamin Franklin, Thomas Jefferson y George Washington.

imponiendo el desarrollo de la empresa capitalista. En 1825, un hombre de negocios en el norte trabajaba horarios irregulares, consumía grandes cantidades de alcohol, rara vez iba a la iglesia o votaba. Hacia 1835 esto había cambiado para dar la imagen del empresario sobrio y ahorrativo que tenemos hoy.²⁶ A su vez, estos empresarios tendían a emplear, promover y recompensar a aquellos de sus empleados que compartían sus inquietudes religiosas. Un obrero que atendía regularmente una de las iglesias protestantes reformadas y aceptaba los valores que estas promovían en cuanto al alcohol, el trabajo y las jerarquías sociales, era más propenso a obtener empleo estable. El resultado fue que la nueva “ética protestante” fue relegando al radicalismo artesanal a un submundo marginal aunque conflictivo y periódicamente reemergente.

La imagen weberiana del protestantismo fue producto de las transformaciones religiosas ocurridas durante ese “Despertar”, y se incrustaron lentamente en la cultura y en el sentido común del norteamericano medio. De hecho, el uso de la religión por parte de los grandes capitalistas debería quedar aun más claro si consideramos que, a partir de 1915, Henry Ford reclutaba un porcentaje importante de sus obreros a través de las iglesias bautistas. Una recomendación por parte del predicador era imprescindible para acceder a un empleo bien remunerado en las fábricas de la nueva industria automotriz.

A principios del siglo XX, este cambio en la cultura norteamericana se había sedimentado y consolidado a través de una profunda interrelación entre el Estado, los empresarios y los sectores fundamentalistas religiosos. Esto quedó claro con el caso Scopes. En marzo de 1925, la legislatura del estado de Tennessee aprobó una ley por la cual era ilegal que en las escuelas y colegios del estado se “enseñara cualquier teoría que niegue la historia de la divina creación del hombre tal como se la expresa en la Biblia”. Unos meses más tarde, la Asociación de Libertades Cívicas Norteamericana (ACLU) ofreció su apoyo a cualquier docente que desafiara la ley. John Scopes, un profesor de biología de 24 años en Dayton, Tennessee, aceptó la

²⁶ Véase Smith, Timothy, *Revivalism and Social Reform*, New York, Harper Torchbooks, 1965.

propuesta siendo detenido por violación de la ley. El “juicio Scopes” se convirtió en uno de los casos emblemáticos de la historia norteamericana, por la abierta lucha entre racionalistas y fundamentalistas religiosos. En el mismo, si bien el famoso abogado Clarence Darrow realizó un trabajo brillante en defensa de las teorías de Charles Darwin, el jurado falló en contra de Scopes.²⁷ La apelación a la Corte Suprema del estado de Tennessee fue desechada en una decisión redactada por su presidente, el Juez Supremo Grafton Green, que opinó: “No podemos ver cómo la prohibición de enseñar la teoría de que el hombre descende de los órdenes inferiores de animales le de preferencia a algún tipo de religión o forma de culto”. Hacia 1927, trece estados habían aprobado leyes antievolucionistas, incluyendo Carolina del Sur, Oklahoma, Kentucky, Mississippi y Arkansas.²⁸

Para los historiadores, el “juicio Scopes” se convirtió, así, en el principal ejemplo de la lucha entre “modernistas” y el fundamentalismo evangélico en Estados Unidos que continuaría hasta nuestros días. Sin embargo, nadie observó, ni en la época ni posteriormente, que la interpretación bíblica contaba con un apoyo mayoritario, tanto entre el pueblo como entre la burguesía norteamericana. Es más, este apoyo fue suficiente para que el gobierno nacional se declarara prescindente en la cuestión. De hecho, la Corte Suprema de los Estados Unidos jamás cuestionó este tipo de legislación estadual, ni siquiera para convalidar la primera enmienda a la Consti-

²⁷ El Juicio Scopes se repitió casi 80 años más tarde, en octubre de 2005, en el juicio *Kitzmilller vs. Dover*, ocurrido en el estado de Pennsylvania. *The Kansas City Star*, October 9, 2005.

²⁸ Los tres primeros aprobaron estas leyes antes del Juicio Scopes. En la actualidad, si bien la lucha contra el evolucionismo se da principalmente a nivel de los consejos de educación de los condados, varios de los estados del llamado “Cinturón Bíblico” norteamericano han adoptado legislación que favorece una interpretación literal de la Biblia. Por ejemplo, en 1995 Alabama aprobó una ley por la cual todos los manuales de biología debían contener un párrafo aclarando que la Evolución de las Especies era sólo una teoría sin prueba posible “puesto que nadie estaba vivo para testimoniar del origen de las especies”. Tennessee aprobó una ley similar en 1996. Y en su fallo de 1987 (*Edwards vs. Aguillera*), el Juez de la Suprema Corte, Antonin Scalia, opinó que “el creacionismo debía recibir la misma consideración que el evolucionismo”. Véase Scott, Eugenie, “Dealing with Antievolutionism”, www.ucmp.berkeley.edu/fosrec/scott.html.

tución, que garantiza tanto la libertad religiosa como la libertad de expresión.

Treinta años más tarde, a comienzos de la Guerra Fría, los sectores de poder norteamericanos recurrieron una vez más a la invocación religiosa. La lucha no era sólo contra el comunismo extranjerizante, sino contra el ateísmo que atentaba contra Dios y sus fieles. Así, Estados Unidos dejaba de ser el baluarte del capitalismo, con todo lo que eso podía implicar sobre la avaricia y la explotación, y se convertía en el paladín de una cruzada divina. En ese sentido, se rechazaba la noción del progreso histórico propio del racionalismo de la Ilustración (y base de la concepción marxista) para retomar la noción de la historia como producto de un designio divino. Así, uno de sus ideólogos, John Hallowell, planteó que “la Historia no es, como sostuvo Marx, ‘la actividad del hombre en búsqueda de sus propios objetivos’, sino un diálogo entre Dios y el hombre, donde Dios toma la iniciativa y el hombre huye o responde a Su llamado. El significado esencial de la Historia es la restauración de la personalidad mediante la redención del pecado”.²⁹ La aprobación divina de la sociedad norteamericana y, por ende, de la cruzada anticomunista, se hizo por ley del Congreso del 14 de junio de 1954, que amplió el juramento de lealtad para incluir las palabras: “Una nación bajo el poder de Dios” [*One Nation Under God*]. Según Frances Stonor Saunders, “esta frase reafirmaba la trascendencia de la fe religiosa en la herencia y en el futuro de América”.³⁰ De hecho, Stonor Saunders señala que, en 1956, el Congreso decidió que el lema oficial norteamericano sería “In God We Trust”, que a partir de ese momento empezó a aparecer en los billetes de curso legal.

El gobierno norteamericano, y en particular la CIA, se lanzaron a su misión salvadora combinando una hábil propaganda entre su propia población y en los países detrás de la “Cortina de Hierro”, donde les sirvió para alistar la cooperación de sectores religiosos como el Cardenal Midzenty, pro-

²⁹ Hallowell, John, *The Moral Foundation of Democracy*, Chicago, University of Chicago Press, 1954, pág. 100. Citado en Horowitz, op. cit., pág. 156.

³⁰ Stonor Saunders, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Editorial Debate, 2001. Citando al Presidente Dwight Eisenhower, pág. 390.

tagonista del levantamiento húngaro de 1956, y la Iglesia católica polaca. A través de teólogos como Reinhold Niebuhr y de antiguos trotskistas como Sydney Hook, Estados Unidos convirtió “a Dios en un instrumento de la política nacional.”³¹ La política exterior norteamericana se había reducido al concepto irracional de la lucha entre los poderes de la luz y los de las tinieblas. De hecho, el presidente Harry Truman expresó: “No debemos confundirnos acerca del tema con que se enfrenta el mundo hoy. Es la tiranía o la libertad... E incluso peor, el comunismo niega la misma existencia de Dios”.³²

Fue este clima de dogmatismo religioso el que permitió que prosperase la inquisición gestada por el senador Joseph McCarthy. Promovida desde el Estado, la inquisición macartista logró eliminar a los sectores sindicales e intelectuales que bregaban en la posguerra por una redistribución hacia abajo del ingreso nacional, conformando de hecho un obstáculo a la acumulación desenfrenada de capital. Políticos como Truman y McCarthy, empresarios como Henry Luce, y predicadores como Billy Graham, lograron instalar la idea de que el comunismo no sólo era anticapitalista sino que, dado que Estados Unidos era el “país de Dios” —y capitalista—, cuestionar al sistema equivalía a cuestionar a la deidad. Una vez más el fundamentalismo religioso se constituyó en la ideología necesaria para la Guerra Fría y para el vigoroso desarrollo económico estadounidense de las décadas de 1950 y 1960.

Como hemos señalado en otra obra³³, el crecimiento económico norteamericano se frenó hacia 1973, y entró en franco declive entre 1975 y 1993. Como muestra de la profundidad de la crisis consideremos brevemente la información disponible sobre la crítica situación de la industria automotriz y sobre la crisis del sistema financiero a principios de la década de 1990. En cuanto a la industria automotriz, la empresa General Motors registró, en 1991, una pérdida récord de 4.450 millones de dólares. Como resultado de

³¹ Hook, Sydney, “The New Failure of Nerve”, *Partisan Review*, January 1953. Hook fue un destacado dirigente del Congreso para la Libertad Cultural. Niebuhr, además de revistar en el CLC, era presidente del Comité Asesor del Grupo de Diseño de Políticas que supervisó la creación de la CIA. Stonor Saunders, op. cit., pág. 392.

³² En su discurso al Congreso, 12 de marzo de 1947.

³³ Pozzi, Pablo y Nigra, Fabio (comps.). *Huellas Imperiales. Historia de los Estados Unidos de 1929 a 2000*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2001.

la misma, se preveía el cierre de 21 plantas y las cesantías de 74.000 trabajadores en los próximos cuatro años. La razón de esto fue la agresiva inserción de las compañías japonesas, lo que les permitió capturar 26% del mercado norteamericano en 1991.³⁴ Por su parte, la crisis también abarcó al sistema financiero. Ya en 1984 el banco Continental Illinois, uno de los principales de Estados Unidos, valuado en 40 mil millones de dólares, se declaró en bancarota. A fines de 1989 se reveló que gran parte de los 4.000 bancos hipotecarios (*Savings and Loan Banks*) también estaban técnicamente quebrados, y que sólo el apoyo del Estado los estaba manteniendo a flote. La quiebra de estos bancos puso en peligro toda la estructura financiera por sus vinculaciones con la gran banca.³⁵

Todo lo anterior se dio en un contexto en el cual la polarización social continuaba agudizándose, gestando lo que se puede denominar una burguesía oligárquica. Los astronómicos sueldos de los ejecutivos de las empresas norteamericanas, a pesar de la recesión y las quiebras, eran comunes, y no han hecho más que aumentar en la última década, mientras miles de trabajadores fueron cesanteados o despedidos, y el 25 por ciento de la población oscilaba en nivel de subsistencia.³⁶

El deterioro fue detenido durante la presidencia de Bill Clinton a través de políticas de promoción de nuevas industrias y tecnologías, como la informática, generando fuertes disputas con el viejo complejo militar-industrial y fracturando, a mediados de la década de 1990, la unidad de las corporaciones norteamericanas. El triunfo electoral de este último sector, que llevó al gobierno a George W. Bush en el 2000, puso fin al *boom* generado por la economía *puntocom*. A nivel social, todo esto generó una fuerte recomposición de clases que ha fomentado el descontento social e inclusive el terrorismo interno, como por ejemplo el de las milicias en Oklahoma. El gobierno de Bush ha intentado revertir la crisis económica a través de un renovado expansionismo militar e imperial. Como otras veces en la historia, el gobierno norteamericano ha utilizado un imaginario religioso para

³⁴ *Clarín*, 25 de febrero de 1992.

³⁵ *Ídem*.

³⁶ *Clarín*, 20 de marzo de 1992.

justificar tanto su política imperialista como su estrategia de acumulación a través del gasto militar.

Todo lo anterior sería el contexto para explicar la continuidad de estas nociones teocráticas (y su exacerbación) en la práctica y la retórica del gobierno actual de George W. Bush.³⁷ Las condiciones para el auge teocrático en los Estados Unidos, durante las décadas de 1980 y 1990, tienen que ver tanto con la decadencia del poder norteamericano como con el surgimiento de un movimiento de masas denominado, muy genéricamente, “La derecha cristiana”. Este auge era evidente cuando la estructura de quince a veinte partidos republicanos estatales cayó bajo el control de sectores fundamentalistas evangélicos, mientras que las convenciones partidarias del Sur y del Oeste adoptaban programas denominados “para una Nación Cristiana”. La síntesis de este proceso la encarnó la carrera política de George W. Bush desde 1988 al día de hoy. Durante la primera campaña presidencial, en 2000, Bush declaró repetidas veces que “Dios quería que él fuera presidente”. Y en 2004 expresó que: “Confío que Dios habla a través mío. Sin eso no podría hacer mi labor”.³⁸ Después del ataque del 11 de septiembre de 2001, numerosos predicadores norteamericanos describieron a Bush como “el elegido de Dios” para luchar contra el anti Cristo. Y las encuestas, en 2003, revelaban que una mayoría de la base republicana y evangélica apoyaba la Guerra en Irak como un esfuerzo por retornar Tierra Santa a manos cristianas.³⁹

³⁷ Debemos señalar que Bush no es el único –y ni siquiera el primero– presidente norteamericano en basar su presidencia en conceptos religiosos, considerando su gestión como “una misión divina”. Eisenhower hizo numerosas declaraciones al respecto; Richard Nixon era conocido por hacer que sus ministros se arrodillaran y rezaran en búsqueda de inspiración divina antes de tomar alguna decisión particularmente difícil; Reagan se refirió a la Unión Soviética como “el imperio del mal”; y Clinton fue enjuiciado por adulterio, y mentir, o sea por quebrar uno de los Diez Mandamientos...

³⁸ Phillips, Kevin, “Theocrats and Theocrats”, *The Nation*. May 1, 2006, pág. 20.

³⁹ Esto es una evidencia más del uso de la religión para fines específicos de la burguesía norteamericana. Irak, técnicamente, no es Tierra Santa. Y Jerusalem, que históricamente lo sería, se encuentra en manos del Estado judío israelí. Sin embargo, los evangélicos norteamericanos no plantean una “cruzada” para recuperar el Santo Sepulcro de manos judías. En cambio, si reivindican una alianza religiosa con muchos sectores israelíes.

Más arriba habíamos señalado que estos sentimientos tienen una larga tradición en Estados Unidos, donde, desde el Segundo Gran Despertar, muchos norteamericanos aceptan una interpretación literal de la Biblia. Sin embargo, esto no explica por qué los sectores dominantes recurren una vez más a la derecha religiosa para conducir los destinos norteamericanos. Una respuesta posible es la que hemos esbozado desde el principio: la burguesía norteamericana utiliza la religión como elemento de movilización y de cohesión en aquellos momentos en los cuales la situación social y económica es crítica y puede llevar a una crisis de hegemonía. El fundamentalismo religioso canaliza las inquietudes de la gente lejos de las críticas al sistema, reforzando la percepción de que “no importa cuán mal estemos, somos el pueblo elegido por Dios”.

ESTADOS UNIDOS: ABSOLUTISMO MILITAR Y GUERRAS PARAESTATALES

*Fabio Nigra**

El día de navidad de 2006 sonó el teléfono del embajador norteamericano en Bagdad, Zalmay Khalilzad. En el otro extremo de la línea estaba el vicepresidente iraquí Adel Abdul Mahdi. El motivo del llamado era que un ciudadano norteamericano, en estado de ebriedad al salir de una fiesta en la zona verde de Bagdad, le disparó y mató a uno de sus guardaespaldas la noche anterior. Reclamaba una reunión con el embajador inmediatamente.

Una vez en la casa del vicepresidente iraquí, el embajador se encontró con la familia del hombre asesinado. El vicepresidente Mahdi le reclamó el nombre del asesino y el de su empleador, además de su retorno a Irak.

Luego de consultar con el asesor legal de la embajada, Khalilzad identificó al tirador como Andrew J. Moonen, un empleado de la empresa Blackwater, la firma norteamericana que le provee seguridad al personal diplomático norteamericano en Bagdad. Pero no lo entregó a las autoridades iraquíes, porque dentro de las 36 hs. de efectuados los disparos que asesinaron al guardaespaldas, había sido enviado de regreso a los Estados

* Doctor en Historia (UBA) y Maestro en Política Económica Internacional de la Universidad de Belgrano. Docente de la Cátedra de Historia de los Estados Unidos de América de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y de Historia Económica y Social General de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora.

Unidos. Desde la oficina de Seguridad Diplomática de la embajada escribieron un mail a Washington, diciendo que la partida de Moone tendría serias implicancias.

Sin embargo, como en otras oportunidades anteriores, el caso se resolvió con un pedido de disculpas y un pago en dinero. Ese pago alcanzó los 15.000 dólares, que comprendía el pago, el bono y el boleto de avión a su país (tal como surge de la documentación de Blackwater). Esa suma fue similar a la que le pagaron a la familia del guardaespaldas asesinado.¹

Este hecho se ha repetido incontables veces desde la victoria militar de los Estados Unidos en Irak. Este fenómeno es una situación novedosa y antigua a la vez, en la que una potencia imperial utiliza tropas no necesariamente estatal-nacionales para realizar sus tareas políticas al estilo Clausewitz. El presente trabajo describe y analiza el surgimiento y desarrollo de los ejércitos privados, los que realizan las labores que los ejércitos formales no pueden o no resultan políticamente justificables, explicando su avance gracias a una nueva etapa del desarrollo capitalista, llamada *Absolutista*. A los fines expositivos se trabajará primero con el concepto marco que impulsa el desarrollo de las *tropas imperiales*.

La nueva etapa del capitalismo²

Lenin, en *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo* justificó, en términos analíticos, la fórmula del comportamiento de clase cuando sostuvo que “capitalistas dispersos se transforman en un solo capitalista colecti-

¹ La historia ha sido editada en el diario *The Washington Post*, edición del 21 de octubre de 2007, consultada en www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/10/20/AR2007102001325.pf.html

² En el desarrollo del presente apartado se sigue un artículo previo, llamado “El neo-absolutismo: ¿etapa neoliberal (y superior) del imperialismo?”; editado en *Revista Política y Cultura* nro. 24, otoño de 2005, publicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México D.F., México. La demostración empírica de la concentración económica y de características monopólicas a nivel mundial se encuentra en este artículo.

vo”, al referirse al proceso de vinculación entre personas y empresas que han logrado la concentración operativa de bancos e industrias,

“hasta alcanzar proporciones gigantescas, [de forma que] resulta que un puñado de monopolistas subordina a su voluntad todas las operaciones comerciales e industriales del conjunto de la sociedad capitalista; pues están en condiciones –gracias a sus vinculaciones bancarias, a sus cuentas corrientes y otras operaciones financieras–, primero, de *determinar con exactitud* la situación financiera de los distintos capitalistas, después de *controlarlos*, de influir en ellos restringiendo o ampliando los créditos, facilitándoselos o dificultándoselos, y, por último, de *decidir enteramente* su destino, determinar su renta, privarlos de capital o permitirles acrecentar su capital rápidamente y en proporciones inmensas, etc.”³

Esta fórmula nos permite avanzar una construcción lógica: ¿Hay una nueva clase dominante mundial? ¿Es una nueva o una vieja burguesía? ¿Es una megaburguesía de carácter planetario, global? Si bien es cierto que el capital no tiene bandera, en algún lugar puede haberse desarrollado una burguesía que sometiera a otras. Y si esto no es así, ¿debemos pensar en una gran conspiración de burgueses de diferentes países y regiones?

No es comprobable fácilmente. ¿Hay un estado mundial, como sostuvo Heinz D. Steffan, en donde los órganos ejecutivos en lo económico son el FMI y el Banco Mundial, donde sus fuerzas armadas son la OTAN, en lo político los miembros con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, y el gabinete el G7?⁴ Puede ser, máxime si se considera que actúan legítimamente en el orden práctico, pero sin “legitimidad democrática ni control jurídico”.⁵ Como bien dice Noam Chomsky: “la prensa económica internacional ha hablado de estas instituciones como el ‘gobierno mundial

³ Lenin, V.I. *El Imperialismo, superior del capitalismo*, Buenos Aires, Ed. Polémica, 1974, página 43. Lo amplía en la página 51.

⁴ “El nuevo poder mundial”, Diario *Clarín* del 6/9/98, Sección Zona, pág. 7.

⁵ Ídem. No es casual el hecho que los Estados Unidos esté en contra del Tribunal Penal Internacional, y haya pretendido en forma reiterada obtener para sus tropas un “bill” de indemnidad.

de facto' en una 'nueva era imperial'. Sea exacta o no, esta fórmula sirve para recordarnos que las instituciones rectoras no son agentes independientes sino reflejo de la distribución del poder en la sociedad".⁶ Es necesario tener en cuenta que

“el capital debe apoyarse sobre el Estado para garantizar su estabilidad, asegurar el respeto de la propiedad y de las ganancias, crear condiciones favorables a la acumulación, como la exención de impuestos, el establecimiento de infraestructuras, la formación de la mano de obra, la reducción de su precio, etc. Frente a la internacionalización de los procesos económicos, las grandes instituciones financieras como el Banco Mundial y el FMI juegan hoy día un papel similar, al servicio del proyecto neoliberal. Hoy es EE.UU. quien, como única superpotencia mundial, asume este papel a escala internacional, siendo la 'globalización', precisamente, la fase superior del desarrollo del imperialismo.”⁷

En consecuencia, ¿puede asumirse que nos encontramos ante una etapa superior dentro del capitalismo? ¿Asistimos a una versión capitalista del *Absolutismo*? Si esto es así, una nueva burguesía más concentrada resulta ser la Corte del nuevo poder Imperial. ¿El ataque a Irak con el fin de apropiarse de sus recursos petroleros es la muestra de poder de un nuevo –y ahora legítimo– monarca con pretensiones absolutas?

Existen antecedentes analíticos, como por ejemplo

“Kautsky, a comienzos del siglo XX, analizando la primera 'ola de globalización', preveía un debilitamiento progresivo de las contradicciones imperialistas que debían conducir al 'ultraimperialismo'. En este modelo, la fusión internacional del capital ha avanzado tanto que los distintos intereses económicos entre los propietarios internacionales del capital desaparecen. (...) Lenin no negaba la posibilidad de una mayor concentración y centralización internacional del capital. Afirmaba que la ten-

⁶ Chomsky, N., *El beneficio es lo que cuenta. Neoliberalismo y orden global*, Barcelona, Crítica, 1999, pág. 20.

⁷ Houtart, F., “¿Qué es el imperialismo?”; en www.lainsignia.org/2004/junio/dial_003.htm

dencia 'lógica' a largo plazo llevaba al establecimiento de un único consorcio mundial. Pero planteaba que, antes de que esta conclusión 'lógica' se consumara, el capitalismo estallaría como consecuencia de la exacerbación de sus contradicciones internas y de la lucha revolucionaria del proletariado y de los pueblos oprimidos del mundo.”⁸

Perry Anderson sostuvo que el *Absolutismo* resultó ser un “aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal”, un “nuevo caparazón político de una nobleza amenazada”⁹, a fin de dar garantías a una redistribución del poder social hacia “arriba”, a un poder superior y más concentrado.¹⁰ Esta concentración del poder político derivó, como contrapartida (o, más acertadamente, como consecuencia necesaria), de una transformación de las estructuras de propiedad, por las cuales los señores feudales debieron ceder ciertos derechos en beneficio del monarca, a fin de serles garantizada la seguridad política –y, por ende, el beneficio económico. Si bien la analogía se dificulta en la medida en que no se puede precisar qué o quienes resultan ser “el monarca”, puede aceptarse cuando menos un desplazamiento del poder hacia una instancia diferente, por fuera de las estructuras establecidas.

En suma, el Absolutismo es feudalismo más concentrado, es decir, la cesión de poder por parte de los señores feudales a una entidad superior (el rey), a fin de garantizar las condiciones para la reproducción del sistema. ¿Existe una cesión de poder de aquellas burguesías nacionales concentradas de cada país capitalista de peso, a una entidad superior que sería la norteamericana? Sí y no. Por un lado, al haberse erigido el capital más concentrado de los Estados Unidos como la clase social –o, siendo tal vez más precisos, el bloque en el poder– que se erige en potencia hegemónica, garante del estado de cosas durante no menos de 50 años, disponiendo del poder militar y del poder económico (moneda y productividad), la lucha contra el enemigo comunista (en la actualidad, alguien que resulte funcio-

⁸ Dunga, G. y Chingo, J., “¿Imperio o Imperialismo?”, en www.espaimarx.org/3_23.htm

⁹ Anderson, P., *El Estado Absolutista*, México, Siglo XXI, 1992, pág. 12.

¹⁰ Ídem, pág. 14.

nal a la necesidad de *enemigo*, a fin de sostener las premisas, como puede serlo “El eje del mal”, Al Qaeda, o cualquier grupo, nación o idea que confronte con sus intereses), quedó en manos de Norteamérica como país. En esta dirección se encuentra la mirada de J. B. Foster, quien en el *Monthly Review* de agosto de 2003 argumentó que

“en el presente período de imperialismo global hegemónico de los EE.UU., éste busca sobre todo expandir su poder imperial en la mayor extensión posible, subordinando al resto del mundo capitalista a sus intereses. El Golfo Pérsico y la Cuenca del Mar Caspio representan no solamente el bulto de las reservas petroleras mundiales, sino también una proporción rápidamente creciente del total de las reservas, ya que las tasas en aumento de producción disminuyen las reservas en todas partes. (...) Pero las ambiciones imperiales de EE.UU. no se detienen ahí, ya que se están construyendo sobre ambiciones económicas que no tienen límites. (...) La promoción de los intereses corporativos en el exterior es una de las primeras responsabilidades del Estado Norteamericano.”¹¹

Aunque, por otra parte, dada la sistemática guerra comercial con aquellos países y bloques que desde el mundo capitalista cuestionaron las imposiciones norteamericanas, se advierte la resistencia a la pérdida de poder. Tal vez sea, solamente, una cuestión de confrontaciones internas entre distintos dispositivos de poder.

La concentración del capital en grandes empresas apunta a las economías de escala y nuevas técnicas de administración de la producción (tan vitales hoy en día que son materias específicas de estudio para contadores y administradores de empresas). Tal vez sea éste un punto interesante para investigar, esto es, la relación obvia existente entre patrón de acumulación capitalista, teorías y prácticas de administración de la producción (taylorismo, fordismo, toyotismo, relaciones humanas, etc.) y grado y desarrollo de la lucha de clases como categorías interdependientes y mutuamente determinantes. Cada una respondiendo y adaptándose a las condiciones estructurales del momento.

¹¹ Foster, J. B., “La nueva era del imperialismo”, en *Monthly Review*, agosto de 2003.

En el proceso que va de 1980 a 1990 se produjo en los Estados Unidos una fuerte reconversión y reestructuración del patrón de acumulación capitalista, que incidió no solamente en las relaciones sociales de producción *hacia* los trabajadores, sino también en la alianza y síntesis de fracciones de clase dentro del gran capital. Gracias a que el capital más beneficiado por lo que la bibliografía en general denomina el sector vinculado al complejo militar-industrial se postula ampliar su juego a fin de mantener la tasa de ganancia, y, por ello, ampliar su rango de actividades al sector financiero, aquellas fracciones que no ampliaron su base de sustentación limitaron el campo de actividad al mercado interno. Aquella nueva burguesía, más concentrada y diversificada, apuntó a operar tanto dentro del mercado interno como del externo, y, asimismo, subordinó de alguna forma a las fracciones más débiles de la burguesía en un nuevo proyecto capitalista de perspectiva mundial. ¿Ha llegado la globalización? (Nada surge como producto de las casualidades, ni los Documentos de Santa Fe, ni Reagan, ni el “Consenso de Washington”). El neoliberalismo, desde esta perspectiva, es un resultado necesario para justificar y brindar marco teórico a la corte imperial y sus aparatos de poder, para mantener la construcción en marcha.

Lenin sostuvo oportunamente que del proceso que deriva en el Imperialismo se conformó una nueva clase social, que es la oligarquía financiera, ya que “las ‘operaciones financieras’ de los monopolios capitalistas llevan, indefectiblemente, a la dominación de una oligarquía financiera”.¹² Si bien la construcción dialéctica es impecable, ¿se ha comprobado en forma efectiva? ¿Estamos hoy bajo la dominación de una exclusiva “oligarquía financiera”? Lenin construye la nueva fracción de clase porque ella resulta imprescindible en lo que hace a su modelo, en primer término; luego, porque debe haber advertido la actividad concreta de dicha “oligarquía”, pero sin embargo no existe hoy la dominación de una fracción burguesa en términos financieros, si bien los flujos financieros representan hoy en día un papel fuertemente desestabilizador. El excedente de los capitales se ha extendido tanto que no solamente los bancos son los que mueven miles de millones de dólares y euros a través del mundo, sino que también existen

¹² Lenin, V.I., op. cit., pág. 59.

nuevos actores económicos que son, a no dudarlo, poderosos actores políticos, como son las aseguradoras de retiro o las empresas financieras que captan miles de millones de dólares como capital para especular.

Sin embargo, Lenin resulta impecable en términos dialécticos, ya que más adelante no duda en construir un nuevo par en contradicción, partiendo del patrón de acumulación que se abandona por un nuevo patrón: “La libre competencia es el rasgo fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general: el monopolio es el perfecto contrario de la libre competencia... El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior”.¹³

Mirado desde la perspectiva de lo que sucede en los Estados Unidos, asistimos a la concentración del capital y al surgimiento de una nueva burguesía, mucho más poderosa, ya que su campo de actividad es interno y mundial. La tendencia a la creación de bloques regionales refuerza la tendencia burguesa a la concentración. En algunos casos, de tipo ofensiva, en otros (Europa, por ejemplo), de carácter defensivo.

La lucha de clases ha determinado, en este proceso, dos cosas: Por un lado, el progresivo debilitamiento de la resistencia de fracciones burguesas dentro de los Estados Unidos, con la consiguiente subordinación política, aunque se encuentren en un reverdecido conflicto: la fracción vinculada al viejo modelo de acumulación petrolero-fordista ha dado un golpe de timón imponiendo a G. Bush, frente a la fracción vinculada al desarrollo tecnológico –la que creció y se consolidó durante los años de Bill Clinton-Al Gore. Gracias a la “guerra *al terrorismo*”, el presidente Bush pudo prolongar durante parte sustancial de su mandato la dominancia de su fracción, aunque en la actualidad puede verse su crisis: el derrumbe de la especulación financiera con el estallido del mercado inmobiliario, y la necesidad de debilitar al dólar para poder competir en bienes con Europa. Sin embargo, con el objeto de mantener su alianza con vida, el presidente propuso nuevamente reducir los impuestos a los más ricos, a fin de que los menos favorecidos sostengan el aparato de Estado y las guerras imperiales.

Por otro lado, a nivel internacional –y siempre mirando sólo a la confrontación entre fracciones burguesas–, la lucha de clases mencionada ha determi-

¹³ Ídem., págs. 108-109.

nado también el choque y guerra económica entre esta nueva burguesía y aquellas pertenecientes a bloques que hoy se encuentran también debilitados. En lo que hace a la contradicción principal, la clase obrera no ha podido detener acabadamente la avanzada del capital con vocación más virulenta, aunque sí, por lo menos, ha condicionado –en aquellos lugares en donde la burguesía aún depende de su trabajo– el ajuste más salvaje. No puede decirse lo mismo de aquellos que vieron cómo, ante su intransigencia, o se levantó la planta para ir a un lugar en donde fuera predominante el *open shop*, o literalmente se quebró su resistencia, como oportunamente dijera Dan Gallin, Secretario General de la Unión Internacional de los Trabajadores de la Alimentación y Afines.¹⁴

Como contrapartida, otra línea de investigación debería estudiar el proceso de descomposición de la vieja etapa keynesiana/de bienestar. Sin perjuicio de ello, resulta obvio que si en el modelo absolutista la recaudación de impuestos, a los fines de garantizar una diplomacia y un ejército regular, se había trasladado al centro, a la corona, es no menos cierto que hoy las decisiones en el FMI, junto con las del Banco Mundial, que resultan ser la banca usurera del gran capital medido en términos internacionales, dependen en alrededor del 20% de sus votos de los Estados Unidos, nación que, junto con los demás países del G8, hacen una mayoría imbatible ante cada decisión.¹⁵ ¿Es una casualidad que su funcionariado resulte conformado por personas de distintas partes del mundo? Las deudas públicas¹⁶, en este marco, resultan ser la correa de transmisión de la recaudación hacia el po-

¹⁴ Ver el excelente análisis de Gallin, D. “Marcando las líneas de batalla”, *Revista del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social* (de la República Argentina), correspondiente a junio de 1995.

¹⁵ Si bien actualmente el FMI se encuentra en problemas por el embate de los países que han cancelado sus deudas y lo han dejado sin capacidad de decisión sobre dichas economías, no hay que confundirse y olvidar el poder del que dispone y el objeto de su creación.

¹⁶ “El extraordinario papel desempeñado por el sistema de la deuda pública y por el moderno sistema impositivo en la transformación de la riqueza social en capital, en la expropiación de productores autónomos y en la opresión de los asalariados, ha inducido a no pocos escritores como William Cobbett, Doubleday, etcétera, a ver erróneamente en dichos sistemas el motivo de toda la miseria popular moderna”. Marx, K., *El Capital*, T. I, Sec. 7, Cap. 24, Buenos Aires, Siglo XXI, págs. originales 944-945.

der central a través de los gobiernos nacionales, ya que dicho pago es el beneficio de la nueva clase en formación.¹⁷ Aquí es donde resulta pertinente el análisis de Lenin, pero dando un paso más.

Si el monopolio es el contrario dialéctico de la libre competencia, cabe pensar al absolutismo capitalista como contrario dialéctico del imperialismo. Uno, negando en términos fácticos la condición de posibilidad del mercado atomizado; el otro, negando la condición de posibilidad del mercado de carácter nacional. Es decir, de alguna forma se repite el proceso de expansión capitalista, ya que el capital comercial —a través del comercio y luego a través del *putting out system*—, en los orígenes del capitalismo, rompió las barreras señoriales para vincular territorios separados a través del comercio y nuevas modalidades de vincularse para producir, integrándolos.¹⁸ Hoy, mientras se avanza a la conformación de una nueva clase (sea

¹⁷ Tema a trabajar. Marx dice que “cada nueva clase instaura su dominación siempre sobre una base más extensa que la dominante con anterioridad a ella, lo que, a su vez, hace que, más tarde, se ahonde y agudice todavía más la contradicción de la clase no poseedora contra la ahora dotada de riqueza. Y ambos factores hacen que la lucha que ha de librarse contra esta nueva clase dominante tienda, a su vez, a una negación más resuelta, más radical de los estados sociales anteriores que la que pudieron expresar todas las clases que anteriormente habían aspirado al poder”. Marx, K., *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblos Unidos-Cartago, 1985, pág. 53.

¹⁸ La conceptualización que intentó desarrollarse aquí partió de una analogía, y continuó, en gran medida, trabajando sobre ella. Esta analogía no resultó caprichosa, sino producto del método. El método dialéctico empleado —sin tener pretensión de erigirse en modelo filosófico— se diferencia del comúnmente aplicado en la mayoría de los trabajos de base marxista en que aquí se parte del hecho de que la dialéctica no es teleológica. Con esto se rechaza la posibilidad de una síntesis final, sea la Idea Suprema, el Estado o la sociedad sin clases. Sin extendernos demasiado en ello, si la dialéctica es un método y no un fin, como tal solamente puede dejar de ser usado si —como una herramienta cualquiera— se ‘rompe’. Es por eso que la idea de que “la causa fundamental del desarrollo de las cosas no es externa sino interna; reside en su carácter contradictorio interno”, como dice Mao (Mao Tsé Tung. “Sobre la Contradicción”, *Cinco Tesis Filosóficas*, Buenos Aires, Ed. Independencia, 1984, pág. 49. Para el desarrollo de los principales conceptos sobre la contradicción se seguirán los lineamientos de este trabajo). Más adelante agrega algo que resulta sustancial para lo que aquí se desarrolla, y es que “...los cambios en la sociedad se deben principalmente al desarrollo de las contradicciones internas de la sociedad, o sea, las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, entre las clases y entre lo viejo y lo nuevo” (Ídem, pág. 51). Sin embargo,

aquella con base territorial originariamente en los Estados Unidos, sea una totalmente nueva conformada por la dinámica de las grandes corporaciones trasnacionales), el camino es romper las fronteras nacionales, produciendo en diferentes lugares del mundo, para todo el mundo.¹⁹ Esta nueva clase debe ser internacional —pensada metodológicamente—, ya que no es un lugar o un país el que pueda “apropiarse” de todo.²⁰ Gallin lo advirtió tempranamente, cuando sostuvo que

“la globalización de la economía mundial está restringiendo rápidamente el espacio en el que significan algo las decisiones de política económica y social tomadas a nivel nacional. Los Estados-nación y las legislaciones nacionales son cada vez más irrelevantes, porque las economías domésticas están más y más condicionadas por fuerzas externas sobre las que no tienen ningún control los agentes económicos, políticos y sociales nacionales... La creciente irrelevancia de los Estados nacionales ayuda a explicarse por qué gobiernos de diversos países, llegados de franjas opuestas del espectro político y elegidos tras haber presentado programas totalmente diferentes, terminan haciendo políticas más o menos similares.”²¹

las contradicciones no son permanentes y firmes. Mao sostiene que “la contradicción fundamental del proceso de desarrollo de una cosa y la esencia de éste, determinada por dicha contradicción, no desaparecen mientras el proceso no termina; sin embargo, en un proceso de desarrollo prolongado, la situación generalmente varía de etapa en etapa” (pág. 79). En concreto, más adelante sostiene que existen procesos que, atiborrados de contradicciones, poseen una sola como principal (pág. 94), que desempeña un papel dirigente (pág. 98); esto lleva a que la naturaleza de una cosa sea determinada por el aspecto principal de su contradicción, lo dominante (pág. 99). En suma, la contradicción, en un primer análisis, puede dejar de serlo ante la dinámica del proceso social, es decir, que lo que hoy es una contradicción principal puede pasar a ser secundaria cuando la dinámica social se transforma y contradice.

¹⁹ Tanto Fiat como Ford —y otras— no dudan en decir que ciertos modelos de autos son el “auto mundial”.

²⁰ Las “áreas monetarias” tal vez sean los espacios de ocupación de la nueva burguesía. Tal vez haya tres grandes conglomerados burgueses, correspondiéndose con las “áreas monetarias óptimas”. En este marco, los ataques especulativos deben leerse como bandoleiros, buscando beneficios dentro de los espacios o intersticios del sistema.

²¹ Gallin, D., op.cit., pág. 24.

Marx sostuvo en su oportunidad que la concentración forma parte de la esencia del capitalismo²², llevando a la ruina a los capitalistas menores.²³ Luego, a través del análisis de la acumulación originaria, la idea de la ruptura de las barreras geográficas para avanzar sobre un mercado mayor.²⁴ De esta forma, como dijo brillantemente Marx

²² “Todo capital individual es una *concentración* mayor o menor *de medios de producción*, con el comando correspondiente sobre un ejército mayor o menor de obreros. Toda acumulación se convierte en medio al servicio de una nueva acumulación. Amplía, con la *masa acrecentada* de la riqueza que funciona como capital, *su concentración* en las manos de capitalistas individuales, y por tanto el *fundamento* de la producción en gran escala y los métodos de producción específicamente capitalistas. El incremento del capital social se lleva a cabo a través del incremento de muchos capitales individuales. Presuponiendo que no varíen todas las demás circunstancias, los capitales individuales y con ellos la concentración de los medios de producción crecen en la proporción en que constituyen partes alicuotas del capital global social. Al propio tiempo, de los capitales originarios se desgajan ramificaciones que funcionan como nuevos capitales autónomos. Un gran papel desempeña en ello, entre otros factores, la división del patrimonio en el seno de las familias capitalistas. Por tanto, con la acumulación del capital crece, en mayor o menor medida, el número de los capitalistas”. Marx, K., *El Capital*, T. I, Sec. 7, Cap. 23, Buenos Aires, Siglo XXI, pág. original 778.

²³ Ídem., págs. 778-779.

²⁴ “La expropiación y desalojo de una parte de la población rural no sólo *libera y pone a disposición del capital industrial a los trabajadores*, y junto con ellos a sus *medios de subsistencia* y su *material de trabajo*, sino que además crea el *mercado interno*. El arrendatario vende ahora como mercancía y masivamente medios de subsistencia y materias primas que antes, en su mayor parte, eran consumidos como medios directos de subsistencia por sus productores y elaboradores rurales. Las manufacturas le proporcionan el mercado. Por otra parte, no sólo se concentran, formando un gran mercado para el capital industrial, los numerosos clientes dispersos a quienes aprovisionaban, localmente y al pormenor, numerosos productores pequeños, sino que una gran parte de los artículos antes producidos en el campo mismo se convierten en artículos manufacturados, y el campo mismo se transforma en un mercado para la venta de dichos artículos”. Marx, K., *El Capital*, T. I, Sec. 7, Cap. 24, op. cit., pág. 935. Y agrega: “El régimen feudal en el campo y la constitución corporativa en la ciudad, le impedían al *capital dinerario* formado por medio de la usura y el comercio *transformarse en capital industrial*. Esas barreras cayeron al disolverse las mesnadas feudales y al ser expropiada, y en parte desalojada, la población rural. La nueva manufactura se asentó en puertos marítimos exportadores o en puntos de la campaña no sujetos al control del viejo régimen urbano y de su constitución corporativa. De ahí que en Inglaterra las *‘incorporated towns’* lucharan encarnizadamente contra esos nuevos semilleros industriales” (pág. 939).

“la gran industria crea por doquier, en general, las mismas relaciones entre las clases de la sociedad, destruyendo con ello el carácter propio y peculiar de las distintas nacionalidades. Finalmente, mientras que la burguesía de cada nación sigue manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria ha creado una clase que en todas las naciones se mueve por el mismo interés y en la que ha quedado ya destruida toda nacionalidad.”²⁵

No resulta necesario aquí justificar en términos materiales la tendencial pérdida de beneficio que cada patrón de acumulación genera. Dentro del mismo pensamiento económico clásico (es decir, la microeconomía, pero también en los corpus teóricos de la administración de la producción) se analiza la pérdida de productividad como consecuencia de factores tales como una relativa ineficiencia en la combinación de los factores, retraso tecnológico o caída del incentivo o estímulo tanto de la clase obrera como de aquellos sectores encargados de la dirección o gestión. Asimismo, no es objeto de este trabajo analizar las condiciones microeconómicas de una economía en particular —aunque pueda resultar útil hacerlo, llegado el caso—, sino el análisis y la interpretación global de las variables agregadas.

Sin embargo, la utilización de análisis de variables agregadas resulta funcional, en tanto se considere la importancia relativa de la fuente. Esta explicación resulta pertinente en tanto se busca justificar una serie de ideas encadenadas. El hincapié en los Estados Unidos encuentra entonces justificación en el hecho de que, desde principios de siglo, su alianza de clases en el poder ha logrado transformar a dicho país en la potencia hegemónica, y si bien existen planteos alrededor de su pérdida de lugar de referencia mundial a costa del bloque europeo y el asiático (con epicentro en Japón), resulta evidente que, en la actualidad, la moneda europea se encuentra posiblemente ante una trampa norteamericana, que es la utilización de la moneda como mecanismo para atraer/expulsar flujos de capitales conforme las condiciones de la coyuntura. Con esto, lo que se quiere decir es que —posiblemente— la debilidad del dólar se corresponda con una decisión política, a fin de “forzar” a Europa a financiar su déficit o limitar sus exportaciones.

²⁵ Marx, K., op. cit., págs. 67-68.

Sin perjuicio de ello, cabe analizar los bloques asiático y europeo como frentes de resistencia a la dominancia de la “nueva burguesía” o “corte imperial”. Esto no es solamente una elucubración de laboratorio. La simplicidad conceptual de dichas premisas resulta clara –y lo expresan sin sonrojarse– para los grandes actores internacionales, tanto norteamericanos como europeos. Robert Solomon, funcionario de la Federal Reserve Bank y, asimismo, funcionario de Clinton, escribió:

“Otra motivación de la Unión Económica y Monetaria Europea, que no se suele mencionar, es el deseo de crear un contrapeso al poderío económico de Estados Unidos y el poder del dólar en el mundo. Por ejemplo, el ex primer ministro Raymond Barre y Jacques Delors escribieron en *Le Monde*, en octubre de 1997: ‘La creación de una moneda única abre la posibilidad, por primera vez en medio siglo, de establecer relaciones monetarias racionales en el mundo. El euro, apoyado por un vasto mercado de capitales en Europa, podrá limitar el predominio del dólar’.”²⁶

La reestructuración elaborada por los economistas de Reagan (y continuada por sus sucesores con mayor o menor referencia al origen) no tiene nada nuevo. La mecánica para lograrlo fue a través de un creciente desempleo, con lo que se logró disciplinar a la mano de obra, la que por inflación entró en pánico. De esta forma se aceptó un recambio enorme entre trabajo y salario. Con esto, lo que se quiere decir es que, como consecuencia de la “Gran Represión”²⁷ de la clase dominante, la mayoría de los norteamericanos –conciente o inconcientemente– facilitó o posibilitó la vieja lógica neoclásica: ¿Cómo aumentar la productividad y con esto volver a competir a nivel mundial en precio y calidad? Una de las condiciones, por supuesto, resultó ser que la baja de impuestos y la facilidad para importar logró que la industria norteamericana más concentrada *dejara de lado* desarrollos industriales que les resultaba pesado mantener en carrera, mientras se ocupa-

²⁶ Solomon, R., *Dinero en Marcha. La revolución en las finanzas internacionales a partir de 1980*, Buenos Aires, Ed. Granica, 2.000, pág. 111.

²⁷ El concepto de “gran represión” se desarrolla en Bowles, S., Gordon, D. y Weisskopf, T., *La economía del despilfarro*, Madrid, Alianza Universidad, 1983, págs. 95-162.

ban en desarrollar determinadas ramas de la industria que lo mantuvieran en la vanguardia tecnológica. Además, si se considera válida la analogía, la fracción “industrial” de la Inglaterra del siglo XIX “decidió”, de alguna forma, abandonar un sector económico completo, como fue el agro, con la abrogación de las “Leyes de Granos”. Estados Unidos, entonces y como definición estratégica de la clase dominante, decide dejar caer a sectores que no contribuyen en la definición de largo plazo para su liderazgo.

Mientras tanto, el creciente desempleo, junto con la inflación, hicieron el resto del trabajo: baja del costo medio y el costo marginal gracias a la transformación permanente de la estructura de costos y, asimismo, disciplinamiento por desempleo (mientras que, cuando se volvía a conseguir trabajo, se aceptaban condiciones de menor salario y peores condiciones laborales). La derrota de los controladores aéreos fue la derrota del consumo y la garantía de mejoramiento salarial (con inflación, diría el *establishment*). El convenio colectivo firmado por la UAW para el proyecto “*Saturn*” mostró a las claras la respuesta de uno de los sectores más duros y combativos de la clase obrera norteamericana: aceptar bajas de salarios o no adecuación con respecto a la inflación a cambio de estabilidad laboral. Obviamente, cuando la inflación supera con su carrera la evolución del poder de compra real de los salarios, estamos ante una real reducción del consumo, por un lado, y de los costos de producción, por el otro.

En consecuencia, en los Estados Unidos se ha producido una reconversión productiva en aquellos sectores considerados estratégicos. El modelo económico exitoso se sostiene con un importante nivel de consumo de bienes con alto nivel agregado y orientado a sectores medios y altos, y bajos salarios para quienes los producen. En un artículo del *Financial Times* se indica el gran nivel de “subsidio indirecto” que recibe la economía norteamericana gracias a la masa de trabajadores extranjeros indocumentados que, por su misma condición, reciben menores salarios. Son seis millones de trabajadores que, por ejemplo en el caso de las frutas y verduras, si no existieran, harían que los precios aumentarían alrededor del 6%.²⁸

²⁸ *Clarín Económico*, edición del 27/2/00, pág.14.

La clase dominante en los Estados Unidos, a partir de 1981, logró redefinir la dinámica de la confrontación entre los sectores dominantes y los dominados, pero también –y es más importante aún– la fórmula del beneficio. El subproducto que marca claramente las contradicciones del modelo se encuentra en la difícil gobernabilidad del sistema financiero mundial.

Tal vez deberíamos abandonar el concepto de “burguesía norteamericana”, ya que no se puede asegurar con claridad, hoy, si es ésta o, gracias a la creciente tendencia a la concentración y absorción, una burguesía no-nacional o internacional. En suma: la crisis hoy no es tal sino una clara muestra del poder político y económico de una economía como la norteamericana que, aún, sigue siendo el motor del capitalismo a nivel mundial. El NAFTA –y los subsiguientes acuerdos bilaterales con países sudamericanos– muestra la capacidad de absorción y dominación de la fracción dominante de dicha burguesía, al subordinar a sus intereses al capital mexicano, canadiense, colombiano, uruguayo y –próximamente– peruano. Es por ello que se ha expandido a nivel mundial un modelo interpretativo que juega en función de dichos intereses, y que ha sido llamado neoliberalismo.

Pero hay lugares que no asumen dócilmente su dominancia, concientes de la gran capacidad económica que tienen en el mundo de escaso petróleo que se aproxima. Aquí aparece una función nueva del Nuevo Estado Absoluto, que es la presencia militar. La expansión mundial de las tropas le está trayendo al Ejército de los Estados Unidos un problema similar al que tuvieron los emperadores romanos de los siglos III y IV, esto es, la falta de hombres. Es por ello que se desarrollaron fórmulas nuevas, sobre la base de la experiencia histórica y el marco conceptual del capitalismo tardío.

La privatización del Ejército

En la actualidad el Ejército de los Estados Unidos se encuentra en un problema, básicamente numérico. A poco de andar la guerra de Irak, hacia fines del 2004, el corresponsal del diario *La Nación* en Washington infor-

maba sobre la falta de soldados, ya que el reclutamiento había caído en no menos del 30%. De esta forma, “de los 148.000 soldados que hoy están emplazados en Irak, luchando en una guerra de guerrillas, el 40% pertenece a la Guardia Nacional y a la reserva del ejército. La guerra comenzó en marzo de 2003 y desde entonces han participado 86.000 soldados de esa fuerza y unos 250.000 efectivos del servicio activo.”²⁹ Mientras que durante toda la guerra de Vietnam la Guardia Nacional tuvo solamente 100 bajas, hasta fines del 2004 murieron en Irak 142 soldados de esta fuerza, o 1 cada 606 movilizados.

En la actualidad el problema es mayor. El analista Charles Peña, del *Independent Institute*, sostuvo, a fines del año 2006, que para retener a los soldados profesionales a lo largo del tiempo, es necesario que tengan una rotación de combate/descanso del orden de 3 a 1 (es decir, que para mantener una unidad en combate es necesario tener conformadas tres unidades). Entonces, para mantener los 152.000 efectivos permanentes en Irak se requiere un total de 456.000 soldados. Este número es casi el tamaño total del ejército norteamericano, a lo que se le debe sumar un valor cercano a los 64.000 efectivos más desplegados en las bases de ultramar (o, siguiendo la relación, unos 192.000 efectivos más). En suma, si Bush quiere aumentar el despliegue, necesitará reclutar unos 150.000 soldados más. Pero como esto ya desde el principio se hizo muy difícil, para cubrir el faltante llevó al frente de combate a la Guardia Nacional, lo que implicó que desde el 2001 fueron trasladados a Irak 350.000 soldados de la Guardia Nacional y la Reserva, o sea más de los que fueron movilizados acumulativamente desde la crisis de los misiles cubanos (in-

²⁹ “El jefe de la Guardia Nacional, teniente general Steven Blumm, dijo que en los dos primeros meses del año fiscal -octubre y noviembre- no alcanzaron por un 30% el objetivo de reclutamiento de soldados para esa fuerza. Por esa razón, aumentaron los incentivos económicos para conseguir una adhesión mayor: un premio de 15.000 dólares para quien se aliste y haya actuado en el ejército, tres veces más que lo se ofrece actualmente; un premio de 15.000 dólares para aquellos ex miembros de la Guardia Nacional que se reinscriban por un período de seis años; y un bono de 10.000 dólares para aquellos que nunca hayan cumplido con ningún servicio en las fuerzas armadas.” En *La Nación*, edición del 18 de diciembre de 2004, consultado en el url: <http://www.lanacion.com.ar/664174>.

cludidas la Guerra de Vietnam, la crisis de los refugiados cubanos, Haití, Bosnia, Kosovo y la Tormenta del Desierto).³⁰

Lo peor del caso es que, como bien recordó Paul Kennedy, “los que están combatiendo esta guerra y a quienes ahora se les pide que mantengan el rumbo vienen de otras clases sociales y diferentes distritos postales” que los que los mandan al frente. Los muertos, en su mayor parte, eran “hombres blancos de zonas rurales, soldados tan jóvenes que todavía tenían recuerdos frescos de las proezas del fútbol escolar y de las escapadas adolescentes. También había un número significativo de afroamericanos y estado-unidenses hispanos”.³¹ Esta denuncia no es nueva, ya que Christian Appy lo trabajó ampliamente en el caso de los soldados enviados a Vietnam; lo que sucede es que asistimos a una reiteración de prácticas políticas que la clase dominante norteamericana utiliza con regularidad.³²

Estos inconvenientes conducen a la necesidad de suplantar las tropas faltantes. En primer lugar, porque resulta cada vez más difícil lograr el enlistamiento. En segundo, porque el argumento esgrimido de la guerra contra el terror está resultando, cada vez más, menos creíble. En este orden de ideas, mantener el espíritu bélico de una sociedad que ve llegar a los heridos y a los muertos, cuando no está seriamente en juego la seguridad interna, se le hace al gobierno crecientemente complejo.

Aquí se observa la poderosa transformación que, puede decirse sin temor a asegurarlo en el vacío, produce el Estado Absolutista en la resolu-

³⁰ Peña, Charles, *¿El despliegue en Irak fracturará al Ejército de los Estados Unidos?*, del 19/12/2006, en El Instituto Independiente, url: <http://www.elindependent.org/articulos/article.asp?id=1876>. Charles Peña es Asociado Senior en el *Independent Institute*, así como también Asociado Senior con la *Coalition for a Realistic Foreign Policy*, Asociado Senior con el Homeland Security Policy Institute de la George Washington University, y consejero del *Straus Military Reform Project*.

³¹ Kennedy, Paul, “Nadie piensa en democracia al mandar soldados a Irak”, *Diario Clarín*, edición del 6 de febrero de 2007, página 25.

³² Appy, Christian G., *Working-Class War: American Combat Soldiers & Vietnam*, United States, The University of North Carolina Press, 1993. En castellano puede consultarse del mismo autor “Vietnam: Una guerra de clase”, en Negra, Fabio y Pozzi, Pablo (comps.), *Huellas Imperiales. Historia de los Estados Unidos de América de la crisis de acumulación a la globalización capitalista, 1929-2000*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.

ción de conflictos medidos en términos militares. El avance neoliberal o neoconservador (no resulta sustancial el nombre) de las décadas de 1980 y 1990 permitió la apertura de un siglo XXI con ejércitos privados, los que actúan por delegación de los viejos Estados Nacionales en algunos casos, pero recurrentemente gracias a las instrucciones del nuevo Gobierno Absolutista Mundial (ejercido por los Estados Unidos de América, tal como se propone en “El Absolutismo Capitalista...”). El fenómeno es ya un problema analítico de consideración.

En los últimos tiempos se ha comenzado a llamar la atención sobre el accionar de “empresas” privadas, vinculadas al gobierno de los Estados Unidos de América –y sostenidas con el presupuesto nacional–, que ejercen un monopolio de la violencia estatal en forma delegada, pero sin pagar los costos políticos y jurídicos de su accionar, por estar protegidas por inmunidades brindadas por Congresos (el norteamericano y el iraquí, por caso) sumisos al poder Absolutista. Oscar Raúl Cardoso ha indicado que la guerra de Irak es la intervención neocolonial más cara de la que la historia guarde registro, pero además “es también la guerra más privatizada que se conoce.”³³ Mientras que los ejecutivos de las grandes empresas vinculadas a la defensa han recibido aumentos en sus ingresos que fueron del 200 al 600% entre 2002 y 2006³⁴, los obreros, los hispanos y los negros de clase baja reciben metralla de los autos-bomba y balazos de los francotiradores.

Cardoso sostiene que, con el fin de la Guerra Fría, los militares estado-unidenses imaginaron un futuro menos tenso y por ello “en los años 90 se dedicaron a tercerizar muchos de los servicios que antes se proveían a sí mismos”. Las empresas de servicios militares, como dieron en llamarlas algunos analistas, han crecido sobre la base de la creciente demanda, a caballo de la ola internacional de privatización militar que ideó el vicepresidente Dick Cheney en 1992, cuando era funcionario de George Bush (padre). Como dice un artículo de *El País*, el actual vicepresidente de George Bush (hijo),

³³ Cardoso, Oscar R., “EE.UU.: una guerra que deja el futuro hipotecado”, *Diario Clarín*, 29 de septiembre de 2007, página 35.

³⁴ Ídem.

“a mediados de 1992 le encargó a *Brown & Root Services* un plan para privatizar los servicios militares en zonas de guerra, por el que le pagó cuatro millones de dólares. A fines de ese año, poco antes de que Bill Clinton se instalara en la Casa Blanca, le pagó otros cinco millones para que *actualizara* el plan de privatización. *Brown & Root Services* es una subsidiaria de Halliburton, empresa que Cheney dirigió desde 1994 hasta que se incorporó a la vicepresidencia. El plan de Cheney se ha ejecutado. El Ejército de Estados Unidos se ha reducido de 2,1 millones a 1,4 millones, y cientos de miles de esos puestos han pasado a manos privadas. De acuerdo con el Centro para la Integridad Pública, el Pentágono ha gastado 300.000 millones de dólares en 3.016 contratos de servicios militares que han ido a parar a 12 empresas entre 1994 y 2002 (las cifras excluyen las contratos de armamento).”³⁵

Sin embargo, el problema da para suponer que es más ideológico que práctico, ya que la tercerización y privatización es un fenómeno de orden internacional y mucho más complejo. Como argumenta Kaplan, “el Pentágono, el Departamento de Estado, la CIA y otros habían aprendido que muchos detalles relacionados con los servicios de información eran manejados con mayor eficacia por las empresas privadas, que no padecían el mismo grado de supervisión por parte de los medios de comunicación y el Congreso.”³⁶ En el libro *Corporate Warriors*, P. Singer sostiene que la tercerización de servicios militares es un fenómeno más amplio, que incluye a países capitalistas aliados (como Francia o Inglaterra), pero que los Estados Unidos son proveedores relevantes de servicios vinculados a la maquinaria bélica. Por ejemplo, la empresa *Brown & Root* que arma los campamentos, provee el mantenimiento de las armas y los vehículos y se encarga de la alimentación de las tropas.³⁷

³⁵ Disponible en www.elpais.com/articulo/internacional/gran/negocio/mercenarios/Irak/elpepiint/20040506elpepiint_5/Tes

³⁶ Kaplan, Robert, *Tropas Imperiales*, Barcelona, Ediciones B, 2007, pág. 86.

³⁷ Singer, Peter Warren, *Corporate Warriors. The rise of the privatized military industry*, Ithaca, Cornell University Press, 2003, página 12. Kaplan lo explica: “Fue en Bosnia donde Kellogg, Brown & Root perfeccionaron la base militar estadounidense instantánea, un artículo característico del *know-how* tardointustrial de la nación. Tenía paletas

Esto se traduce en la aparición de empresas de seguridad privadas que suplen las labores que el Ejército no puede o no quiere llevar adelante. El caso paradigmático es el de Blackwater. Ya a mediados de agosto de 2005 se denunciaba el hecho de que había una gran cantidad de hombres de empresas de seguridad privada “operando” en Irak. Estos hombres eran ex soldados de países tales como Colombia, Chile, Filipinas o algunos países de América Central, con amplia experiencia en insurgencia y combates informales, que dejaban el ejército de sus respectivos países para ir a la zona caliente con sueldos que representaban de tres a cinco veces el salario que dejaban.³⁸ Un hombre declaró para la BBC que

“las empresas buscan contratar la mano de obra más barata y esa puede ser filipina, nepalí, colombiana o centroamericana. Y ellos además buscan a esta gente porque tiene experiencia en zonas de conflicto y además son más económicos que los británicos y los estadounidenses...”³⁹

Estos guardias protegen no solamente objetivos de tipo comercial, o formulan políticas como “asesores” (fórmula elegante empleada desde los medios periodísticos afines a la invasión, que en otros términos serían llamados mercenarios). También están encargados de proteger puntos y personas claves de las fuerzas invasoras, como generales del ejército de los Estados Unidos. Este servicio de “guardaespalda” puede llevar adelante acciones que, efectuadas por el mismo Ejército, serían cuestionadas en términos políticos a nivel internacional.

Por ejemplo, el 16 de septiembre de 2007 un grupo de guardias privados de la empresa Blackwater disparó en la plaza Al Nasur de Bagdad,

de madera de balsa revestidas de aluminio como suelos de ducha, torres de vigía hechas de contenedores de mercancías apilados, vejigas sintéticas de noventa mil litros para guardar petróleo y agua potable y hectáreas de *B-huts* (cabañas semipermanentes) con un extraño parecido a los pabellones entoldados del Ejército otomano.” Kaplan, Robert, *Tropas Imperiales*, op.cit., pág. 220.

³⁸ Álvarez, Hernando, “Irak: ¿seguridad privada o mercenarios? *BBC Mundo.com*, 24 de agosto de 2004.

³⁹ Álvarez, Hernando, “La guerra privada de Irak”. *BBC Mundo.com*, 23 de agosto de 2005.

causando 17 muertos y 27 heridos, según una investigación efectuada por el FBI.⁴⁰ En esta investigación, la agencia federal denunció que esta empresa está envuelta en más de 200 casos de asesinato de civiles desarmados en Irak y, conforme lo investigado por *The New York Times*, no existen evidencias para apoyar las afirmaciones de los empleados de dicha firma, quienes aseguraron disparar en defensa propia luego de haber sido atacados. El diario *El País* informa que el tiroteo se produjo cuando miembros de Blackwater custodiaban un convoy diplomático estadounidense en Bagdad.⁴¹

Un paper del Congreso de los Estados Unidos, con fecha del 11 de julio de 2007, indica que, si bien existen contratos del gobierno de los Estados Unidos, hay un indeterminado número de subcontratistas que tiene vínculos con empresas contratadas por el gobierno, y que provee servicios militares tanto para las fuerzas de la coalición como para el gobierno iraquí. Se han estimado –a esta fecha– de 20 a 30 mil los hombres que proveen servicios militares bajo contratos del gobierno. Sin embargo, no puede asegurarse completamente que éste sea el número definitivo, porque el paper consultado indica que los contratos del gobierno norteamericano, a julio de 2007, alcanzaban a un total de 182.000 personas. Asimismo, que hay 60 empresas de seguridad privada que se encuentran a esa fecha operando en Irak. De esos 182.000, alrededor de 21.000 eran norteamericanos, mientras que los demás o eran iraquíes o de alguna nacionalidad de terceros países.⁴²

Según el memorando del 1 de octubre del 2007 elaborado por el Comité de Control y Reforma Gubernamental, los incidentes de las empresas de seguridad privada en Irak son una constante. En particular los de Blackwater, ya que se ha visto envuelta en 195 “escaladas de fuerza” desde 2005. Esto, según el informe, da un promedio de 1,4 disparos por semana. En la perspectiva de los analistas, la situación analizada conlleva dos tipos de problemas. El primero, vinculado a la situación en Irak y el creciente uso innecesario de la violencia. El segundo es el costo de esta empresa para los contribuyentes. Utilizar los servicios de Blackwater

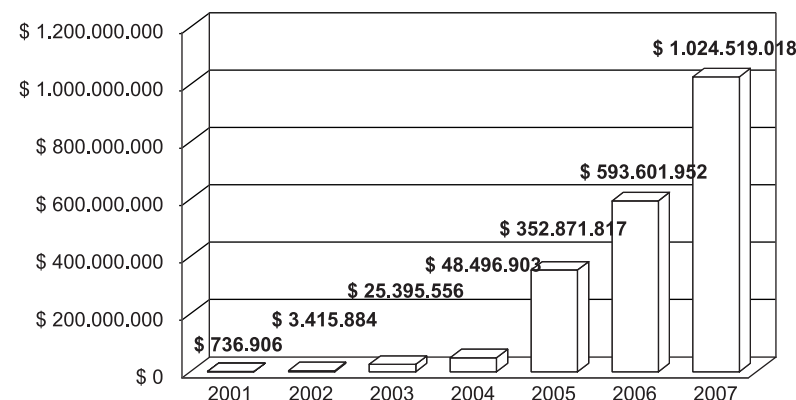
⁴⁰ Este caso es uno posterior al descripto al inicio del artículo.

⁴¹ “Blackwater: mercenarios fuera de control en Congreso de EE.UU.”. Diario *El País.com* del 2 de octubre de 2007.

⁴² Elsea, J. K. y Serafino, N. M., *Private Security Contractors in Iraq: Background, Legal Status and Other Issues*, CRS (Congressional Research Service) Report for Congress, Order Code RL32419, 11 de julio de 2007, págs. 3-4.

en vez de las tropas norteamericanas para proteger a los oficiales de la embajada norteamericana es muy caro, ya que le cuesta al gobierno 1.222 dólares por día, lo que equivale a 445.000 dólares por año, y alcanza a representar más de seis veces el costo de un soldado norteamericano.⁴³ En total –asegura el análisis–, Blackwater ha cobrado de fondos federales, desde el año 2001 hasta el año 2006, más de mil millones de dólares, lo que incluye más de 832 millones de dólares por dos contratos con el Departamento de Estado, para proveer servicios en Irak. Si bien Blackwater tuvo desde 2001 relación con el gobierno (es decir, durante toda la administración de George Bush), las sumas facturadas dan un gran salto a partir de la guerra, tal como surge del gráfico siguiente:

Contratos Federales de Blackwater



Fuente: Comité de Control y Reforma Gubernamental. “Additional Information about Blackwater USA”, One Hundred Tenth Congress, Congress of the United States, House of Representatives, Committee on Oversight and Government Reform, Memorandum, October 1, 2007, página 3. Otros valores pueden encontrarse en <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/graphic/2007/10/13/GR2007101300229.html>

⁴³ “Los costos son significativamente mayores que aquellos en los que se incurriría por los militares. Los servicios de seguridad provistos por Blackwater pueden ser perfectamente cubiertos por un sargento del ejército, cuyo salario rango de pago por habitación y subsistencia alcanza entre los 140 y los 190 dólares por día aproximadamente, dependiendo del rango y años de servicio... En un año... esta suma va de los 51.100 a los 69.350 dólares. El monto que paga el gobierno a Blackwater por los mismos servicios es

Pero la cuestión del costo es un aspecto parcial de un problema mayor, ya que debe considerarse también que esta empresa tuvo en los últimos dos años 168 incidentes con armas de fuego, contra “solamente” 102 de la empresa DynCorp, o los 36 de Triple Canopy. Para este tipo de inconvenientes, el gobierno norteamericano ha garantizado inmunidad (tal como la que solicita para sus tropas en lugares en que no hay conflicto). Tal como informó *The New York Times*, a los guardias que tomaron parte en el tiroteo de septiembre descrito precedentemente se les brindó “inmunidad limitada” para que declararan lo sucedido el día del tiroteo.⁴⁴ Esto debe entenderse en el contexto de la gran cantidad de despidos que la empresa ha dispuesto sobre guardias/mercenarios por problemas en el uso incorrecto de armas, abuso de drogas y alcohol, conducta inapropiada y actos innecesariamente violentos.

Sin embargo, reemplazar los servicios de Blackwater (por lejos, la más grande y visible de las tres principales empresas privadas de seguridad norteamericanas en Irak) resultaría mucho más caro que mantenerla. Al Departamento de Estado le demandaría de 18 meses a dos años reclutar o trasladar agentes de otros destinos, entrenarlos en lo básico del trabajo, y siete meses más para darle el entrenamiento específico.⁴⁵ Como dijo un oficial de logística del Departamento de Estado citado como Moser, enviar a un diplomático o a un agente del Departamento de Estado a Irak insume de unos 400 mil dólares si es una misión normal, a 1 millón de dólares si el enviado va a Irak.⁴⁶ El punto es que, para el Estado Absolutista, el costo anual de este tipo de operaciones solamente alcanza los 1.500 millones de dólares, incluyendo el costo de los contratos de las grandes empresas, junto a un contrato de 475 millones para proveer servicios de inteligencia para el

aproximadamente de seis a nueve veces mayor.” Comité de Control y Reforma Gubernamental. “Additional Information about Blackwater USA”, One Hundred Tenth Congress, Congress of the United States, House of Representatives, Committee on Oversight and Government Reform, Memorandum, October 1, 2007, pág. 14.

⁴⁴ Tomado de “Washington prometió inmunidad a Blackwater”, en *El País.com* del 31 de octubre de 2007.

⁴⁵ *Washington Post*, edición del 21 de octubre de 2007, op.cit.

⁴⁶ Ídem.

Ejército y el personal de seguridad para los Ingenieros militares, y un contrato de 450 millones para proteger a los convoyes de vehículos que llevan materiales logísticos para la reconstrucción iraquí.

Jack Holly, un coronel retirado de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, fue brutalmente claro cuando dijo que “cuando usted ve el número de mi gente que ha sido asesinada, el público americano debería reconocer que cada uno de ellos representa a un soldado, un infante de marina o un marino norteamericano que no fue enviado a ese riesgo.”⁴⁷ El riesgo puede medirse cuando se conoce que los ataques a los convoyes pasaron del 5,4% de los enviados en 2005, al 9,1% en 2006 y, a mayo de 2007, al 14,7%.

Un viejo remedio para una nueva etapa

La gran cantidad de bajas que está provocando la guerra, junto al creciente número de víctimas del estrés post-traumático, han generado una progresiva resistencia doméstica a la presencia norteamericana en Irak y Afganistán, de forma tal que, sin perjuicio de la censura y la manipulación informativa, la tendencia es hacia alguna forma de reacción social no esperada.

Sin embargo, cabe suponer que la fórmula implementada de la privatización de las acciones armadas lleve a desarrollar ejércitos no nacionales, de forma tal que aquella resistencia interna no se genere como consecuencia de la visión de los soldados retornando a casa en bolsas negras de plástico. Los pueblos germanos convertidos en legionarios o los tercios españoles imponiendo su terrorífica lógica por Europa son aquel viejo remedio, pero resulta lógico suponer que las acciones del Estado Absolutista superen aquellas prácticas para operar como tropas imperiales alrededor del mundo.

⁴⁷ *Washington Post*, edición del 16 de junio de 2007, consultada en www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/06/15/AR2007061502603_pf.html

Joan Robinson, hacia 1971, en una presentación ante economistas norteamericanos, y retomada por muchos estudiosos de los problemas de Gasto Público norteamericano, concibió el concepto de *keynesianismo-militar*. Lo utilizó para describir cómo los gastos militares durante la Guerra Fría se volvieron la mayor fuerza en la economía norteamericana. Desde aproximadamente 1947, alrededor del 75% del Gasto Público estuvo destinado a propósitos militares. El gobierno de George Bush, continuador ideológico no solamente de la práctica gubernativa de su padre, sino del gran modelo de reestructuración económica elaborado en la década de 1980 por Ronald Reagan, necesitó de un importantísimo volumen de gasto público para sacar a los Estados Unidos de la crisis provocada al inicio de su mandato por una recesión económica empujada por las masivas rebajas de impuestos. Ese gasto público, obviamente, no estuvo destinado a mejorar las condiciones de vida de los sectores menos favorecidos.

Sin embargo, las nuevas prácticas tienen de diferente el hecho de que no son solamente operaciones militares sobre Afganistán e Irak, es decir, no fueron sobre naciones sino sobre un área repleta del recurso estratégico. Este Estado Absolutista determina que la resolución militar también sea efectivizada por el “perfecto asignador de bienes y recursos”, esto es, el mercado. Por ello es que traslada el monopolio de la violencia hacia el sector privado, quien seguramente es mejor administrador de la violencia que el lento, perezoso y tonto Estado.

Buenos Aires, junio de 2008.

CRISIS EN EE.UU. ¿CUÁL ES EL DESTINO DEL ORDEN MUNDIAL?

*Julio C. Gambina**

La explosión de la crisis en EE.UU. es cuento largo, pero se agudizó desde agosto de 2007 y se hizo evidente en el septiembre negro de 2008 con impacto en las finanzas globales. El pánico llevó a fortísimas intervenciones de liquidez tal como los 180.000 millones de dólares que dispusieron 7 bancos centrales del capitalismo desarrollado para intentar calmar la debacle del sistema financiero en el corazón del capitalismo central. Son fondos que se suman a varios millones más y que, se estima, ya superan el medio billón de dólares, sin que nadie se anime a pronosticar el monto definitivo. En la misma semana se aplicaron otros 85.000 millones de dólares destinados, también por fondos públicos de EE.UU., para el salvataje de la aseguradora AIG; y una semana antes, se asignaron 200.000 millones para atender la liquidez de los dos grandes bancos administradores de hipotecas: Fannie Mae y Freddie Mac.

Al mismo tiempo, consignamos que fueron 50.000 millones lo que le costó al Bank of America la apropiación de la devaluada Merrill Lynch, cuatro veces más cara hace apenas un par de años. Finalmente, el presiden-

* Profesor Titular de Economía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario. Profesor de Postgrado en las universidades públicas de Buenos Aires, Córdoba, Mar del Plata y Rosario. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP. Integrante del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Director Adjunto del Centro Cultural de la Cooperación.

te Bush anunció la “estatización” de la crisis con un programa de 700.000 millones, que algunos estiman ascenderá a 1 billón de dólares, presentado al Parlamento para rescatar las carteras morosas (“deudas tóxicas”), sanear el sistema bancario y relanzar la actividad a costa del conjunto de la sociedad, con la intención de amortizar ese costo socializado en el sistema mundial. En el discurso de Bush presionando a los parlamentarios estadounidenses se pudo leer cierto tono catastrofista para inducir la aprobación del paquete de salvataje. Así se calificó la “profundidad de la crisis”, que no admite el rechazo del paquete de “estatización”, pues el impacto en costos sociales y económicos sería peor. Es el chantaje usual de quienes no asumen la responsabilidad en el curso de la crisis y que aprovechan la ocasión para socializar las contribuciones del rescate público para continuar con el rumbo de la acumulación interrumpida.

Podrían darse más datos sobre los montos involucrados en la crisis, pero nuestro propósito apunta a poner de manifiesto la danza de los millones que representan los aportes recurrentes de las bancas centrales para sostener funcionando a la vanguardia de la liberalización financiera y económica del período que va de los 70 a los 90, los años de instalación de la ofensiva del capital transnacional y la ideología neoliberal.

Aludimos a la banca de inversión en crisis y a la arquitectura del sistema financiero mundial como emblemas del mundo liberal (neoliberal), cuyas funciones contribuyeron a potenciar las asimetrías de ingreso y riquezas para consolidar un orden económico y social sustentado en la explotación. Es cierto que la crisis afecta en primer lugar a los trabajadores y a los inversores directos, especialmente los más pequeños, en ese “capitalismo popular” construido en EE.UU., pero también a los propietarios de viviendas hipotecadas y con problemas, estimados en casi 5 millones de personas. En primer lugar, se afecta a personas concretas, aunque la crisis se presenta afectando a ciertas instituciones del capitalismo. La prédica escamotea a las personas, sindicando que la crisis afecta a los bancos, y, en rigor, también a las aseguradoras, las bolsas, los fondos de inversión, el sistema de especulación bursátil y financiero, como a las consultoras y evaluadoras de riesgo de “prestigio internacional” y a los propios Organismos Financieros internacionales (FMI, Banco Mundial, BID), que se terminan transforman-

do en vulgares comentaristas de una situación que les estalla a contramano de sus previsiones y recomendaciones.

Resulta útil concentrarnos en la consideración de los efectos posibles en el corto plazo y las opciones que la situación habilita a pensar. El efecto inmediato es la confirmación de la desaceleración económica en EE.UU. y el tránsito (más allá de precisiones técnicas) hacia una recesión en ese país que se difundirá en el sistema mundial. Ya sabemos que la recesión supone desempleo y deterioro de la calidad de vida de los sectores de menores ingresos, afectándose la capacidad productiva y motorizando nuevas rondas de concentración empresarial.

La Revista *The Economist*¹ señala, en una nota bajo el título “Redefiniendo la recesión”, que muchos economistas asumen que la recesión se deriva de una caída en el PIB de los países y que, por lo tanto, es necesario repensar la definición *standard* sobre el tema, ya que, en la forma tradicional de medición, alcanza con dos trimestres de caída del PIB. Es una situación verificada para Europa y Japón, razona la revista, y no así para el caso de EE.UU., con lo que serían aquellos los países en recesión según la terminología usual. Todo indica, sin embargo, que el fenómeno es propio de la situación en EE.UU. El artículo mencionado destaca que el desempleo en EE.UU. alcanza al 6,1% para agosto del 2008, con valores similares a los de la anterior recesión en 2001, siendo el desempleo la mejor forma para medir el fenómeno recesivo, culminando el texto con una alusión a un viejo relato en clave humorística “... cuando tu vecino pierde su trabajo, a eso se le llama desaceleración de la economía. Cuando pierdes tu trabajo, eso es recesión. Pero cuando un economista pierde su trabajo, esto se transforma en depresión. Los economistas que ignoran el reciente crecimiento del desempleo merecen perder su trabajo.”

Todo apunta a considerar que la recesión ya existe en EE.UU. más allá de precisiones académicas. El tema no es menor, porque si algo se asimiló luego de la crisis del 30 es la posibilidad del accionar de la política económica para superar los procesos recesivos, máxime si, además, como ahora, ocurren en combinación con alzas generalizadas de los precios. La

¹ *The Economist*, september 13th, 2008, sección Finanzas y economía, página 82.

estanflación, término acuñado por la situación emergente en los años 80, vuelve a instalarse en la coyuntura económica mundial, y ello motiva a pensar en medidas para superar la situación. La búsqueda apunta a un nuevo ciclo de crecimiento económico y estabilidad de precios, regenerando condiciones para la acumulación de capitales.

Una salida posible desde EE.UU. es la reiteración del camino asumido para superar la anterior recesión del 2001, donde se combinó keynesianismo militar (estrategia contra el terrorismo) con alimento a un desenfrenado endeudamiento del Estado y los particulares, que desembocó en la burbuja inmobiliaria y la crisis de las hipotecas desde agosto del 2007. Claro que ahora no puede repetirse la historia del mismo modo, porque la ofensiva militarista aparece atrapada en Irak y Afganistán, sin clara salida de una maniobra que pierde legitimidad en el mundo y al interior de EE.UU., acrecentando a la vez un déficit fiscal cada vez más difícil de financiar. Tampoco se puede estimular el crédito de un sistema bancario con mora creciente y escasa propensión de la población a endeudarse ante la debacle financiera en curso, máxime cuando EE.UU. asume una deuda pública que supera los 11 billones de dólares. Ni la baja de la tasa de interés actúa para favorecer un crédito del que huyen probables deudores ante la cruda realidad de la recesión y la inflación. La estrategia utilizada en el 2001 exacerbó los problemas estructurales de déficit fiscal, comercial y endeudamiento público y privado de EE.UU. Son límites objetivos que impiden reiterar ese camino, especialmente cuando se piensa en la mayor gravedad del proceso recesivo en curso con relación al anterior.

La innovación, si así puede llamarse, y ante el fracaso de que el capital privado sostenga a las entidades en crisis, según se intentó desde la propia Reserva Federal, es que se acude al sempiterno regreso de la intervención estatal bajo nuevas formas, con aportes del tesoro y fondos públicos para sostener a las entidades financieras. El objetivo es que la rueda de la circulación productiva y mercantil vuelva a funcionar para relanzar el régimen del capital bajo una nueva ofensiva de la liberalización global. Se trata de intervenir desde la cúpula del poder estatal, aunque solo sea temporalmente, para estabilizar la situación económica y retomar la ofensiva por la liberalización.

La hipótesis a futuro es la continuidad del proyecto hegemónico por la apertura y el libre cambio. ¿Es ésta una hipótesis fatalista o pesimista? No, solo razonar en función de la correlación de fuerzas en cada momento histórico. Algunos exponen sobre las similitudes del crack actual con el operado en 1929 y su secuela en la crisis del 30. Entonces, aprendiendo la lección, se abandonó la concepción de que todo lo resolvía la “mano invisible del mercado”, heredada de fisiócratas, clásicos y neoclásicos de la Economía Política por más de dos siglos, para inaugurar un nuevo tiempo histórico de ruptura epistemológica en coincidencia con John Maynard Keynes.

Una nueva concepción que se proyectó como corriente principal del pensamiento y la política económica por medio siglo (1930-1980), y que fue puesta en discusión con la crisis de rentabilidad a fines de los 60 y comienzos de los 70. Había pasado la edad de oro entre 1945 y 1975, con el mayor crecimiento que reconoce la sociedad contemporánea, y los datos de las restricciones a la rentabilidad del capital ponían en debate el paradigma teórico. El keynesianismo ocupó el lugar hegemónico desde 1930, y ya desde 1980 se manifiesta como un momento de cambio del paradigma discursivo en el poder mundial con los conservadores gobiernos británico (Thatcher) y estadounidense (Reagan).

El condicionante de fondo en la crisis del 30 estaba dado por la presencia de un competidor sistémico del orden hegemónico: la pretensión socialista de la Unión Soviética, que contribuía a estimular las demandas de los trabajadores, principalmente en los países más desarrollados del capitalismo mundial, al tiempo que alimentaba la ilusión de la superación del atraso y la dependencia en el mundo no desarrollado. La correlación de fuerzas en el ámbito mundial a la salida de la crisis del 30 condicionó la respuesta con políticas keynesianas, reformistas, materializadas en el Estado benefactor, cuyo mayor exponente resultaría la Europa con fuerte presencia socialdemócrata, aunque quien pondría en evidencia el nuevo orden sería Franklin D. Roosevelt con el “new deal” en 1932. La derrota del socialismo soviético entre 1989/1991 modificó la escena de la disputa global y habilitó el cierre de la excepcionalidad de medio siglo de “capitalismo reformista” para retomar el curso interrumpido para la liberalización y expansión transnacional del capital. Solo como hipótesis adicionemos que los cam-

bios que ocurren en América Latina y el Caribe, más allá de incertidumbres, pueden generar condiciones para regresar a un imaginario de orden alternativo al capitalismo, y por ello, en nuestro horizonte se presenta, en simultáneo, la convivencia de la crisis con el propósito de la liberalización exacerbada del capital y la expectativa por otro mundo posible estimulada desde la compleja realidad latinoamericana y caribeña.

Estanflación y liberalización del sistema mundial

Entre fines de los años 60 y comienzos de los 70 se desarrolló en el sistema mundial y en forma conjunta un estancamiento de la economía, acompañado de la aceleración de los precios, especialmente del petróleo y los alimentos. Apareció así el término de la estanflación en el marco de una crisis del capitalismo cuyo epicentro se concentró en la disminución de la tasa de ganancia de los capitales más concentrados. La respuesta del poder económico fue, entonces, el aumento inusitado de la tasa de interés, que ya en los años 80 y bajo la administración Reagan alcanzó al 20%. Se agudizó así el costo financiero de los países endeudados en los 70 y con ello la crisis de la deuda que se continúa procesando a comienzos del Siglo XXI.

Recordemos que el endeudamiento fue el mecanismo utilizado para la circulación de capitales excedentes en el capitalismo desarrollado que alimentó la crisis de endeudamiento del Sur del mundo desde los 80 hasta nuestros días. Fue una liquidez colocada en los mercados financieros y especulativos, alentando la movilidad de capitales internacionales y que alimentó guerras como la que protagonizaron, entre sí, Irak e Irán, desangrando a sus pueblos y transfiriendo la renta petrolera vía compra de armamentos y pertrechos militares a los principales proveedores de la militarización global, entre ellos EE.UU. El gasto militar de las dictaduras en el cono sur, como los enfrentamientos que se potenciaron entre países vecinos (Chile y Argentina p.e.), o la guerra por Malvinas que protagonizó Argentina contra Gran Bretaña en complicidad con EE.UU. Son todas partes de una misma estrategia de recuperación de la acumulación capitalista.

La guerra y el costo del dinero se acoplaron a la fuerte ofensiva del

capital sobre el trabajo en escala global, instalando por doquier y hasta nuestros días la flexibilidad laboral, las reformas regresivas del Estado y la liberalización de la economía mundial, claro que acompañado del proteccionismo en los países imperialistas. El mito liberalizador se propagaba junto al mayor proteccionismo de las potencias del capitalismo central.

La inflación a escala mundial parece estar de vuelta con el encarecimiento del petróleo y los alimentos. Se repite la historia también con la desaceleración de la economía estadounidense, cuyo impacto se espera se extienda al conjunto del sistema mundial. Las proyecciones de crecimiento mundial son débiles según los distintos pronósticos de los organismos internacionales, y la inflación, según *The Economist* (vol. 387, n° 8581 del 24/05/08), será de dos dígitos promediando la primavera del sur o el otoño del norte. Según la revista, Argentina, con su 23% de “inflación real” en 2007 y Venezuela, con el 29%, lideran las posiciones de una tendencia que muestra a China con un registro cercano al 9%, desde valores levemente superiores al 2% en los últimos tiempos. Es un guarismo similar para otros países asiáticos. Según la misma fuente, Rusia alcanza al 14% con proyección ascendente.

No resulta sorprendente ese crecimiento de los precios, especialmente si se piensa en un paradigma productivo sostenido en el petróleo, el cual parece haber alcanzado el pico de las reservas históricas, según un reciente estudio², situación que estimula el alza del precio sin techo imaginable, más allá de las alzas y bajas en la coyuntura. Adicionemos a ello el incremento de los precios de los alimentos, motivado en una mayor demanda motorizada por China y la India, donde habita el 36% de la población mundial. Es cierto que los *commodities* elevan sus precios por inversiones especulativas, que incluyen la compensación por las debilidades del dólar y que cualquier modificación que actúe en el fortalecimiento de la moneda estadounidense afecta a la baja de los precios, pero sin obviar las tendencias estructurales que explican la aceleración de precios de la energía, los metales y los alimentos.

² Fernández Durán, Ramón, *El crepúsculo de la era trágica del petróleo. Pico del oro negro y colapso financiero (y ecológico) mundial*, Virus / Libros en Acción, 2008.

China viene creciendo al 10% acumulativo por 30 años, y con ello ha favorecido la expansión capitalista en su territorio y facilitado la inversión productiva con fuerza de trabajo barata para capitales ávidos de superar la crisis de rentabilidad presentada en los años 70. El capital resuelve su crisis en este tiempo con una ofensiva contra el trabajo vivo existente, al tiempo que genera millones de nuevos puestos de trabajo en Asia en condiciones inmejorables por el bajo precio de reposición de la fuerza laboral y el carácter subordinado del mismo a las necesidades de los inversores capitalistas. Son las condiciones ideales para restablecer rentabilidad del capital afectado y reproducir las condiciones mundiales para la generación y apropiación de plusvalor, posibilitando transferir ese nivel del costo de producción como *standard* mundial de remuneración del trabajo.

Es un hecho que China bajó su pobreza del 80%, en 1980, al 20% en 2006 (*The Economist*, vol. n° 387), y se manifiesta con una mayor demanda de alimentos en el mercado mundial. El aumento del precio del petróleo y de los alimentos se complementan para estimular la espiral creciente de los precios de mercado que dan sustento a la inflación mundial. Ambos fenómenos disparan a su vez mecanismos especulativos, con apuestas a los mercados a futuro, que verifican con su accionar en tendencias recurrentes al alza de los precios, tal como ocurre, especialmente desde comienzos de 2007. Además, el escaso petróleo induce la generación de energía con granos, profundizando la espiral inflacionaria.

Se trata de una situación explosiva, ya que la apuesta del capital transnacional y los Estados de los países capitalistas desarrollados pretenden recrear las condiciones para potenciar la salida liberalizadora ya utilizada en los 70. Es lo que se intenta para superar la crisis financiera en EE.UU., y es la lectura sobre cualquier cónclave internacional, tal el caso de la reunión de la FAO en Roma a comienzos de Junio del 2008. La declaración final fue obstaculizada por la Argentina, Cuba, Ecuador, Nicaragua y Venezuela, quienes objetaron la mención crítica a las restricciones a las exportaciones enunciadas en el borrador preparado por los anfitriones y con el beneplácito del capitalismo desarrollado. En la capital italiana quedó puesto de manifiesto que los sectores dominantes del sistema mundial no reducirán su proteccionismo, al mismo tiempo que alientan el aperturismo

del resto de los países. Es manifiesto el interés del capital transnacional para hacer jugar a los Estados de sus países de origen en función del interés liberalizador que empujan como salida a la crisis de los 70, y muy especialmente luego de la ruptura de la bipolaridad en torno de 1990.

Grave sería que se repitiera la historia de “solución” a la crisis de estanflación anterior, ya que ello supone la profundización del militarismo y la agresión expansionista de las principales potencias del capitalismo, agudizando las asimetrías que se verifican en las últimas décadas entre las ostensibles riquezas de unos pocos y la miserabilización de la mayor parte de la población mundial. La pérdida de soberanía alimentaria avanza a partir de la equiparación, en 2008, por primera vez en la historia de la humanidad, de la población urbana y rural. Es un proceso que alcanza a los propios países productores de alimentos, tal como crudamente lo expresa la Argentina que, con la explosión de la soja transgénica desde mediados de los 90, se perfila como un país monoprodutor de bienes agrícolas o agroindustriales con destino al mercado mundial. Es imperioso alertar sobre la previsible reiteración de políticas afines a las construidas en los 80 y 90, décadas perdidas para América Latina en la calificación que hiciera la CEPAL, especialmente para el primer decenio y la mitad del segundo.

Es cierto que, junto con la crisis y la estanflación como amenaza, existe la expectativa esperanzada en procesos de cambios profundos, especialmente en la región latinoamericana y caribeña. Es un proceso que requiere ser estimulado con rupturas del modelo de producción dominante en el sistema mundial. Hoy más que nunca se requiere de modificaciones sustanciales que aseguren soberanía alimentaria y de los recursos naturales, explotados en forma creciente por las transnacionales. Es imperiosa la búsqueda de un nuevo orden mundial, lo que supone voluntades políticas nacionales para avanzar en cambios en sus respectivos países, al tiempo que articulen estrategias compartidas para la sustitución del modelo productivo actual. En nuestra región es una opción reconocida en muy pocos países que anuncian rumbos anticapitalistas e incluso por el socialismo, y que intentan nuevas formas de integración, como en el caso de la Alternativa Bolivariana para las Américas, el ALBA.

Especificidad financiera de la crisis e hipótesis en la coyuntura

Desde la crisis de la deuda en 1982 se han sucedido multiplicidad de situaciones críticas en distintos países, pasando por los problemas bursátiles en EE.UU. en 1987, o las más recientes en la década del 90 en México (94), Asia (97), Rusia (98), Brasil (99) y Argentina (01). En cada ocasión se manifestaron casos emblemáticos que anticipaban la crítica situación de las instituciones que se fueron creando para la circulación del capital en los últimos años.

Entre los casos de mayor trascendencia y visibilidad mundial aparece la quiebra en 1998 del “Hedge Fund” Long Term Capital Managment (LTCM), en cuya administración (el board de dirección) figuraban personalidades de la corriente principal, como Robert C. Merton y Myron S. Scholes, quienes compartieron en 1997 el premio Nobel de economía por sus aportes en los métodos de valuación de los derivados financieros. Se trataba de una teoría relativa a inversiones sobre inversiones en condiciones “normales”, que la devaluación rusa de 1998 puso en crisis y afectó a inversiones por 4.500 millones de dólares, y la rápida intervención del sistema financiero en EE.UU., encabezado por la Reserva Federal de Nueva York. Una de las lecturas inmediatas que se hizo de aquella manifestación de crisis fue la necesidad de regulación de mercados financieros que empezaban a descontrolarse.

El diagnóstico señalaba a un conjunto de excepciones descontroladas, pero en la seguridad de la alquimia financiera de los derivados y otros institutos financieros para darle sustentabilidad a la euforia en ascenso de un mercado mundial de capitales. En el mismo sentido puede pensarse en la crisis de Enron, que desde su origen en la electricidad y su diversificación, que incluía seguros financieros, explotó como fraude contable para ocultar grandes ganancias de sus promotores en el marco de la crisis derivada del 11S y el impacto de una crisis financiera que explicitaba la emergencia de la situación de Argentina con su cesación de pagos, la mayor de la historia contemporánea.

Es que entre los 80 y los 90 se dieron las condiciones para la estimulación de la “burbuja especulativa” bajo la conducción de la Reserva Federal de

EE.UU. (FED) por Alan Greenspan entre 1987 y 2006, quien en 1997 calificó de “exuberancia irracional de los mercados”, aludiendo a la vulnerabilidad del mercado mundial de capitales. Los años de Greenspan son de avance de la desregulación financiera, cuyos antecedentes provienen de las directivas de Paul Volcker, titular de la FED entre 1979 y 1987. Directivas que indujeron el alza de las tasas de interés que llevaría al extremo la hipoteca de los países endeudados, principalmente en América Latina (Argentina, Brasil y México). Si bien el neoliberalismo se ensaya bajo el comando del terrorismo de Estado en las dictaduras del Cono Sur de América, es con Ronald Reagan que adquiere carta de ciudadanía como ideología y práctica política de los gobiernos más poderosos del capitalismo mundial. El momento de Reagan es también el de Volcker como tránsito hacia la veintena de años de irracional liberalización que ahora está explotando en la cabeza del orden capitalista.

La liberalización de la economía, especialmente en las finanzas de EE.UU., favoreció la emergencia de un conjunto de instrumentos para disminuir el riesgo de inversión, entre los que se encuentra la división de Bancos comerciales y de inversión. En estos días, la crisis afectó a los principales bancos de inversión, con la quiebra de Lehman Brothers, la absorción de Merrill Lynch por un Banco comercial (Bank of America), y la transformación en comercial de los dos mayores: Morgan Stanley y Goldman Sachs. De este último surgió Henry Paulson, cuya presidencia ocupó hasta mayo del 2006, y actualmente es el Secretario del Tesoro de EE.UU. y mentor del salvataje a los bancos problemáticos, entre ellos Goldman Sachs. Entre esos instrumentos apareció un complejo entramado de opciones de inversión contra seguros cruzados que hacían aparecer como imposible la caída de un sólido sistema que enfrentaba la lógica del valor, que finalmente se impone con la destrucción de parte del capital ficticio construido a partir de la valorización dineraria del capital.

En el comienzo están los créditos hipotecarios y luego los títulos asentados en paquetes crediticios sustentados en los pagos de los acreedores hipotecarios, que en su desarrollo inducen el crecimiento del precio de las tierras y el metro cuadrado de construcción, valorizando propiedades y alentando un proceso ascendente de tasas de interés que afectó en el mediano

plazo a los tomadores de préstamos. El castillo de naipes construido en el negocio inmobiliario y financiero de créditos hipotecarios se derrumba ante las variaciones en el valor de los inmuebles y la imposibilidad de atender el elevado costo de las hipotecas, situación que involucra, como dijimos, a más de 5 millones de personas. Crece la desconfianza, y con la caída de las hipotecas se derrumban los títulos y seguros cruzados montados por la arquitectura generada por la liberalización de estos años. Se verifica así la necesaria destrucción de capital para estabilizar un nuevo ciclo de acumulación y valorización para sustentar la apropiación de ganancias, a la sazón, el objeto final del capital.

La crisis está en pleno desarrollo desde su explosión en agosto del 2007, y a más de un año no termina de hacer explícitas las consecuencias en su totalidad. Es aún temprano para cualquier vaticinio, y mucho menos para anticipar el fin del capitalismo o de la hegemonía estadounidense. Claro que en la crisis del 30 EE.UU. emergía como potencia en expansión, imponiendo el dólar como patrón de cambio al finalizar la segunda guerra y a Washington como sede de la nueva institucionalidad de la arquitectura del poder económico y financiero del mundo, estableciendo la dominación en el FMI y el Banco Mundial. No hay dudas del papel ordenador que jugaron los organismos financieros internacionales en este tiempo bajo la batuta de EE.UU.

El interrogante es cuánta capacidad de liderazgo le queda a EE.UU. en esta crisis y más allá, en un mundo cuya tendencia a la globalización se acrecienta como nunca antes. Más aún, resulta imprescindible interrogarse sobre la emergencia de una nueva hegemonía capitalista, y con cierta audacia la reflexión ya sugerida que nos remite a una perspectiva anticapitalista y por el socialismo. Es una posibilidad que solo puede demostrar la práctica emancipadora de la lucha promovida por las clases subalternas. Nuestra reflexión pretende convocar a la imaginación, como siempre, de un final abierto.

Buenos Aires, septiembre de 2008

Bibliografía:

- Bleger, Leonardo, "Actual etapa de la globalización financiera: la crisis de las hipotecas en EE.UU. y su impacto mundial", Mimeo Pled (Programa latinoamericano de educación a distancia), en *Curso sobre Sistema Financiero Mundial y Crisis* coordinado por Julio C. Gambina. Mayo de 2008.
- Brenner, Robert, "Una crisis devastadora en ciernes". *Against the Current* No. 132, enero / febrero de 2008. Sin Permiso, 27/01/08. Traducción de Gustavo Búster.
- Caputo, Orlando, "La crisis inmobiliaria tanto del sector de la construcción-habitacional y del sector financiero", Mimeo, 2008.
- Chesnais, François, "El fin de un ciclo. alcance y rumbo de la crisis financiera", en *Carré rouge / La brèche*, en cuyo n° 1 (Diciembre 2007-Enero-Febrero de 2008) se publicó este artículo, traducido al castellano para *Herramienta* por Aldo Casas.
- Gambina, Julio C., "Introducción al Curso sobre Sistema Financiero Mundial y Crisis" y "La crisis financiera en el marco de agenda de la discusión en nuestra América en el Siglo XXI", en *Curso sobre Sistema Financiero Mundial y Crisis* coordinado por Julio C. Gambina. Mayo de 2008.
- Gindin, Sam and Panitch, Leo, *The Current Crisis: A Socialist Perspective*, Mimeo, 2008.
- Gindin, Sam and Panitch, Leo, "Capitalismo global e imperio norteamericano", en *Socialist Register 2004*. Clacso, Buenos Aires.
- Gindin, Sam and Panitch, Leo, "Las finanzas y el imperio norteamericano", en *Socialist Register 2005: El imperio recargado*. Clacso, Buenos Aires.
- Rude, Christopher, "El rol de la disciplina financiera en la estrategia imperial". en *Socialist Register 2005: El imperio recargado*. Clacso, Buenos Aires.
- Sevares, Julio, "Regulando al capital financiero (o la larga lucha del dinero por su libertad)" y "El delito financiero y el papel de los grandes bancos y empresas transnacionales", Mimeo Pled (Programa latinoamericano de educación a distancia), en *Curso sobre Sistema Financiero Mundial y Crisis* coordinado por Julio C. Gambina. Mayo de 2008.
- Vanoli, Alejandro, "Crisis subprime y crisis financiera global" y "Globalización financiera y crisis recientes", Mimeo Pled (Programa latinoamericano de educación a distancia), en *Curso sobre Sistema Financiero Mundial y Crisis* coordinado por Julio C. Gambina. Mayo de 2008.

CARTA DESDE LOS ESTADOS UNIDOS (AGOSTO 2008)

*Victor Wallis**

Respondiendo a una larga campaña popular, el comité judicial de la Cámara de Representantes estadounidense convocó finalmente, para el 25 de julio de 2008, una sesión de testimonios públicos sobre los crímenes de la presidencia de George W. Bush. Aparecieron distinguidos legisladores y abogados para explicar las violaciones del derecho internacional y nacional en cuanto a la agresión, la tortura y la concentración arbitraria del poder ejecutivo. Al día siguiente, el más prestigioso diario nacional, el *New York Times*, ni siquiera mencionó este acontecimiento.

La lista de temas tabúes se extiende fácilmente. Con respecto a las elecciones, los dos temas casi inmencionables son: 1) candidaturas de partidos que no son los dos principales y 2) las repetidas irregularidades en el proceso electoral. El primero de estos tabúes asegura que el debate entre los candidatos demócrata y republicano quedará limitado a una esfera muy restringida, sin tocar la legitimidad de los valores capitalistas o de las llamadas responsabilidades mundiales y de “defensa contra el terrorismo”. El segundo tabú significa que, aún dentro del juego demócrata-republicano, el

* Director de la revista *Socialism and Democracy* (www.sdonline.org) y profesor de historia y ciencia política en el Berklee College of Music (Boston). Hizo estudios en Chile en 1966-67 y dirigió un programa de intercambio estudiantil en Perú en 1982-83.

probable repudio mayoritario al liderazgo republicano podrá ser contrarrestado por una combinación de truquería electrónica (en las computadoras de votación)¹ y maniobras para descalificar a ciertas categorías de votantes mayormente pro-demócrata (sobretudo en las comunidades afro-americanas).

Claro que, a varios niveles de la administración, se encontrará más funcionarios progresistas en un gobierno demócrata que en uno republicano. Sin embargo, a los más altos niveles, se puede dudar del efecto que tengan. La presión permanente de los intereses capitalistas resulta en un cierto conformismo que se impone a cualquier candidato demócrata que se acerque a la presidencia. Así, Barack Obama, a pesar de su slogan de “cambio”, ya se refiere a Hugo Chávez como “enemigo”, y desde principios de la campaña se ha declarado a favor de importantes aumentos en el presupuesto militar. Aprovecha *vis-à-vis* el público su oposición anterior al ataque de EE.UU. contra Irak, pero nunca en el sentido de oponerse por principio a tales ingerencias en otros países. En la actualidad, cada vez que habla de una reducción de fuerzas en Irak pide un aumento en la fuerza de ocupación en Afganistán; y con respecto a Irak, se opone a restricciones contra la utilización de los “private contractors”, que constituyen ahora aproximadamente la mitad de la presencia estadounidense en ese país. La diferencia práctica en la política externa de los dos partidos consistirá más que nada en un mayor esfuerzo, por parte de los Demócratas, en promover una política multilateral de las grandes potencias.

Dado el relativamente limitado grado de divergencia entre las dos candidaturas principales, llama la atención el enorme espacio dedicado por los *mass media* al debate entre los candidatos. Se repite en 2008 el fenómeno de la campaña de 2004, en que la preocupación con el esperado derrocamiento del presidente Bush hizo que, a pesar de los planteamientos no menos bélicos del candidato demócrata (John Kerry), la mayor parte del apoyo, de los esfuerzos y de los fondos que hubieran sido destinados al movi-

¹ Ver testimonio del experto técnico Stephen Spoonamore: www.alternet.org/module/printversion/94895. Un análisis detallado se encuentra en Miller, Mark Crispin, *Fooled Again, The Real Case for Electoral Reform*, New York, Basic Books, 2007.

miento por la paz fue derivado al proyecto electoral —que fue a su vez minado por una combinación de demagogia chovinista/homofóbica y de las ya mencionadas violaciones del derecho a votar. Esta vez, de modo similar, Obama se ha apropiado de gran parte de la esperanza antiguerra sin comprometerse a una política de paz. En cuanto al proceso electoral, se sigue en adelante sin haber establecido un régimen legal nacional para garantizar la integridad de los votos electrónicamente registrados. Y el partido demócrata, a pesar de ser regularmente “víctima” del proceso, nunca se queja, prefiriendo atribuir sus derrotas a otros factores (como en 2000 a la candidatura verde de Ralph Nader, cuya participación en los debates fue bloqueada por el comité bipartidario que se encarga de esos enfrentamientos).

Mucho se habla de la envergadura “histórica” de un posible presidente afro-americano. Claro que se han suscitado expectativas en muchos lugares sobre esto. Tales expectativas forman parte de la trayectoria social del país, y pueden tener un impacto a largo plazo, dependiendo del grado de organización autónoma de las bases populares de la candidatura. Demasiado fácilmente se olvida, sin embargo, que lo importante para las políticas concretas del gobierno no es el color ni la proveniencia del candidato, sino sus más poderosas fuentes de apoyo y su equipo de asesores. El equipo Obama nos ofrece casi integralmente el no-renovado conjunto de la presidencia de Bill Clinton (1993-2001).

Se puede esperar al nivel oficial, por lo tanto, una especie de continuismo aún con un triunfo demócrata. Pero se anuncia tal inercia dentro de un cuadro de condiciones económicas y ecológicas mucho más graves, todo lo cual señala la urgencia de un nuevo nivel de contestación popular.

Cabe apuntar que los marcos fundamentales de la actual crisis económica —en la medida en que refleja la política fiscal— se diseñan desde hace tres décadas. La política económica de la “deregulation” —capitulación ante el mercado— se inició durante la presidencia del demócrata Jimmy Carter (1977-81), visando en primera instancia el aerotransporte. Se generalizó bajo los republicanos Ronald Reagan (1981-89) y Bush padre (1989-93). Bill Clinton, por su parte, lejos de rechazar esa política, la extendió radicalmente. No se limitó a reducir la asistencia pública o a ampliar el libre comercio y la concentración mediática; además, se rindió ante el sector ban-

cario, para el cual se disolvió la barrera que se había establecido durante los años 30 (con la ley Glass-Steagall) entre los bancos de depósito y los bancos de inversiones, creando así el marco para la ola de especulación —y eventual confiscación bancaria de viviendas— que se desencadenó en 2008.

Durante todo este período, también se agravaron la polarización económica y la destrucción ecológica. Clinton hizo declaraciones sólo simbólicas a favor de una nueva política ambiental —denunciando, por ejemplo, a los chinos por su afán de imitar el modelo norteamericano, y firmando el acuerdo de Kyoto (eventualmente revocado por Bush hijo), pero sin hacer ningún esfuerzo para conseguir la indispensable aprobación del Senado. De hecho, el aumento en *greenhouse gases* siguió ininterrumpido durante sus dos términos presidenciales. Con la presidencia de Bush hijo, la política anti-ecológica alcanzó una especie de cumbre, hasta la falsificación de informes de los propios expertos gubernamentales sobre la gravedad de la situación. Más importante aun: enormes recursos fiscales, al igual que la mayor parte del debate público, se concentraron en asuntos de geopolítica, sobre todo la ocupación de Irak.

Como bien se reconoce fuera del ámbito propagandizado, la agresión sirve sobre todo para negarse a enfrentar los cambios que se necesitan para la salud del medio ambiente, medidas que incluyen, entre otras cosas, una vasta reducción en el consumo de hidrocarburos. El gabinete petrolero de George W. Bush decidió de antemano que el único curso aceptable es el de maximizar el dominio de las corporaciones y del gobierno estadounidense sobre los recursos petroleros mundiales. Paradójicamente, sin embargo, la política bélica ha servido de pretexto para enormes alzas en el precio de los combustibles (hasta doblar el precio de la gasolina en EE.UU. en poco más de dos años), creando así las condiciones para nuevas protestas que todavía esperamos.

En esta coyuntura, en que los daños de la política dominante se generalizan hasta afectar a la gran mayoría (aún dentro de EE.UU., para no hablar del resto del mundo), se plantea nuevamente, con cada vez más urgencia, la cuestión de la cultura política del país: de cómo se logra perpetuar —aparentemente sin límites— medidas tan desfavorables, en su conjunto, a los intereses de la población.

No se trata de actitudes mayoritarias: basta un sector suficientemente amplio para ejercer un efecto de intimidación sobre los demás. Este sector muy agresivo se inspira fuertemente del estilo prepotente de la agresión militar (el “shock and awe” de los bombardeos con que se inició el ataque contra Irak), reforzado por una retórica popularizada —expresada por los muy difundidos programas derechistas del “talk radio” y de la cadena televisora “Fox News”— que rechaza el debate, preferiendo echar abusos contra sus opositores.²

Una actitud parecida se encuentra en una multitud de expresiones a todos los niveles de la sociedad. Se piensa en el gusto para adquirir el más grande e invulnerable automóvil hasta los casi-tanques “Humvee” (impulso apenas frenado por las alzas de gasolina), o en la insistencia en poseer armas de fuego para uso personal, o en el constante reclamo gubernamental a favor de la expansión económica sin considerar los requerimientos de la biodiversidad. Implicado en todas estas expresiones es la prioridad absoluta de la empresa privada, entendido en un sentido mucho más riguroso que antes. Se trata ahora no solamente de la defensa del capitalismo sino, además, de la penetración de criterios y prácticas comerciales en casi todas las funciones del Estado.³

La ideología y la práctica van estrechamente ligadas. El mismo lema de “libertad” que animaba el anticomunismo se despliega ahora contra cualquier desafío, sirviendo incluso para justificar los más extremos abusos por parte de las autoridades. Repetidamente se invoca la imagen del país como víctima inocente de los ataques del 11 de septiembre de 2001 (“9/11”). Bajo este pretexto se intensifica la vigilancia fronteriza, se burlan los derechos civiles, y se justifica incluso la tortura —pretendiendo que la definición legal de ésta se limita a casos del más puro sadismo.

La mentalidad correspondiente se manifiesta particularmente en el sistema penal. La pena de muerte se aplica en distintos grados en varias regio-

² Ver la película documentaria “Outfoxed”, disponible en <http://video.google.com/videoplay?docid=6737097743434902428>.

³ Thomas, Frank, *The Wrecking Crew, How Conservatives Rule*, New York, Metropolitan Books, 2008.

nes del país, pero su afirmación en 1976 por la Corte Suprema legitima una ética nacional de venganza, facilitando así la deshumanización de quienes son considerados merecedores de tal castigo (que casi siempre son pobres y, en la mayoría de los casos, negros y/o latinos). Aún teniendo aparte la última sanción, se observa una semejante extremidad en las sentencias y condiciones carcelarias, manifestado en la mayoría de los estados por cárceles llamadas “supermax”, donde los encarcelados están sujetos a un régimen de aislamiento y de “deprivación sensorial” casi total. Todo esto se ha agravado *pari passu* con la aplicación interna de las políticas del neoliberalismo.⁴

Este mismo complejo de medidas represivas se extiende fácilmente al tratamiento de ciertas categorías de inmigrantes. La carencia de derechos de estos establece una estructura muy conveniente para mantener una fuerza de trabajo disponible a sueldos bajísimos. La presencia de los trabajadores inmigrantes sirve al mismo tiempo para nutrir la demagogia que echa a ellos la culpa para cualquier queja del resto de la clase trabajadora. Así, como en la clásica dinámica del racismo (establecida ya en la época de esclavitud), se forja —entre los que se sienten económicamente amenazados por los inmigrantes— las tropas de choque para imponer en todas partes la agenda de la clase dominante.⁵

Ahora bien: ¿dónde se vislumbra una respuesta política a todo esto?

Primeramente, hay que subrayar la limitada relevancia del resultado de la actual pugna electoral. Aún con un triunfo demócrata —que debería ser fácil pero que no lo es, por razones que ya hemos tocado— quedará mucho que hacer. Como bien lo dijo el historiador popular Howard Zinn, para los que desean cambios reales, la selección entre los candidatos presidenciales merece la atención durante los dos minutos que se dedica al acto de votar, mientras que la verdadera tarea consiste en la lucha constante para conven-

⁴ Ver Parenti, Christian, *Lockdown America, Police and Prisons in the Age of Crisis*, London & New York, Verso, 2000.

⁵ Los números 47 y 48 de *Socialism and Democracy* (Julio y Noviembre de 2008) se dedican respectivamente al racismo/fascismo en EE.UU. y al problema de la inmigración.

cer a la mayoría de que debemos crear nuestro propio movimiento político.⁶ Un gobierno de los demócratas podría quizás reducir algunos obstáculos a esta tarea, pero al mismo tiempo puede desarmar a la gente, como lo hizo bajo Clinton —proceso que se repitió mediante la campaña Kerry en 2004. Desde un panorama más amplio, de todos modos, las posibles reformas progresistas quedarán bloqueadas tanto que se mantiene —como lo proyecta Obama— un compromiso básicamente imperialista.

En este contexto se pueden, sin embargo, destacar varios elementos positivos. En primer lugar, está el otro lado de la moneda del fenómeno Obama. A pesar de la clara orientación geopolítica/imperialista del candidato mismo, se ha diseñado en torno a él una coalición bastante amplia de apoyo, incluyendo la abrumadora mayoría de la población negra (que ha mantenido una actitud mayormente opuesta a la ocupación de Irak) y un fuerte sector de la población joven en su conjunto, atraído por las promesas de “cambio”. Venga Obama o no, esta coalición —todavía informal— podría desarrollarse hasta constituir una notable fuerza política.

¿Cuáles son los elementos concretos de una tal evolución? El movimiento sindical ha sido gravemente debilitado por la globalización del mercado de trabajo. En cambio, la conciencia de esta situación —y de los daños a la vez sociales, económicos y ecológicos efectuados por la política bipartidaria neoliberal en su conjunto— ha creado una apertura hacia perspectivas y críticas más radicales.

Una expresión importante de esto ha sido la expansión de los llamados “alternative media” desde el tiempo de las manifestaciones de 1999 (en Seattle) contra la Organización Mundial de Comercio. Hoy en día se encuentra fácilmente en Internet una abundancia de análisis y documentación —a veces señalados por *links* desde sitios de cultura popular— demostrando los crímenes y las mentiras gubernamentales.⁷ Incluso la revista marxista *Monthly Review*, fundada en 1949, inició hace dos años un sitio

⁶ Zinn, Howard, “Election Madness”, *The Progressive*, marzo de 2008, disponible en www.progressive.org/mag_zinn0308.

⁷ Ver por ejemplo los sitios (www): accuracy.org, alternet.org, commondreams.org, counterpunch.org, fair.org, truthout.org, zmag.org.

(mrzine.org) al que diariamente se agrega novedades. Para deasafiar directamente a las cadenas noticiarias de radio/televisión, está, sobre todo –accesible por varios canales además de satélite e Internet (con resúmenes en español)– el programa diario *Democracy Now!* (democracynow.org), que ha alcanzado un alto nivel de periodismo, justamente en un momento en que los mayores diarios están reduciendo severamente sus equipos editoriales y de investigación.

Alrededor del nuevo foco de conocimiento crítico se encuentra una suerte de penumbra cultural, manifestada en la popularidad de programas y comentarios satíricos sobre la actualidad. Por lo general, los comentaristas no discrepan con los marcos fundamentales del *status quo*; sin embargo, sus críticas, a veces muy agudas, expresan y estimulan una actitud opositora en una forma que se hace especialmente necesaria e influyente en un período de creciente represión.⁸

Al lado de tales expresiones más bien difusas de oposición están, por supuesto, los sectores con posiciones más firmes. No se trata aquí de organizaciones, de las cuales hay muchas –correspondiendo a la gran cantidad de reivindicaciones, regiones y comunidades– pero ninguna de gran envergadura. Más universales son las expresiones culturales que surgen desde abajo buscando nuevas formas de comunicación para enfrentar condiciones a la vez insólitas y extremas. La forma más difundida es la del Hip Hop, originario de la comunidad afro-americana en los años '70, después en parte comercializado y degradado pero aún siguiendo con el espíritu inicial de rebelión, reforzado en años recientes por una voluntad de entrar directamente en el debate político.⁹ Más nuevo todavía es el movimiento de escolares secundarios llamado *spoken word* (literalmente, “palabra hablada”). Aquí se aprovecha la aceptación oficial de la expresión multicultural –fruto de luchas de la generación anterior– para reclamar un espacio en las escue-

⁸ Ver por ejemplo el imaginado programa noticiario/propagandístico militar producido por el periódico satírico semanal *The Onion*: www.theonion.com/content/video/pentagons_unmanned_spokesdrone

⁹ Ver el número especial sobre Hip Hop de la revista *Socialism and Democracy*, n° 36 (2004): www.sdonline.org/backissues/index.html

las donde los jóvenes de todas las etnias se expresan libremente en una forma de poesía concebida principalmente para la declamación. En la práctica, entre muchas expresiones más bien personales, hay un fuerte impulso de rechazo a los valores y las políticas reinantes, para lo cual se encuentra un ambiente de solidaridad.¹⁰ No se debe olvidar, finalmente, a los cuentistas cantantes de la izquierda cuya labor artística, siempre puesta al día, a menudo con humor, aparece de repente ante millares en momentos de alta movilización.¹¹

Hay en total una corriente bastante amplia y profunda de oposición, pero que todavía no ha alcanzado a convertirse en una verdadera fuerza política. Se encuentra una mezcla de seriedad y ansiedad entre los jóvenes, variando según las capas sociales. Atravesando todo está la inquietud sobre la crisis ambiental. En la medida en que tales preocupaciones se formulan teóricamente, sin embargo, la tendencia prevaleciente parece ser anarquista. Esto parece ser atribuible en gran parte al fracaso de lo que la ideología dominante ha identificado como la única forma concebible del socialismo. La facilidad con que se difunde este prejuicio sobre el socialismo refleja lo que veo como un subdesarrollo, en este país, del conocimiento histórico y del pensamiento teórico –una falla que plantea nuevos desafíos en un período en que las viejas costumbres de lectura y reflexión profundizadas han retrocedido ante el flujo constante de nuevas informaciones y modas proporcionadas por los medios electrónicos.

Por un lado, como hemos visto, los elementos del conocimiento se transmiten con más facilidad, pero, por el otro lado, se multiplican los obstáculos a constituir, sobre la base de tal conocimiento, una coherente agenda popular socialista. ¿De dónde vendrán los recursos para superar esta situación?

En esto me fío mucho en la interdependencia global. Hay una nueva cara del socialismo que se está forjando en América Latina, que con el

¹⁰ Ver por ejemplo <http://spokenwordart.com/revolution.php>

¹¹ Léase textos ilustrativos en www.davidrovics.com/lyrics.php y <http://davelippman.com/lyrics.html>

tiempo podrá desplazar la versión que se ha atribuido hasta ahora a este concepto. Para los que siguen bien las noticias, se sabe ahora que el capitalismo se ve siempre más amenazado por las formas democráticas, y que, al inverso, estas formas transmiten –con la condición de poder ejercerse libremente– posiciones que, en creciente medida, se acercan al socialismo.¹² La conciencia que podrá formarse sobre la base de esta observación será capaz de constituir, junto con el reconocimiento del peligro ambiental, un factor clave en la próxima etapa de desarrollo en el Norte.

¹² Para una discusión más amplia, ver mi artículo sobre las últimas dos décadas en *Socialism and Democracy*, n° 40 (Marzo de 2006), <http://sdonline.org/40/wallis.htm>

CRISIS HEGEMÓNICA Y MOVIMIENTOS ANTAGONISTAS EN AMÉRICA LATINA

*Massimo Modonesi**

En su discurso de toma de posesión de la Presidencia de Ecuador, Rafael Correa afirmó: “presenciamos un cambio de época y no una simple época de cambios”.¹ Utilizando las mismas palabras, la convocatoria al XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (2007), sitúa el debate y los desafíos de las ciencias sociales “ante el cambio de época”.² Más allá de la búsqueda de efectos retóricos y del difuso culto a la “novedad” como justificación y legitimación de la actividad política e intelectual, la recurrencia de esta formulación sugiere que varios actores políticos y amplios sectores académicos latinoamericanos convienen en identifi-

* Historiador y sociólogo. Profesor de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Comité Editorial de la revista *Memoria de México* y del Colectivo Editorial de la revista *OSAL* de CLACSO. Autor del libro *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*, Juan Pablos, México, 2003 y coordinador de *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, UNAM, México, 2007.

¹ Correa, Rafael, “Un verdadero cambio de época en Ecuador”, en *Memoria*, núm. 217, México, marzo de 2007, p. 32.

² El XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Guadalajara, agosto de 2007, se tituló “Latinoamérica en y desde el Mundo. Sociología y Ciencias Sociales ante el Cambio de Época: Legitimidades en Debate”.

car un pasaje histórico significativo. Al mismo tiempo, detrás de esta coincidencia nominal, todavía no se han planteado las coordenadas interpretativas de un debate historiográfico, sociológico y político cuyo desarrollo llevará, inevitablemente, a interpretaciones distintas –e inclusive divergentes.

En esta dirección, el objetivo de las siguientes reflexiones es esbozar una caracterización del cambio de época en América latina en función de la centralidad de dos fenómenos entrelazados: la emergencia de rasgos antagonistas en los movimientos sociales y el paralelo agotamiento de la hegemonía neoliberal.

Este doble acercamiento pretende asentar la imprecisa idea de “cambio” en el terreno teórico de la relación entre estructura y agencia, es decir, la relación entre transformaciones estructurales de la forma de dominación y la acción transformadora que impulsa u orienta esta modificación.³ En este sentido, el “cambio” relevante corresponde a una crisis de una forma de dominación, entendiendo por crisis un proceso de transformación –provocado y orientado por un conflicto político– que tensiona y modifica una relación de poder, reestructurándola o superándola según el saldo entre continuidad y ruptura. La noción de época se asienta, por lo tanto, en la permanencia de forma específica de la estructura de dominación, la crisis se relaciona con el cambio y la agencia remite a los protagonistas del conflicto social y político y al resultado de su enfrentamiento.

El neoliberalismo como construcción de época

Por absurdo que pueda parecer a primera vista, la idea de cambio de época necesita justificarse de cara al supuesto “fin de la historia”. Como toda leyenda, detrás de la euforia triunfalista que la inspiró, esta formulación se erige sobre un fondo de verdad. Entre el final de los años 70 y el

³ Sobre la centralidad y la recurrencia del debate, ver, por ejemplo, el significativo título del libro de Emilio De Ípola (coord.), *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*, Biblos, Buenos Aires, 2004). Para un planteamiento marxista del problema ver Pereyra, Carlos, *El sujeto de la historia*, Alianza, México, 1988, pp. 9-91.

principio de los años 90 se acabó un ciclo histórico iniciado en la primera década del siglo XX: un largo ciclo de luchas políticas y sociales de inspiración anticapitalista, popular, socialista y antimperialista que disputaban el poder en todas sus dimensiones y cimbraban las estructuras y relaciones de dominación.

Un ciclo que incluye momentos de crisis y estabilización de la estructura de dominación correspondientes a procesos de politización y radicalización que desataron irrupciones de masa y rebeliones populares, así como su contraparte de represión y desmovilización. En particular, es posible reconocer dos épocas de crisis (entre las décadas del 10 al 30 y del 60 al 70) y dos de estabilización (de los 30 a los 50 y de los 70 a los 90).

Generalizando lo que en la historiografía aparece fragmentado en distintas experiencias concretas –locales y sectoriales–, podemos reconocer que, en los años 80, se agotó una forma del conflicto caracterizada por un modelo “antagonista” definido en términos de un proyecto emancipatorio compartido, identidades convergentes y formas de organización y de lucha articulables.⁴

Al agotarse una *forma* del conflicto, los ganadores se apresuraron en decretar el fin de todo conflicto, sea por convicción, sea por la intención de crear un efecto psicosocial suplementario que asentara el triunfo en el imaginario colectivo y marcara una visión de época.⁵

La caracterización del triunfo capitalista, en América Latina, entre la segunda mitad de los años 70 y la primera mitad de los 80, puede ordenarse en torno a una plataforma y dos pilares: militarismo, electoralismo y neoliberalismo.

En contra de las predicciones y deseos de muchos, en los años 70, la

⁴ Ver Modonesi, Massimo, “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina”, en Concheiro, Elvira, Modonesi, Massimo y Crespo, Horacio, *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, CEEICH-UNAM, México, 2007.

⁵ El derrotismo prosperó incluso como perspectiva académica; véase –por ejemplo– el marco categorial de Wickham-Crowley, Timothy P., “Ganadores, perdedores y fracasados: hacia una sociología comparativa de los movimientos guerrilleros latinoamericanos”, en Susan Eckstein (comp.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 2002, pp. 144-192.

partera de la historia latinoamericana no fue la violencia revolucionaria sino la violencia reaccionaria. La reacción se realizó en forma de militarización del conflicto social, como guerra interna.⁶

Escribe Omar Núñez:

“...la polarización ideológica, una doctrina contrainsurgente y una ideología anticomunista habrían moldeado el paisaje mental en el interior de los aparatos estatales, posibilitando la formulación de una racionalidad estratégica dispuesta a validar el uso de la tortura, la desaparición de personas o el asesinato como política de Estado.”⁷

Las expresiones más contundentes de la reacción tuvieron la forma de golpes y dictaduras militares. En Brasil, Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay, los testimonios y la abundante literatura dan cuenta de la claridad ideológica y la sistematicidad de la puesta en práctica de un proyecto genocida que pretendía “extirpar el cáncer marxista”. En sintonía con la metáfora oncológica y organicista –propia del ideario del nacionalismo militar latinoamericano– se procedió atacando al cáncer con una violencia mayor a la del propio cáncer, es decir, por la vía directa, amputando la parte contaminada (aunque la imprecisión de esta operación removiera “células sanas”), o por la vía indirecta, eliminando con radiaciones focalizadas las células corrompidas, aunque fueran afectadas otras que las rodeaban. El carácter genocida de esta operación es objeto de debate; sin embargo, es posible utilizar este adjetivo en la medida en que la focalización hacia la figura del “militante” pretendía eliminarla del panorama social. Si bien el “militante” no corresponde a una raza, a una etnia o a un género, correspondía en estos años a una figura social particularmente enraizada en los sectores obreros y estudiantiles. Como lo revelan las estadísticas compiladas por las comisiones de la verdad, la represión golpeó un tipo social: fundamentalmente obreros o estudiantes culpables de ser militantes políticos. Más

⁶ Ver esta perspectiva en Izaguirre, Inés, *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*, Centro editor de América Latina, Tucumán, 1994.

⁷ Núñez Rodríguez, Omar, “Progreso regresivo. Problemas civilizatorios y del desarrollo en América Latina”, mimeo, 2006.

que genocidio hay que hablar de politicidio o militanticidio, siendo la militancia una forma de la política.

Esta forma de la reacción operó incluso en los países que mantuvieron gobiernos “civiles” y que no sólo frenó el ascenso de los movimientos armados sino que asumió la tarea de neutralizar definitivamente el conflicto en todas sus expresiones pacíficas, fueran reformistas o revolucionarias.⁸

Los relatos y los testimonios de la represión en estos años no dejan lugar a duda: si el objetivo era la guerrilla, a su estrategia de moverse como “pez en el agua” se contestó con la eliminación del “agua”, el entorno social de referencia, el *hábitat* del movimiento revolucionario en el cual predominaban formas pacíficas de lucha (aunque no forzosamente una visión pacifista del conflicto social y político).

Además de las expresiones más explícitas de la reacción represiva, en países como México, Colombia y Venezuela –para poner algunos ejemplos– los gobiernos civiles encargaron a los militares la tarea de la guerra sucia contra la supuesta o real insurgencia, sin renunciar a sus prerrogativas de ejercicio del poder estatal. Estos operativos fueron más focalizados o menos generalizados pero no menos eficaces como modalidad de ejercicio de represión psico-social de alcance societal.

El éxito de esta operación represiva a escala regional desembocó en un reordenamiento conservador de larga duración anclado en el miedo, en el restablecimiento de las relaciones de mando-obediencia, refundando la subalternidad que venía diluyéndose en el antagonismo de las décadas anteriores.

El miedo como disciplinamiento social, como dispositivo de restablecimiento de la subalternidad, configuró, según Omar Núñez, “una expresión periférica de la fractura civilizatoria que caracterizó al siglo XX.”

Escribe Núñez:

⁸ Por ejemplo, incorporando el terrorismo del Estado sin interrumpir el bipartidismo oligárquico en Colombia, ni el sistema de partido hegemónico en México. En este último país sólo en tiempos recientes se empezaron a investigar los acontecimientos de la llamada “guerra sucia”, la cual había sido denunciada por organizaciones de defensa de los derechos humanos –como el Comité Eureka– desde los años 70.

“Si bien la dimensión y profundidad de la misma varía entre los países, cuatro aspectos son consustanciales en todas las experiencias: un registro sistemático y pormenorizado de las acciones y tareas habituales del aparato represivo (trabajo burocrático); una doctrina de seguridad y un anticomunismo militante como matrices ideológicas movilizadoras y justificadoras; la *intención* de eliminar un *grupo* étnico (indígenas), social (sindicalistas) y/o político (izquierda); y una metodología represiva: *secuestro-tortura-desaparición* pensada en producir efectos sociales y escenarios políticos calculados. Es decir, un dispositivo material capaz de ejercer el horror ‘*mediante la construcción de modelos*’. La singularidad histórica de este dispositivo radica en que incorpora un principio subyacente al imaginario de la modernidad: la remodelación y homogeneización social con base a la capacidad que tienen los aparatos de Estado en decidir quién vive y quién no en el interior de la sociedad. El genocidio/politicidio estatal constituyó en América latina *un modelo de destrucción de relaciones sociales*, una solución radical aplicada en defensa de un orden jerárquico, librecambista y autoritario, un ‘orden tradicional’ capaz de hacer compatible estratégicamente el uso racional de los medios y tecnologías de represión: los aparatos de Estado, con los fines sociales aparentemente más irracionales: el exterminio social.”⁹

A pesar de que, en los años 80, la reacción militarista fue presentada exclusivamente como la inevitable consecuencia de la amenaza revolucionaria –la teoría de los dos demonios–, es decir como la culminación, el último momento de una época de conflicto que se daba por terminada, el terrorismo de Estado constituyó –al mismo tiempo– el primer episodio de la nueva época, el primer pilar del orden existente.

Por lo tanto, su desdibujamiento, a partir de los años 80, en las aclamadas “transiciones a la democracia”, no puede verse sólo como la conquista de los movimientos de resistencia civil sino que, por otra par-

⁹ Núñez, op. cit.

te, corresponde a la consolidación hegemónica del nuevo orden y su realización como “revolución pasiva” o “transformismo”.¹⁰

Asumiendo la relación entre consenso y coerción como relación de suma cero –es decir que cada disminución de consenso implica un equivalente aumento de coerción y viceversa–, si la violencia fue el último recurso frente a una pérdida de consenso que configuraba una crisis de la forma de dominación, la recuperación hegemónica fincada en el consenso implicaba encontrar formas políticas que permitieran disminuir la carga de coerción. (Siguiendo la misma lógica, podemos aventurar la hipótesis de que la actual pérdida de consenso y la reaparición del conflicto en el terreno sociopolítico explican el aumento del recurso de la violencia y la tendencia a la criminalización de la protesta social.)

Si el miedo fue la plataforma coercitiva, el nuevo edificio conservador se erigió históricamente sobre dos columnas: electoralismo y neoliberalismo.

El orden sociopolítico fue asegurado ofreciendo, después de la larga noche represiva, la democracia electoral como el mejor mundo posible, exaltando sus virtudes pacíficas y sus garantías procedimentales. Más allá de sus obvias ventajas en comparación con el autoritarismo represivo, esta apertura resultó eficaz para el reordenamiento conservador en la medida en que permitió dar la sensación de la participación y del control democrático estableciendo límites definidos. Límites que se manifestaban en la posibilidad de alternancia en el marco establecido por un sistema político surgido de la eliminación física y simbólica de las alternativas nacional-populares y socialistas, es decir, estableciendo que el pluralismo se realizaba y se resolvía al interior del liberalismo, pluralismo que era en realidad una unipolaridad

¹⁰ Utilizando dos categorías de Antonio Gramsci. Ver *Quaderni dal Carcere*, Istituto Gramsci, Roma, 1975, Q 8, §)#25*#, p. 957. “... expresarían el hecho histórico de la ausencia de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho que el ‘progreso’ se realizaría como reacción de las clases dominadas al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares con ‘restauraciones’ que recogen alguna parte de las exigencias populares, entonces ‘restauraciones progresivas’ o ‘revoluciones-restauraciones’”. (trad. MM)

multipartidista, un único polo compuesto por varios partidos.¹¹ El electoralismo como ideología política asentó una forma conservadora de la política y de la participación democrática al interior de modalidades episódicas y delegativas.

En paralelo, el reordenamiento conservador se asentó por medio de la realización de un profundo proceso de reestructuración capitalista de corte neoliberal. Este proceso pudo realizarse en la medida en que los saldos de la violencia política habían modificado substancialmente la correlación de fuerzas sociales, restableciendo el equilibrio favorable al capital después de medio siglo de avanzada de los movimientos populares, a lo largo de un largo ciclo de movilización entre los años 30 y los años 70. En el marco de la alternancia sin alternativa, el neoliberalismo pudo presentarse como un consenso inevitable al interior de un aparente pluralismo político y pretendió naturalizarse, diluirse en el sentido común. Fueron los años del “pensamiento único”, años en los cuales la alternancia política confirmaba la ausencia de alternativa socioeconómica.

Se asentó un sistema político centrado en las instituciones estatales a partir de la separación definitiva entre política y sociedad, operada a través de la mediación partidaria (alternancia) y la canalización administrativa (tecnocracia). Este dispositivo clásico de desmovilización y de normalización sistémica en la época de reflujo de las luchas sociales operaba ya no sólo como correctivo a la difusión de la política en la sociedad civil –como manifestación de polaridades en conflicto– sino como forma monopólica hegemónica (natural) de la política.

A nivel académico, este modelo fue respaldado por la proliferación de estudios sobre los sistemas electorales y de partidos. Posteriormente, cuando la legalización política mostró no ser suficiente para garantizar la plena legitimidad, iniciaron y prosperaron los estudios sobre la gobernabilidad. El correlato, desde el ángulo de la sociedad civil, fueron los estudios sobre las protestas, un paradigma resistencial que implícita o explícitamente asumía la subalternidad de los actores sociales a la institucionalidad, planteando una

¹¹ García Linera, Álvaro (coord.), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005, p. 13.

secuencia entre decisión-protesta que –en buena medida por su real ausencia– no consideraba las implicaciones políticas, sistémicas y antisistémicas, ni la conformación de sujetos políticos en las movilizaciones de protesta.

En esta secuencia militarismo-electoralismo-neoliberalismo se asentó una hegemonía conservadora –basada en la superación del antagonismo y el restablecimiento de la subalternidad¹²– cuya eficacia se extendió a lo largo de por lo menos 15 años.

Partiendo de esta lectura del proceso histórico, la hipótesis de cambio de época tiene que medirse en función del desmantelamiento de este edificio conservador y relacionarse con el quiebre de la construcción hegemónica que lo sostiene, tiene que justificarse en relación con un reflujo de la subalternidad al antagonismo y la configuración de una crisis hegemónica, entendida como apertura histórica de posibilidades en el marco de una disputa de poder.

Inicio del fin de época

Una primera fisura se abrió en el momento en que la época fue reconocida y nombrada. Más allá de que se entendiera o no como una etapa del capitalismo, el reconocimiento y la identificación de una forma o un modelo neoliberal empezó a ocupar el centro de la reflexión política de los partidos y movimientos de oposición así como de los análisis de los sectores académicos e intelectuales de la región. De hecho, podemos reconocer un momento en el cual se generalizó el nombre, se nombró al neoliberalismo, se bautizó al enemigo; un momento a partir del cual se visibilizaron no solamente sus características sino que se delimitó un campo de conflicto a su interior. Al mismo tiempo, invirtiendo los términos de esta hipótesis a partir de un enfoque materialista, podemos decir que la configuración concreta de un campo conflictual permitió o implicó nombrar al sistema.

¹² Ver las coordenadas de este enfoque teórico en Modonesi, Massimo, “Autonomía, antagonismo, subalternidad. Notas para una aproximación teórica”, en Albertani, Claudio, Modonesi, Massimo y Rovira, Guiomar, *La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política*, UACM, México, 2007, en imprenta.

Existe un consenso relativamente sólido que ubica este momento de visibilidad política y el inicio de la resistencia declaradamente antineoliberal en torno al año 1994. Este fecha asume como detonante simbólico¹³ el levantamiento indígena en Chiapas, pero incluye las movilizaciones indígenas iniciadas en ocasión del V centenario de la conquista en 1992¹⁴, las huelgas en Francia, Corea y Estados Unidos de los años inmediatamente posteriores, y la creciente visibilidad política de diversos movimientos sociales en América Latina como el MST en Brasil, la CONAIE en Ecuador, los cocaleros en Bolivia, los sindicatos antimnemistas y los primeros piqueteros en Argentina, el incipiente chavismo en Venezuela, etc.¹⁵ Esta oleada de movilizaciones antineoliberales desembocará en Seattle en el ini-

¹³ En sus dos acepciones, inicia una explosión, un estallido, pero también llama la atención, causa asombro y admiración.

¹⁴ Algunos pasajes de la Declaración de Quito de 1990 muestran claramente la tendencia hacia la politización del movimiento indígena latinoamericano: “Los pueblos indígenas estamos convencidos de que la autodeterminación y el régimen de autonomía plena solo podemos lograrlo previa destrucción del actual sistema capitalista y la anulación de toda forma de opresión sociocultural y explotación económica. Nuestra lucha está orientada a lograr ese objetivo que es la construcción de una nueva sociedad plural, democrática, basada en el poder popular. (...) La lucha de nuestros pueblos debe de estar enmarcada en un proyecto político propio que nos posibilite una lucha organizada y contribuya a la transformación de la sociedad dominante y la construcción de un poder alternativo (...) Dado que los pueblos indios además de nuestros problemas específicos tenemos problemas en común con otras clases y sectores populares, tales como la pobreza, la marginación, la discriminación, la opresión y la explotación, todo ello producto del dominio neocolonial del imperialismo y de las clases dominantes de cada país, son absolutamente necesarias e impostergables las alianzas con otros sectores populares. Sin embargo, estas alianzas deben, al mismo tiempo, fortalecer y afirmar la propia identidad de los pueblos indios. Las alianzas deben realizarse en un marco de igualdad y respeto mutuo.” Citados en Burguete, Araceli, “Cumbres indígenas en América Latina. Cambios y continuidades en una tradición política”, en *Memoria*, núm. 219, México, mayo de 2007.

¹⁵ Ver sobre los casos, Brandford, Sue y Rocha, Jan, *Rompendo a cerca. A história do MST*, Casa Amarela, Sao Paulo, 2004; Almeyra, Guillermo, *La protesta social en la Argentina (1990-2004)*, Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004; Svampa, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires, 2005; García Linera, Álvaro (coord.), *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005.

cio del movimiento altermundista, agregando al antineoliberalismo una mirada crítica de alcance global.¹⁶

En torno al nombre—neoliberalismo— se levantó y organizó la antitesis, la negación, el movimiento reactivo, el antineoliberalismo. Los movimientos, después de una década de despolitización y de dispersión, volvieron a adquirir tintes políticos; a contracorriente de las tesis posmodernas y de las modas sobre los “nuevos movimientos sociales”, volvieron a ser sociopolíticos en el momento en que reconocieron las articulaciones políticas del sistema, iniciaron el tránsito de una configuración fundamentalmente subalterna a una reconfiguración tendencialmente antagonista.

A esta reactivación de la acción colectiva correspondió la reactivación del pensamiento crítico. Un sector de la intelectualidad, dentro y fuera de los recintos universitarios, retomó las armas de la crítica frente al “pensamiento único”, iniciando una dinámica de circulación de ideas, análisis e informaciones que constituyeron la base fundamental de los estudios críticos sobre globalización, neoliberalismo y democracia. Sólo posteriormente, al observar el surgimiento de importantes movilizaciones que retomaban reivindicaciones antisistémicas, se iniciaron estudios y análisis sobre las nuevas formas y orientaciones de la acción colectiva y los sujetos políticos que en ellas surgían y resurgían.

La periodización del inicio del fin del orden hegemónico neoliberal puede ordenarse en torno a tres momentos marcados por la emergencia de una oposición social organizada.

En un primer momento, a mediados de los 90, se caracterizó por el aumento de los conflictos y las luchas¹⁷ que, desde los rincones de las resistencias parciales y locales, fueron convergiendo en torno a la consigna del antineoliberalismo, transitando de la subalternidad al antagonismo.

En un segundo momento, desde principio de siglo, los movimientos

¹⁶ Esta relación incipiente y posteriormente abortada por el reflujo del movimiento altermundista puede encontrarse en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.), *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, CLACSO, Buenos Aires, 2001.

¹⁷ Ver López Maya, Margarita (ed.), *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste*, Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

populares agregaron a la resistencia, a partir de una construcción interna de poder, una mayor incidencia política por medio de acciones destituyentes, provocando la caída de gobiernos neoliberales, ya fuera promoviendo un voto de protesta en las urnas o directamente desde las calles por medio de las movilizaciones. Esta etapa se caracterizó por el despliegue del antagonismo como negación práctica del orden existente.

En el momento actual, a la resistencia y al perfil destituyente se suma una tendencia instituyente en la medida en que los movimientos impulsan procesos “constituyentes”, tanto en la consolidación de formas antagonistas de poder que se proyectan en la construcción de espacios autonómicos al margen de las instituciones estatales, como en el –articulado o contradictorio– impulso y apoyo a políticas anti o posneoliberales en diversos países de la región. En este pasaje, el antagonismo se enfrenta al desafío de pasar de la negación a la afirmación de la autonomía como alternativa al retorno de la subalternidad.

Politización y radicalización

Esta escalada en tres pasos como resultado de la acumulación de fuerzas de los movimientos sociales se relaciona con el perfil antagonista que fueron adquiriendo en los últimos diez años.

Esta politicidad antagonista que incorpora y rebasa la subalternidad se centra en la configuración de un campo de conflicto y de disputa del poder que se construyó en el tiempo en torno a cinco ejes entrelazados:

- a. Una tendencia a la politización basada en la movilización.
- b. Una tendencia a la radicalización del análisis (crítica) y de las acciones.
- c. Una tendencia a la combinación de actitudes y reivindicaciones reactivas con crecientes elementos proactivos: de reivindicación positiva y de construcción y ejercicio de poder.
- d. Una tendencia a la conformación de identidades políticas o sociopolíticas, un proceso de subjetivación antagonista.
- e. Una tendencia a la organización política sobre bases o desde una forma comunitaria.

El inicio de un nuevo ciclo de movilización fue el factor que cimbró el orden real y simbólico, y volvió a proyectar a la política en el terreno del antagonismo, provocando un escenario de crisis hegemónica.

Las formas de politización surgidas en las experiencias de movilización en América Latina en los últimos diez años nacen a contracorriente del electoralismo, partiendo de una crítica a este modelo. La crítica, más allá de sus formulaciones discursivas, se basa en el rechazo hacia el control oligopólico y partidocrático que asentaron las transiciones a la democracia. El rechazo puede fundarse en la denuncia de la corrupción, del patrón de distribución de la riqueza, de las perversiones delegativas de la democracia, y plantear salidas tanto reformistas como revolucionarias, es decir, refundar los sistemas de partidos o superarlos, tanto en sus formas actualmente existentes como en su forma general.

En su conjunto, el rechazo conforma una plataforma que implica que la politización en curso arranca de una crítica de la política. Este punto de partida vincula la construcción subalterna de los años anteriores con la formación antagonista en curso, en la medida en que se cruza una postura de repudio a la política con otra de reconquista de la misma. Esta tensión permite entender buena parte de las disputas sobre la noción de poder y las estrategias de los grupos y movimientos. Al mismo tiempo, esta superposición es la clave para cruzar el sentido común conservador a-político de una época con la irrupción anti-política y pro-política de los últimos tiempos. La contradicción del discurso dominante pudo ser aprovechada como cuna para revertir sus propósitos. El pensamiento único jugaba con la idea de la tecnocracia como utopía político-administrativa, la competencia entendida en su doble acepción de meritocracia y tecnocracia, las cuales vislumbraban un desenlace totalmente contradictorio: la negación de la política y su triunfo definitivo.¹⁸ En esta grieta, el retorno de la movilización se montó sobre el rechazo a la política y la necesidad/deseo de política, buscando activar allá donde el neoliberalismo desactivaba.

Esta ambigüedad, al manifestarse como negación y como oposición al sistema dominante, permitió que los conflictos sociales cobraran sentido

¹⁸ Rancière, Jacques, *Política, policía, democracia*, LOM, Santiago de Chile, 2006, p. 78.

político. Al mismo tiempo, se expresa como tensión al interior de los movimientos sociales en función de formas y combinaciones subalternas, antagonistas y autonomistas de pensar la política y proyectar la politización.

Una clásica forma subalterna se manifiesta en el manejo en los límites del sistema, utilizando la movilización para promover ajustes conforme a las necesidades de los actores. Un ejemplo particularmente destacado ilustra una práctica recurrente: el caso del sector piquetero que decidió negociar los logros de la movilización y la organización con el gobierno de Kirchner, obteniendo respuestas a sus demandas y renunciando al arma del conflicto.¹⁹ En éste, como en casos similares, el debate se polariza entre una lectura que valoriza lo obtenido, señalando que sigue intacto el potencial movilizador en vista de futuras coyunturas desfavorables a la negociación, y su antítesis, que minimiza los logros y pone en evidencia la pérdida de capacidad de convocatoria no sólo presente sino futura, a partir de la subordinación a un esquema de negociación y cooptación. En este sentido, aparece con claridad el problema histórico del grado de integración o subordinación de los movimientos sociopolíticos a los partidos institucionales, los aparatos gubernamentales o los liderazgos carismáticos (particularmente enigmático en el caso del chavismo en Venezuela).

En la medida de sus posibilidades, los movimientos de resistencia establecieron, desde el inicio del siglo, puentes desde la lucha social hacia la esfera institucional. Estos puentes hoy en día tienen modalidades distintas pero, vistos en general, responden a una lógica de articulación política. Una forma difusa y relativamente constante se encuentra en las apuestas explícitas que los movimientos hacen en ocasión de las coyunturas electorales a favor de los candidatos menos neoliberales o antineoliberales. El ascenso de partidos y candidatos de centro izquierda en toda América Latina es el resultado de este protagonismo. Los movi-

¹⁹ “Las relaciones peligrosas” advertidas por Pereyra, Sebastián y Svampa, Maristella, en *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*, Biblos, Buenos Aires, 2003.

mientos agitan las aguas del consenso neoliberal, mueven el equilibrio de la opinión pública o del sentido común hacia posturas críticas, creando las condiciones para un voto de castigo. Eventualmente se alían o simplemente apoyan ocasionalmente a las coaliciones electorales de oposición. A diferencia de la etapa anterior, en la cual esta articulación hacia lo institucional correspondía al fortalecimiento de las trincheras defensivas —en una lógica subalterna—, en los últimos años este fenómeno está en el origen de las victorias electorales de los partidos o coaliciones críticas del neoliberalismo en Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Uruguay, Argentina, Brasil. Al mismo tiempo, en otros países no alcanza a alterar la continuidad neoliberal, pero sostiene el ascenso electoral de fuerzas partidarias de centro izquierda en Colombia, Perú y México, y del incremento de votos para el Partido Comunista en Chile.

Más allá del debate sobre las luces y sombras de las experiencias de gobiernos progresistas en América Latina y sus proyecciones, resulta central valorar las apuestas y la intervención de los movimientos sociales en la esfera institucional. La independencia y el capital moral de las organizaciones, así como la acumulación en el terreno de las identidades y las culturas políticas, están amenazados por la cooptación y la frustración. La posibilidad de un retorno a la subalternidad en un nuevo contexto se contrapone a la construcción antagonista.

En este sentido, el recorrido de la CONAIE desde el levantamiento de 2001, pero en particular en el gobierno de Lucio Gutiérrez, suscitó reflexiones autocríticas y un debate particularmente significativo sobre los límites de las perspectivas de poder de los movimientos sociales en los marcos institucionales existentes.

Esta experiencia ronda la coyuntura actual, como lo demuestra el señalamiento de Ana María Larrea:

“Para los movimientos sociales, la presidencia de Correa conlleva un doble desafío; por un lado, el de apoyar un régimen que enarbola y defiende sus planteamientos históricos sin hipotecar su fuerza acumulada y su autonomía; y por otro, aportar en la construcción del proyecto histórico liberador señalando fraternalmente los errores que el gobierno comete y

puede cometer, sin que esto signifique alimentar los planteamientos conservadores de los sectores dominantes y del gran capital, que están a la caza de cualquier fisura que pueda presentarse para corroborar sus tesis defensoras del statu quo.”²⁰

El terror de la recaída en la subalternidad al interior de un *aggiornamento* neodesarrollista se contraponen a la pulsión política de la participación y la incidencia en un contexto conflictivo, en el cual aparece amenazante la plena restauración neoliberal.

A diferencia de Ecuador y Argentina, la trayectoria de la experiencia boliviana parece ejemplificar una forma antagonista de pensar la política y proyectar la movilización forzando los límites del sistema, modificándolo por medio del conflicto permanente. Hasta la victoria electoral del MAS y de Evo Morales, la raíz comunitaria de la politización, el ejercicio de poder de veto, la capacidad de crear crisis no sólo de gobierno sino de régimen, y la construcción de contrapoder popular, fueron ingredientes de uno de los procesos políticos más sobresalientes de la historia latinoamericana. La irrupción política de los movimientos en Bolivia y su incontenible desborde representan la metáfora más acabada de la emergencia de los movimientos antagonistas en América Latina.²¹

Partiendo de la experiencia comunitaria de origen prehispánico y de la tradición sindicalista minera, la politización se aceleró exponencialmente y recorrió caminos que recuerdan los procesos de acumulación de fuerzas del pasado, cuando la forma partido era instrumental y derivada del movimiento popular. En este sentido, es emblemática la historia del Movimiento Al Socialismo (MAS) como Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (IPSP).²²

²⁰ Larrea, Ana María, “Encuentros y desencuentros: la compleja relación entre el gobierno y los movimientos sociales en Ecuador”, en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, 2007, p. 258.

²¹ Ver los análisis de los integrantes del grupo Comuna, en particular Pablo Mamani, Raúl Prada, Luis Tapia y Álvaro García Linera.

²² Stefanoni, Pablo, “El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)”. Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO, 2002.

Sin embargo, más allá de la voluntad expresada por sus dirigentes de dar vida al gobierno de los movimientos²³, algunos observadores tienden a señalar contratendencias en la experiencia del MAS.

Escribe Luis Tapia:

“La ley de convocatoria le permitió al MAS trabajar en la configuración ampliada de una nueva forma de monopolio de la política en torno al sistema de partidos, (...)

(El MAS...) desarma el tipo de contenido que deseaba una buena parte de las organizaciones que la imaginaron y promovieron, en tanto esta tendría que reducir el monopolio partidario de la política y ampliar la democracia en el país. (...)

(El MAS...) ha llevado, a través de este tipo de negociaciones con una buena parte de las organizaciones de la sociedad civil, la política a un nivel más corporativo.”²⁴

Más allá del incierto desenlace institucional de la revolución boliviana, la constelación de experiencias latinoamericanas de relación entre gobiernos “progresistas” y movimientos sociopolíticos es diversa y requiere ser analizada como proceso y como tensión sin caer en idealizaciones articuladoras o rupturistas. Un ejemplo de idealización articuladora se encuentra, por ejemplo, en la reciente –y sorprendente– exaltación de Toni Negri y Giuseppe Cocco de las “relaciones abiertas y horizontales entre los gobiernos y los movimientos” que impulsan la construcción de “una nueva generación de instituciones que otorguen materialidad al nuevo pacto”.²⁵

Escriben estos autores:

“Queremos decir que la autonomía de los movimientos sociales de las clases subalternas ya no puede ser considerada como un adversario sino

²³ García Linera, Álvaro, “¿Cómo salir del neoliberalismo?”, en *Memoria*, núm. 214, México, diciembre de 2006.

²⁴ Tapia, Luis, “Las temporalidades de la política post electoral”, en *OSAL*, núm. 21, CLACSO, Buenos Aires, pp. 250, 251 y 252.

²⁵ Cocco, Giuseppe y Negri, Antonio, *Global. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 28.

que debe asumirse como motor de la actividad de gobierno. La autonomía de las multitudes se sitúa en una relación fecunda y productiva con los dispositivos programáticos y las dinámicas administrativas de los nuevos gobiernos latinoamericanos.”²⁶

Además de la contradicción conceptual entre autonomía y subalternidad, sorprende la confianza en una relación virtuosa entre movimientos y gobiernos, en donde la autonomía de los primeros es motor de los segundos, por parte de dos exponentes de una tradición radicalmente anti gubernamental como el obrerismo italiano.

En el polo opuesto, destacan los esquematismos ortodoxos al estilo de James Petras, quien –desde un enfoque rígidamente clasista– asume la contraposición irreconciliable entre “el camino de la política electoral y la política revolucionaria de la movilización de masas”, y se atreve a sentenciar que “los movimientos sociales no han logrado responder al desafío revolucionario”²⁷.

Por otra parte, desde otra óptica, aparece la crítica tajante a los gobiernos progresistas que se formula a partir de idealizaciones movimientistas que identifican como irreductible el enfrentamiento polarizado entre Estado y anti Estado en “la permanente disputa espacio-temporal entre movimientos-comunidades y Estado-partidos”²⁸.

Exaltando la forma movimiento, escribe Raúl Zibechi:

“Se trata de darle prioridad al deslizamiento por sobre la estructura, a lo móvil sobre lo fijo, a la sociedad que fluye antes que al Estado que busca controlar y codificar los flujos. En este tipo de análisis, los objetivos del movimiento –por poner apenas un ejemplo– no se derivan del lugar que se ocupa en la sociedad (obrero, campesino, indio), ni del programa que se enarbola, de las declaraciones o de la intensidad de las movilizaciones.

²⁶ *Ibíd.*, p. 225.

²⁷ Petras, James y Veltmeyer, Henry, *Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador*, Lumen, México, 2005, pp. 260 y 253.

²⁸ Zibechi, Raúl, *Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales*, Tinta limón, Buenos Aires, 2006, p. 133.

No se considera a los movimientos según su solidez organizativa, su grado de unificación y centralización, que hablarían de la fortaleza de la estructura orgánica. Por lo tanto, no desconsideramos aquellos movimientos fragmentados o dispersos, porque proponemos abordar esas características desde una mirada interior. Una y otra vez movimientos no articulados y unificados están siendo capaces de hacer muchas cosas: derriban gobiernos, liberan amplias zonas y regiones de la presencia estatal, crean formas de vida diferentes a las hegemónicas y dan batallas cotidianas muy importantes para la sobrevivencia de los oprimidos. El cambio social, la creación-recreación del lazo social, no necesitan ni articulación-centralización ni unificación. Más aún, el cambio social emancipatorio va a contrapelo del tipo de articulación que se propone desde el Estado-academia-partidos.”²⁹

Esta postura –inspirada en el proceso boliviano– enfatiza las virtudes móviles y las formas indeterminadas que aparecieron en las movilizaciones recientes en América Latina, mostrando una eficacia sorprendente y un potencial que efectivamente rebasó los marcos clásicos de interpretación de la acción política. Si bien esta emergencia merece ser destacada a contrapelo de los enfoques tradicionales, su idealización corre el mismo riesgo reduccionista en sentido opuesto. La negación de la solidez organizativa, la articulación y la unificación, por una parte, la exaltación de la dispersión, la fluidez y la fragmentación, por la otra, establecen un dualismo que confunde el momento de la movilización, el potencial de la movilización, con los movimientos como formas relativamente estables y permanentes. Por otra parte, no sólo “prioriza”, sino que extremiza la contradicción entre las dimensiones acción/institución, organización/movimiento, agencia/estructura. En el afán de plantear a contracorriente la fuerza y el alcance de las irrupciones sociales, el potencial de la espontaneidad, comprensible a la luz de la tradición política, renuncia a problematizar sus límites y a entender a los procesos políticos no en forma lineal sino como flujos y reflujos, desde la combinación de dinámicas y formas de acción y reacción.

²⁹ *Ibíd.*, p. 129.

En sentido opuesto, el desenlace de la crisis argentina lleva a otros autores a señalar los límites y los riesgos del autonomismo.³⁰

“Hasta ahora, los nuevos actores sociales surgidos o potenciados a partir de las jornadas de diciembre de 2001 han tenido en común una alta preocupación por la autonomía frente al Estado, las patronales, y los partidos políticos sistémicos. Esa preocupación se enarbola a menudo como bandera, vinculándola con el rechazo generalizado a la dirigencia política, que en su versión más simplista se expresa como antipolítica en toda su latitud, que suele acompañarse con una reivindicación de lo social como opuesto a lo político. Y el rango de la autonomía se extiende en dirección a los partidos de izquierda, las organizaciones sindicales y, en general, cualquier estructura más amplia que el propio movimiento. La política, y con ella la perspectiva de transformación general de la sociedad, termina desapareciendo, y se hace un culto de lo local, lo micro, lo estrechamente sectorial. En ese costado deben contabilizarse importantes rasgos de debilidad por parte de los nuevos movimientos, que, so capa de buscar un máximo nivel de democracia y negar acatamiento a cualquier liderazgo preconstituido y a todas las verdades aceptadas, corre el riesgo de recluir la conciencia colectiva en un *corsé* que, bajo una sofisticada cáscara, oculte el repliegue al plano económico-corporativo.”³¹

Desde la tradición comunista, se reitera la preocupación por la articulación entre lo social y lo político, el proyecto de poder, observando el otro lado de la medalla de las irrupciones de masas, la desmovilización relativa, la ausencia de cristalización política, la incapacidad de asentar y proyectar los logros.

³⁰ Sobre las aristas del debate autonomista ver Thwaites Rey, Mabel, *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, Prometeo, Buenos Aires, 2004, pp. 9-84.

³¹ Campione, Daniel y Rajland, Beatriz, “Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos”, en Caetano, Gerardo (coord.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, p. 300.

Reaparecen, actualizados a la luz de la época, los términos del debate clásico al interior del marxismo sobre estrategia, organización y espontaneidad, forma partido y forma movimiento, sujeto social y sujeto político, estructura y acción, condiciones objetivas y subjetivas.

Si bien el caso venezolano parece reproducir el itinerario clásico de la toma del poder político como condición y plataforma para la transformación social, al mismo tiempo la naturaleza y el desarrollo del proceso producen un *impasse* interpretativo en relación con los análisis de los procesos de movilización y politización, algo semejante a lo que ocurrió y ocurre con Cuba. La disputa política polariza a los defensores de la asediada “revolución bolivariana” y a sus adversarios, forzando posicionamientos simplificados. La misma contraposición se produce en relación a la política exterior venezolana, aún cuando la meridiana claridad de las vertientes antiimperialista y latinoamericanista que promueve facilita el consenso en el campo progresista.

Sin embargo, la interpretación del proceso político queda entrampada entre chavismo y antichavismo inclusive al interior de la intelectualidad radical de la región. Por una parte, genera interés e inclusive entusiasmo la radicalización a partir del fallido golpe de 2002, el pasaje a las transformaciones socioeconómicas después de la reestructuración del sistema político y del orden constitucional, en una dirección que combina antineoliberalismo y anticapitalismo, y es enunciada en términos socialistas. Sobran ejemplos que ilustran el peso real de las transformaciones en curso.³² Por la otra, la conducción personalista, el partido único y el estatismo suscitan miradas críticas y escépticas. Más allá de la combinación de los diversos factores, el enigma venezolano remite a la pregunta de si la politización de los sectores populares tiende a conformarlos como protagonistas, elementos activos, relativamente autónomos del liderazgo, el aparato político y estatal. La participación independiente, la capacidad de movilización, la organización autónoma, la formación de identidades políticas que rebasen el chavismo, son elementos centrales para la caracterización del proceso venezolano como

³² Torres, Juan, “Las piezas del puzzle venezolano”, en *Memoria*, núm. 215, México, enero de 2007.

proceso de conformación histórica de sujetos políticos cuya fuerza y solidez trascienda la coyuntura, sea susceptible de orientar el rumbo actual y ser protagonista más allá de su desenlace.³³

A diferencia de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela, las experiencias de los gobiernos progresistas de Brasil y Uruguay no surgen de una crisis política ni de movilizaciones o irrupciones sociales: son el producto de la alternancia, de la capitalización de la crisis del neoliberalismo por parte de sólidas estructuras políticas institucionalizadas (el PT y el Frente Amplio). Este “vicio” de origen hace que la gestión gubernamental no encuentre mayores contrapesos en movimientos y procesos de politización desde abajo, con la excepción de la permanencia del MST en Brasil. El caso del MST merece ser destacado, porque combina los elementos generales de la conformación antagonista pero los diluye en un proceso lento, estable y regular de acumulación de fuerzas. Sin necesitar de un contexto de crisis política e irrupción popular, el MST se construye sobre sólidas redes territoriales de movilización y politización, y reproduce el esquema de la guerra popular prolongada sin armas, articulando una constante y cotidiana construcción de poder popular con un proyecto de transformación societal a mediano plazo, realizable en función de la paulatina modificación de la correlación de fuerzas. Las ambigüedades frente al gobierno de Lula son el producto de esta lógica paralela, de una separación relativa entre táctica y estrategia, de la distinción entre planos y temporalidades.³⁴

Más allá de la disputa sobre la caracterización de la coyuntura y, en particular, de los gobiernos progresistas, hay elementos generales que marcan el pasaje de época. Por encima de las diferencias, destacan elementos generales.

Del debate estratégico se desprende, amén de las distintas posturas, la reaparición del tema del poder que se había diluido en la década sub-

³³ Lander, Edgardo, “Los retos actuales del proceso de cambio en Venezuela”, en Estay, Jaime y Gambina, Julio, *¿Hacia dónde va el sistema mundial?*, CLACSO, Buenos Aires, 2007, pp. 33-41.

³⁴ Ver y confrontar con los documentos y prácticas internas los “Compromisos por la justicia, Carta del 5º congreso nacional del MST”, mimeo, 16 de junio de 2007.

alterna. Esta reaparición no es casual si, como decía Marx, “la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”³⁵. Su desaparición se vinculaba a la derrota popular y la victoria del neoliberalismo, el reflujo y la defensiva que le siguieron. En los 80, plantearse el tema del poder no tenía sentido más allá de rituales invocaciones ideológicas. En nuestros días, lo vuelve a tener en función de la construcción de contrapoderes sociales en los procesos de movilización y de politización de amplios sectores populares, de la reconfiguración del conflicto social y su proyección política. Aunque el debate sobre el poder está lejos de estar resuelto y tiende a polarizarse entre tendencias leninistas y anti leninistas –olvidando la síntesis gramsciana–, su reaparición es una señal inequívoca del cambio de época.³⁶

Otro indicio es la búsqueda de referencias ideológicas, una tendencia al reforzamiento de identidades políticas en la alteridad y el conflicto. En este rubro, la realidad de los movimientos latinoamericanos se presenta desigual y combinada entre referentes ideológicos nacional-populares y socialistas revolucionarios, y proliferan las hipótesis de caracterización del proyecto. El caso boliviano es, una vez más, ejemplar de una mirada caleidoscópica en la medida en que, a partir de la matriz indígena y campesina, aparecen definiciones socialistas y revolucionarias junto a posicionamientos declaradamente nacional-populares.³⁷ Esta misma tensión recorre el MST, fractura el campo piquetero, cruza el movimiento chavista, así como el ecuatoriano.

³⁵ Marx, Karl, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859.

³⁶ Una parte de la veta teórica del debate puede encontrarse en los textos incluidos en Holloway, John, *Contra y más allá del capital*, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

³⁷ En particular sorprende que el vicepresidente de Bolivia, electo por una organización que reclama el socialismo, caracterice al movimiento con una fórmula caudillesca adjetivada en términos populistas; ver García Linera, Álvaro, “El evismo, lo nacional popular en acción”, en *OSAL*, núm. 19, CLACSO, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.

Esta superposición aparece con claridad en la experiencia de los piqueteros argentinos investigada por Maristella Svampa:

“En suma, en el marco de este proceso de reconfiguración territorial, surge un nuevo proletariado, multiforme, plebeyo y heterogéneo que no sólo es el asiento de prácticas ligadas al asistencialismo y al clientelismo afectivo, promovidas central o descentralizadamente desde diferentes instancias y organizaciones, sino también el *locus* de nuevas formas de resistencia y prácticas políticas. (...)”

En suma, vistas ‘desde abajo’, las organizaciones piqueteras son muy ambivalentes, con diferentes inflexiones políticas, que van de la demanda de reintegración al sistema, a la afirmación de una radicalidad anticapitalista. A la vez, es un fenómeno fuertemente plebeyo, proclive a la acción directa, que apunta a la afirmación de lo popular, en cuanto ser negado, excluido y sacrificado en aras del modelo neoliberal.³⁸

Un fantasma sintomático vuelve a recorrer el campo popular, el fantasma del anticapitalismo y del socialismo. El primero responde a la radicalización del análisis crítico, que reconoce debajo del neoliberalismo la matriz capitalista y, por lo tanto, establece relaciones causales que llevan a la raíz de los problemas sociales actuales. Como consecuencia, diversos movimientos buscan soluciones radicales y encuentran inspiración en torno al nombre, los debates y las experiencias concretas de este amplio campo de búsqueda de alternativas que fue el socialismo en el siglo XX. En el retorno de la reflexión sobre el socialismo en el siglo XXI se visibiliza la radicalización del análisis, de la comprensión de la realidad, pero también el pasaje de fórmulas reactivas a opciones proactivas.

³⁸ Svampa, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires, 2005, pp. 196 y 279.

La recuperación de las tradiciones políticas corre paralela con su renovación y relativa superación.

Por otra parte, las conformaciones subjetivas que sostienen a la movilización remontan la fragmentación individualista del neoliberalismo. Aparecen, en los análisis, referencias a la multitud, la clase, la comunidad, el pueblo y la plebe. Más allá del debate terminológico, esta primavera conceptual da cuenta del proceso de rearticulación subjetiva, el cual no sólo opera como dispositivo para la acción colectiva sino que es el substrato de la organización social y política en la medida en que orienta la politización de los movimientos en el estrechamiento de vínculos identitarios, horizontales y verticales.³⁹

Otra dimensión inequívoca del cambio de época se percibe en el llamado repertorio de acción de los movimientos antagonistas, el cual se enriquece con modalidades políticas y radicales que parecían olvidadas, incluyendo la forma insurreccional y la ocupación de espacios productivos.⁴⁰

A partir del balance del Observatorio Social de América Latina, José Seoane y Emilio Taddei constatan:

“En relación con ello, y respecto de los ‘repertorios de la protesta’, es importante destacar una tendencia a una mayor radicalidad en las formas de lucha, que se pone de manifiesto en la duración temporal de las acciones de protesta (acciones prolongadas o por tiempo indeterminado), en la generalización de formas de lucha confrontativas en desmedro de las medidas demostrativas, en la difusión regional de ciertas modalidades

³⁹ Prada, Raúl, *El entramado social de la comunidad en la Bolivia de Evo Morales en América Latina*, ARCIS, Santiago de Chile, 2006, pp. 74-136.

⁴⁰ Ver, para la forma insurreccional, por ejemplo, el relato de Gómez, Luis A., *El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia*, Comuna, La Paz, 2004, o el análisis de las “puebladas” argentinas en Pereyra, Sebastián y Svampa, Maristella, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Biblos, Buenos Aires, 2003. Sobre ocupación de espacios productivos se destaca la experiencia brasileña del MST y la argentina de las fábricas recuperadas; ver Callelo, Hugo y Neuhaus, Susana, “Hegemonía y emancipación. Fábricas recuperadas, movimientos sociales y poder bolivariano”, *Herramienta*, Buenos Aires, 2006.

como los bloqueos de carreteras (característicos, por ejemplo, de la protesta de los movimientos de trabajadores desocupados en Argentina, así como también de los movimientos indígenas y cocaleros del Área Andina), y en las ocupaciones de tierras (impulsadas por los movimientos campesinos) o de edificios públicos o privados.

Por otra parte, la recurrencia de largas marchas y manifestaciones que atraviesan durante días y semanas los espacios regionales y nacionales parecen querer contrarrestar la dinámica de segmentación territorial promovida por el neoliberalismo. Asimismo, las puebladas y levantamientos urbanos aparecen como estrategias tendientes a la reapropiación colectiva del espacio comunitario, y a la recuperación de una visibilidad social denegada por los mecanismos de poder.” (Seoane y Taddei, 2003, pp. 240-241).

Finalmente, como señal de la percepción del cambio de época, más allá de las adjetivaciones y caracterizaciones, existe un relativo consenso en reconocer cómo los movimientos populares, al pasar de la resistencia a la irrupción política, transitan de una lógica exclusivamente defensiva a una actitud que incluye y combina propuestas y reivindicaciones que rebasan la defensa de los derechos vulnerados por el neoliberalismo, y bosquejan horizontes posneoliberales por medio de demandas que rebasan el marco de negociación establecido por el sistema existente.

Una vez más, el movimiento indígena latinoamericano, más allá de sus diferencias y debates internos, se destaca por la claridad de su discurso al titular, significativamente, las últimas dos cumbres realizadas en Bolivia en 2006 y en Guatemala en 2007 “de la resistencia al poder”.

Se supera así el paradigma de la “protesta”, de matriz claramente resistencial, que caracterizó la primera etapa del neoliberalismo.⁴¹ Este pasaje marca una tendencia a la transición de formas subalternas a formas antagonistas de lucha, las cuales se combinan en las realidades concretas.

⁴¹ Ver un uso del paradigma de la protesta en Eckstein, Susan (comp.), *Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos*, Siglo XXI, México, 2002.

La muerte de la hegemonía neoliberal

Los efectos de los procesos de politización y radicalización son de diversa intensidad, pero todos se mueven en la misma dirección y –más allá de su incierto desenlace– perfilan el antagonismo de los movimientos populares.

Con ellos, se agota la hegemonía neoliberal. Pero la pérdida de consenso no elimina la dominación hasta que no se construya una alternativa. Queda la dominación sin ropajes hegemónicos que, como indican varios episodios y tendencias, se manifiesta por medio de sobresaltos represivos particularmente visibles en los países que siguen gobernados por neoliberales puros, como son los casos de Colombia y México. No podemos descartar que la represión, un retorno a formas duras o blandas de militarización, ocurra también en países cuyos gobiernos reformistas quieran frenar el empuje antisistémico de los movimientos sociopolíticos.

El fin de la hegemonía neoliberal es visible en relación con sus pilares.

La crítica a la democracia procedimental y a la ideología electoralista se combina con la búsqueda de correctivos y alternativas. Correctivos que abren a opciones de democracia directa institucional, como el presupuesto participativo, los institutos de referéndum, revocación de mandato e iniciativa popular de ley. Alternativas que se manifiestan en el ejercicio democrático directo mediante la movilización, las asambleas populares, las consultas y las irrupciones que ejercen poder de veto. Al desfeticizarse el mito del procedimiento, afloran tensiones entre legalidad y legitimidad propias de una época de crisis hegemónica, cuando el ejercicio jurídico de la dominación no encuentra encubrimientos ideológicos eficaces.

El poder constituyente de los movimientos sociopolíticos se manifiesta en sus dos acepciones: en el plano legal con la petición de un congreso constituyente que redefina el orden jurídico; en el plano real, con el ejercicio creador y constructor por medio del cual los movimientos modifican el orden social. La aparición del tema constituyente es un indicio claro de una modificación de la relaciones de fuerzas. Hace unos años, la función constituyente estaba en el campo de la “revolución conservadora” impulsada por el neoliberalismo. Hoy en día, con intensidades diversas, es disputada por el campo antineoliberal, sea en versión de contrarreforma para recuperar el te-

reno neoliberalizado, o en versión más proactiva, para impulsar principios que ni el neoliberalismo ni el populismo desarrollista contemplaban.

La crítica al neoliberalismo combina la búsqueda de alternativas desde abajo, en los ejercicios de autonomía productiva, legal y cultural que impulsan varios movimientos, con la presión que permite que, a nivel gubernamental, no sólo se detengan las reformas neoliberales sino que se plantee revertirlas. Hace unos pocos años resultaba impensable que se violaran los mitos y tabúes del neoliberalismo, tal como está ocurriendo en Venezuela, Bolivia y –potencialmente– en Ecuador cuando se cuestiona la autonomía de los Bancos centrales, se nacionalizan sectores productivos estratégicos, se aumentan el gasto público y el gasto social, se fomenta la creación del Banco Sur como alternativa al FMI, el BM y el BID, y se desentierra el tema de la reforma agraria.

Por último, el fin de la etapa hegemónica del neoliberalismo queda evidente en la superación relativa del miedo sobre el cual se erigió después de la militarización. Superación relativa que se observa en el atrevimiento y la osadía que caracterizan a episodios en los que la protesta desafió abiertamente a las fuerzas policiales y militares, reforzando la movilización de cara a la represión y a la vista de muertos y heridos en lugar de replegarse como otras muchas veces ocurrió en la historia latinoamericana. Los levantamientos bolivianos, la resistencia al golpe venezolano, el 19 y 20 argentino son ejemplos de esta actitud que recuerda un pasado anterior a la militarización de los años 70, anterior a tantos golpes militares logrados a lo largo del siglo XX latinoamericano sin que se produjeran fenómenos de resistencia masiva. Un símbolo gráfico es el canto “el pueblo no se va” en la ocupación de la Plaza de Mayo después del desalojo del 20 de diciembre de 2000 en Buenos Aires.⁴² Esto no quiere decir que el recurso del miedo deje de ser un eficaz instrumento de dominación, como lo demuestran las recientes experiencias mexicanas de Atenco y Oaxaca, sino que no constituye ya el insuperable puntal de retaguardia y salvaguarda del orden.

⁴² Véase el documental de Fernando “Pino” Solanas, *Memorias del saqueo*, Cinesur, Argentina, 2004.

Entre épocas

Al terminarse la etapa hegemónica del neoliberalismo, la dominación neoliberal se resiste a morir. Las resistencias al cambio de época se bifurcan entre reacción y revolución pasiva. La reacción violenta que se asoma en el retorno de prácticas represivas focalizadas, la revolución pasiva que asume el rostro de gobiernos que defienden la continuidad mediante correctivos conservadores.

Sin embargo, el pasaje de época está marcado por la irrupción del antagonismo, por movimientos cuya politicidad y radicalidad⁴³ es preciso llamar antagonista en la medida en que configuran una forma política y radical del conflicto, en el marco del cual disputan el poder y reconfiguran la dominación, quebrando su dimensión hegemónica.

Si bien la forma antagonista de ser movimiento no está generalizada, la simple presencia de experiencias antagonistas marca y determina el escenario y el cambio de época. Al mismo tiempo, existe la posibilidad de que los movimientos antagonistas, después de su irrupción en el centro de la escena, adquieran un carácter periférico, se perpetúen en sentido meramente testimonial o sean subsumidos en procesos de revolución conservadora. De la misma manera, la existencia de movilizaciones –más amplias que los movimientos– resulta nodal no sólo para sostener el conflicto (y con él la existencia misma de los actores antagonistas en su seno), sino que establece sus márgenes de crecimiento y expansión. En el vacío hegemónico, la posibilidad-probabilidad de crisis económicas o políticas se convierte en el potencial escenario de realización del antagonismo como fenómeno que trascienda sus límites estructurales, determine las coyunturas y protagonice procesos de transformación.

Porque si bien los movimientos antagonistas son los protagonistas y los vectores de la ruptura epocal, no forzosamente lo serán de la nueva época.

⁴³ Ouviaña, Hernán, “Zapatistas, piqueteros y sin tierra. Nuevas radicalidades políticas en América Latina”, en *Cuadernos del Sur*, núm. 37, mayo de 2004, Buenos Aires, pp. 103-127.

Como escribía Antonio Gramsci:

“En realidad, se puede prever ‘científicamente’ solo la lucha, pero no los momentos concretos de ella, que no pueden no ser resultado de fuerzas contrastantes en continuo movimiento, nunca reductibles a cantidades fijas, porque en ellas la cantidad se vuelve continuamente calidad.”⁴⁴

A la luz de un desenlace incierto, cobra sentido neurálgico la pregunta formulada por el mismo Gramsci en un texto anterior:

“¿Cómo soldar el presente al porvenir, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y ‘anticipar’ el porvenir?”⁴⁵

¿Cómo proyectar el presente hacia el futuro? ¿Cómo prefigurar en las luchas de hoy la sociedad de mañana? Más allá del papel de ruptura que están cumpliendo, la prefiguración y construcción societal constituyen el principal desafío de los movimientos antagonistas del presente latinoamericano. Así que, después del cambio de época, su rumbo oscila entre una posible recaída en la subalternidad, en el marco de una reconfiguración hegemónica, el antagonismo como conflicto permanente y la emancipación como horizonte de superación, tanto de la dominación capitalista como del conflicto y el antagonismo que la caracterizan.

LA ACTUALIDAD DE LA DEUDA ARGENTINA. RESOLUCIÓN DEL DEFAULT, ACTORES Y POLÍTICAS EN EL MODELO POST-CONVERTIBILIDAD, 2002-2007

*Gastón Ángel Varesi**

Introducción

El debate en torno a la problemática de la deuda pareciera haberse desvanecido, por largo tiempo, de la agenda pública en Argentina. Sin embargo, algunos indicadores parecerían señalar ciertas limitaciones en las estrategias de resolución desplegadas por el Estado argentino que nos llaman a reflexionar acerca de la *actualidad* de la deuda, indagando su pasado reciente, su presente y perspectivas futuras.

El presente artículo se propone analizar la problemática de la deuda pública del Estado Nacional examinando las acciones estatales y sus relaciones con el capital financiero y los organismos financieros internacionales. Esta problemática será analizada en el marco del modelo post-convertibilidad, centrándonos con mayor énfasis en el gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007), gobierno que llevara adelante la resolución del *default* en que entrara parte de la deuda en enero de 2002. En este camino daremos cuenta de las estrategias diferenciales impulsadas por el Estado en relación

⁴⁴ Gramsci, Antonio, *Quaderni dal carcere*, Istituto Gramsci, Roma, 1975, §)#15*#. *Il concetto di “scienza”*. p. 1403.

⁴⁵ Gramsci, Antonio, “Democrazia operaia”, *L’Ordine Nuovo*, 21 de junio de 1919.

* Sociólogo UNLP. Becario CONICET dirigido por Ana Castellani y co-dirigido por Aníbal Viguera. Investigador del CISH (FAHCE-UNLP). Miembro de FISyP. Correo: gastonvaresi@hotmail.com.

con los distintos actores del endeudamiento público, y evaluaremos los alcances e implicancias de las políticas desplegadas.

Contexto

El preludio del ingreso al *default* se encuentra signado por la crisis social, política y económica que caracterizó el agotamiento del modelo de la Convertibilidad (1991-2001). Este modelo poseía cualidades que lo hacían intrínsecamente deuda-dependiente debido, entre otros motivos, a que era un modelo necesitado de divisas para mantener la paridad del tipo de cambio fijada en 1 peso-1 dólar, pero que en condiciones estructurales de escaso dinamismo de las exportaciones, en el marco de la sobrevaluación de la moneda local, y un constante déficit fiscal (entre otras causas, por el impacto producido por la privatización del sistema de jubilaciones y pensiones), apeló incesantemente al endeudamiento público. La profundización del patrón de endeudamiento estuvo también vinculada al proceso de fuga de capital que acentuó la vulnerabilidad externa del modelo. Este modelo deuda-dependiente se hundió, dejando una deuda pública total de aproximadamente u\$s 144.000 millones.

El 23 de diciembre de 2001 el presidente Rodríguez Saá declaró la suspensión de pagos de la deuda, excluyendo los referidos a organismos financieros internacionales y otros préstamos garantizados. El *default* fue mantenido por la posterior administración de Eduardo Duhalde y aparecía como uno de los principales desafíos que heredaba el gobierno de Néstor Kirchner, quien iniciaba su gestión en 2003, luego de unas ajustadas elecciones que lo convertían en presidente con sólo un 22% de los votos.

El recorrido de análisis se iniciará indagando la política de “salvataje” al sector financiero al inicio del modelo post-convertibilidad, señalando luego algunas características de este sector. A continuación, observaremos la política del gobierno de Néstor Kirchner de asumir la deuda como *deuda soberana*. Posteriormente analizaremos la relación con el Fondo Monetario Internacional (FMI), para luego introducirnos de lleno en el estudio de la resolución

del *default* y sus implicancias; finalmente propondremos algunas claves explicativas para pensar la actualidad de la deuda en Argentina.

El “salvataje” al sector financiero

Durante el *default*, el Estado continuó el proceso de endeudamiento. Cerca de 30.000 millones de dólares fueron engrosando los pasivos públicos durante el gobierno de Duhalde, destinados en buena parte al objetivo de “salvar” a los bancos de los perjuicios de la pesificación asimétrica a través de compensaciones y redescuentos y, en menor medida, a resolver otros problemas que dejaba el fin del modelo de la convertibilidad. Esta es una primera estrategia compensatoria desplegada hacia los actores locales del endeudamiento, en tanto los bancos, núcleos de los actores que más adelante definiremos como conglomerados financieros, son compensados a través de emisión de nueva deuda, reforzando su papel de acreedores.

Pero estas medidas no sólo dieron respuesta a esta fracción de la clase dominante que, luego de la crisis de 2001-2002, se vería dificultada para mantener los mismos niveles de rentabilidad que en la década del 90, sino que el Estado argentino cargó sobre el conjunto de la sociedad, mediante la pesificación asimétrica, la licuación de la deuda de la fracción que luego de la crisis se mostraría más dinámica: los sectores concentrados del capital productivo-exportador. Esta fracción del capital –que lograría altos niveles de rentabilidad producto de la devaluación y una estrategia exportadora basada en el descenso del salario real, la explotación intensiva de recursos naturales y los favorables precios internacionales– logró imponer su interés de licuación de la deuda privada mediante esta vía de pesificación. La pesificación asimétrica implicó que los bancos debieron devolver los depósitos en dólares a \$1,40 por cada u\$s1, mientras que los deudores con la banca local verían pesificadas sus deudas en dólares a \$1 por u\$s1.

La capacidad de presión del capital concentrado productivo-exportador logró derribar el techo impuesto en primera instancia en la Ley n° 25.561 de Emergencia Pública y Reforma de Régimen Cambiario, establecida por el gobierno de Eduardo Duhalde, que fijara la pesificación de deudas hasta

u\$s 100.000. La derogación del artículo que fijara este tope a la pesificación implicó un proceso de licuación de deuda que devendría en estatización de la deuda privada.

La pesificación asimétrica, en tanto licuación y estatización de deudas del capital productivo, junto con las modificaciones en el tipo de cambio, se instituirían como una política clave en la configuración del modelo post-convertibilidad, implicando transferencias de ingresos en las siguientes direcciones: del capital financiero al capital productivo vía pesificación asimétrica, y del conjunto de la sociedad¹ hacia el capital financiero vía compensaciones estatales a través de mayor endeudamiento público. Así, tanto el proceso devaluacionista-inflacionario inaugural como la pesificación asimétrica, se constituirían en mecanismos de distribución regresiva del ingreso, fortaleciendo las posiciones del capital productivo-exportador y compensando al capital financiero.

En una operación de rescate del sector financiero, el Estado emitió en primera instancia, como modo de resarcimiento por la pesificación asimétrica, títulos de deuda por u\$s 5.900 millones, a los que se sumarían nuevos desembolsos por u\$s 2.400 millones en forma de “bonos cobertura” en moneda extranjera como compensación por los efectos negativos de la devaluación. La deuda pública nacional también se vio incrementada por la absorción de las deudas de las provincias con los bancos (u\$s 9.679 millones) y otras emisiones, producto del reconocimiento de obligaciones con empleados, jubilados² y proveedores, a lo que se sumó también el rescate de las cuasi-monedas³, de modo que el monto total del conjunto de operaciones compensatorias por las consecuencias del colapso de convertibilidad generarían la emisión de u\$s 28.525 millones en bonos de deuda⁴.

¹ Esta afirmación será matizada más adelante, cuando demos cuenta sobre qué sectores se extraen principalmente los recursos para el pago de la deuda.

² Principalmente la devolución del recorte del 13% a trabajadores estatales y jubilados dispuesto durante el gobierno de De la Rúa y declarado posteriormente inconstitucional.

³ Las cuasi-monedas fueron bonos provinciales y nacionales instaurados en plena crisis económica con el fin de cumplir, junto con el peso, la función monetaria.

⁴ Damill, Mario, Frenkel, Roberto y Rapetti, Martín, “La deuda argentina: historia, default y reestructuración”, en *CEDES* 16, 2005.

Los conglomerados financieros

Una perspectiva a tener en cuenta acerca de las características y el peso de la fracción financiera del capital es su característica de creciente conglomeración. Jorge Golla realiza una interesante descripción de este fenómeno que identifica “con empresas o sociedades que desarrollaban originalmente su actividad en un determinado segmento del mercado financiero y que, posteriormente, incursionan en otros segmentos de los servicios, diferenciados (aunque a veces complementarios) de su motivación original”⁵. Es decir, un **Conglomerado Financiero** posee negocios en varios o todos los siguientes rubros: bancos, AFJPs, Compañías de Seguros y Fondo Común de Inversión.

Según Golla, el sistema financiero argentino presenta un 80,5% de sus fondos en poder de conglomerados de distintos tipos (privados, estatales y cooperativos). Los Conglomerados Financieros en Argentina presentan, como todas las fracciones del capital con negocios en el país, un alto grado de **extranjerización**: del conjunto de Conglomerados Financieros, un 59,9% es capital de origen extranjero, en tanto que sólo el 10,9% es de capital privado nacional. Si bien existe una fuerte presencia del sector público en el sistema financiero (conglomerados nucleados en torno al Banco Nación y al Banco de la Provincia de Buenos Aires), los mayores cuatro conglomerados privados (20% del total) representan más del 50% de los fondos manejados por el total de conglomerados (\$131.111 millones). Esta cifra da cuenta de una de las características propias de las fracciones del capital en la Argentina: su creciente grado de concentración. Los principales cuatro Conglomerados Financieros privados, por orden de importancia, son:

- 1) Nucleados en torno al BBVA Banco Francés, comprende a Consolidar AFJP, BBVA Seguros Generales, Consolidar ART, VIDA y Retiro (compañías de seguros), y el fondo común de inversión Francés Administradora de Inversiones;

⁵ Golla, Jorge, “Dimensión de los Conglomerados Financieros: el Caso Argentino”, en *Documento de Trabajo* nº 10 del CEFIDAR, mayo, 2006.

- 2) Nucleados alrededor del Banco Río de la Plata, incluye el 69,4% de Orígenes AFJP, las compañías de seguros Río Seguros Generales, Internacional Vida (59,2%), Orígenes Retiro (59,2%), y el fondo común de inversión Santander Investment.
- 3) Nucleados en torno al Citibank, contiene a Siembra AFJP, las compañías de seguros Siembra Retiro y Siembra Vida, y el fondo común de inversión Citicorp Inversora.
- 4) Nucleados en torno al HSBC Bank Argentina, abarca Máxima AFJP, las compañías de seguros HSBC Buenos Aires, HSBC NY Life retiro y HSBC NY Life Vida, y el fondo común de inversión HSBC Administradora de Inversiones.⁶

Otro aspecto de la fracción financiera del capital a señalar es que, como indica Borón: “Mientras la prosperidad del viejo capital industrial de la época fordista tenía como una de sus principales condiciones la existencia de un alto tenor de consumo de masas, las requeridas por el capital financiero se encuentran totalmente dissociadas del bienestar colectivo o de los consumos populares; de ahí su carácter parasitario y predatorio”⁷. Esto se constata con la estimación de que cerca del 95% del capital dinerario que se moviliza en los circuitos financieros internacionales es de carácter especulativo. Estos son los principales actores del endeudamiento público, a los que se suman los organismos financieros internacionales y los Estados nacionales, prestamistas y deudores. Los conglomerados financieros eran poseedores de una parte significativa de la deuda en *default*.

La deuda soberana

Un punto a destacar respecto de las políticas desplegadas es que el gobierno de Néstor Kirchner reconoció la totalidad de la **deuda como “deuda soberana”**. Esta opción de reconocimiento, que cumple una función de

⁶ *Ibíd.* Datos 2004.

⁷ Borón, Atilio, “El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo”, Ponencia presentada en el Foro Social Mundial el día 27 de enero de 2001.

convalidación de la deuda, implicó la no opción de diversos caminos alternativos que podrían haberse impulsado en el contexto del *default*. Estas vías alternativas son señaladas, más allá de los condicionamientos para su posible aplicación, como parte de la discusión más amplia acerca de las lecturas y estrategias a adoptar frente a la deuda pública.

Como camino alternativo, se ha sugerido que el gobierno podría haber repudiado la deuda dando cauce a la investigación que impulsara judicialmente Alejandro Olmos, avalada por el fallo judicial del juez Ballesteros, y en la que se demostrara el carácter fraudulento de la deuda, dando cuenta de numerosas irregularidades. También podría haberse convocado a una auditoría que analizara minuciosamente el proceso de endeudamiento, o incluso podría haberse intentado la conformación de un bloque de países deudores para negociar la deuda.

Otra estrategia posible podría haber sido la de apelar a la figura de “**deuda odiosa**” de la jurisprudencia internacional, ya que el caso argentino cumple los requisitos de haber sido concertada sin el consentimiento del deudor, sin que este obtuviera beneficios a cambio del pasivo, y con claras irregularidades por parte de los acreedores⁸. Como señala Atilio Borón, citando a Noam Chomsky, la concepción de deuda odiosa tiene su origen en la guerra entre Estados Unidos y España. En cuanto los primeros suplantaron a los segundos en la ocupación de Cuba, en 1898, cancelaron la deuda de la isla con España señalando que la misma había sido impuesta por las armas, sin el consentimiento del pueblo. También, agrega Borón, fue aplicada para cancelar la deuda de una dictadura costarricense con el Royal Bank of Canada, y “en 1991, una de las directoras ejecutivas del FMI, Karin Lissakers, observó que, si se adoptase en la actualidad la doctrina de la ‘deuda odiosa’ de los Estados Unidos para la deuda del Tercer Mundo, ésta se vería cancelada en su mayor parte”⁹. Si bien las condiciones que definen

⁸ En este sentido se manifiestan Katz, Claudio, en “¿Quién gana con el canje?”, en *Economistas de Izquierda n° 1*, Buenos Aires, 2005 y Becerra, L. y Méndez, A., “Renegociación de la deuda: un éxito demasiado caro”, en *Economistas de Izquierda n° 1*, Buenos Aires, 2005.

⁹ Borón, Atilio, *op. cit.*

la figura legal de “deuda odiosa” se realizan claramente en el inicio del ciclo de endeudamiento pronunciado, durante la última dictadura militar, este pasivo fue legitimado en todas las negociaciones subsiguientes (incluyendo la del gobierno de Néstor Kirchner). Esto podría haber dado inicio a la indagación de la deuda para establecer qué se debe pagar (si es que la deuda no fue ya pagada varias veces) y a quién.

De este modo se rechazó la posibilidad de dar cauce a una investigación o auditoría de la deuda, o de apelar a la figura de deuda odiosa: la opción de asumir la deuda como deuda soberana marca un aspecto de continuidad con los gobiernos anteriores. Así, el gobierno otorgó una nueva convalidación y legitimación a esta deuda que durante los últimos treinta años ha servido como correa del saqueo, ya que buena parte de la misma ha ido a parar en fuga de capitales y en diversos mecanismos de concentración del ingreso.

La relación con el FMI

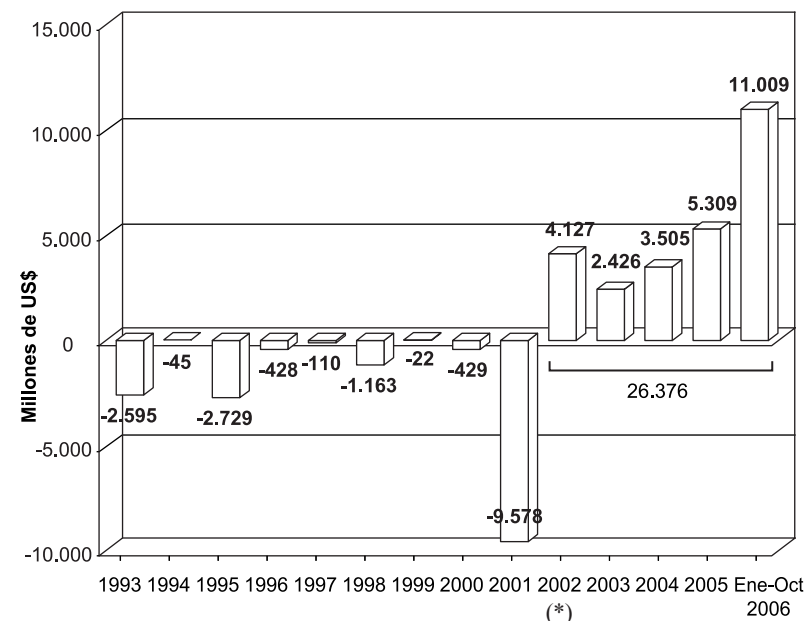
Otro aspecto importante a analizar son las relaciones entre el gobierno argentino y el Fondo Monetario Internacional, quien apareciera como el principal interlocutor entre los organismos financieros internacionales. Según Chomsky, la rigurosa adhesión al FMI que había expresado Argentina en los 90 llevó al país a un “desastre económico”¹⁰. En este mismo sentido se orientaron numerosos discursos del presidente Kirchner: aunque mientras en el plano discursivo el FMI era denostado, en el plano económico era reconocido por el gobierno como **acreedor privilegiado**. La deuda con los organismos financieros internacionales (FMI, BM, BID¹¹) nunca quedó en *default*. Es por esta razón que, del total de los u\$s 178.000 millones a los que la deuda había alcanzado al momento de comenzar el canje en 2003, unos u\$s 79.000 nunca se dejaron de pagar¹².

¹⁰ Chomsky, Noam, “La imposición de libre mercado como misión imperial: de Reagan a Bush” [CLASE]. En: Curso virtual *La Economía mundial y el imperialismo*. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Setiembre 2007.

¹¹ BM= Banco Mundial, BID= Banco Interamericano de Desarrollo.

¹² Katz, Claudio. “La deuda después del default”, en *Periferias* n°12, primer semestre de 2005.

Pagos netos a organismos internacionales



(*) Además, en 2002, se realizaron pagos netos a acreedores oficiales (Banco do Brasil, Club de París, I.C.I. –España– y J.B.I.C. –Japón– por una suma de US\$ 142 millones.

Fuente: Secretaría de Finanzas.

Con respecto al FMI, el gobierno desplegó una doble estrategia: por un lado, mantuvo una mayor firmeza en la negociación de las exigencias en materia de políticas que el FMI pedía para la aprobación de la revisión del tratado vigente, que había sido suscrito por la administración Duhalde, y por otro lado, culminaría dichas negociaciones con la suspensión de dicho acuerdo y el pago por adelantado de la deuda total con el Fondo.

El gobierno de Kirchner adoptó una postura de mayor intransigencia frente al FMI, en tanto no aceptara aplicar parte de las acciones estatales que este organismo reclamara con el fin de aprobar la revisión del acuerdo en vigencia. El FMI presionaba principalmente por un aumento tarifario

como vía de compensación a las empresas privatizadas por los efectos de la salida devaluacionista, y también exigía mejores condiciones para el canje de la deuda en *default*. El gobierno, amparado por el aval de Estados Unidos y el crecimiento económico que experimentaba la economía nacional, tuvo mayor margen para disputar las exigencias del Fondo, optando finalmente por dejar virtualmente suspendido el acuerdo vigente con el FMI. La recuperación económica y el aumento de la recaudación pública permitieron al gobierno prescindir de los desembolsos del FMI y ganar mayores márgenes de negociación en la aplicación de políticas, pero el fin del acuerdo implicaría no poder seguir refinanciando la deuda con dicho organismo. Como señalan Bembi y Nemiña, “la progresiva cancelación de los créditos pendientes con el Fondo nunca había sido planteada por el gobierno como un fin en sí mismo, sino que, en realidad, era el resultado de la suspensión unilateral del acuerdo vigente, lo que obligaba a nuestro país a continuar cancelando sus créditos con el organismo sin recibir sus desembolsos. Esto implicaba que, lógicamente, el *stock* de deuda con dicho organismo comenzaría a reducirse de manera más acelerada. De este modo, la consecuencia de la suspensión del acuerdo era resignificada pocos meses después como un pilar central de la política económica nacional, por lo que un resultado colateral de una decisión se convertía en el objetivo central de la misma: lograr mayor autonomía en la definición de las políticas estatales en materia económica”.¹³

Así, el gobierno de Néstor Kirchner, construyendo una perspectiva que oficialmente sería denominada como política de “desendeudamiento”, se convertiría en el que más deuda pagó a los organismos financieros internacionales en la historia argentina, llegando a la cancelación por adelantado de la deuda total con el FMI. Si bien este evento fue presentado frente a la población como un sacrificio para ganar soberanía, responde, en parte, a satisfacer una política que el FMI venía promoviendo para reducir sus riesgos financieros. Esto se debe a que el FMI tenía el 80% de sus préstamos

¹³ Bembi, Mariela y Nemiña, Pablo, *Neoliberalismo y desendeudamiento. La relación Argentina-FMI*. Claves para todos, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2007, págs. 87-88.

colocados en sólo 5 países, que en caso de entrar en cesación de pago con dicho organismo le hubieran producido un desastre económico¹⁴. Esta política puede visualizarse en tanto que, de los principales deudores del FMI, Argentina, Brasil y Rusia ya habían avanzado en el pago total de sus deudas con este organismo.

De este modo, podemos observar que se presenta como un acto de independencia una medida que tiene plena correspondencia con las exigencias de un organismo financiero al que, en el discurso oficial, se señala como responsable de la debacle nacional por haber impulsado y apoyado fervientemente las reformas neoliberales del “Consenso de Washington”. Esta política implicó que el gobierno cancelara por adelantado el total de su deuda de u\$s 9.810 millones, utilizando para esto el 35% de las Reservas Internacionales del Banco Central. Aunque debe señalarse que esto no significó una reducción neta de la deuda sino un cambio de acreedor, ya que el Estado entregó al Banco Central bonos por la misma cantidad.

Coincidiendo con Plinio de Arruda Sampaio, respecto de que “la trampa de la deuda externa somete a las economías latinoamericanas a la implacable tutela de los organismos financieros internacionales”¹⁵, queda por analizar con el correr del tiempo qué grado de libertad de acción estatal se ha ganado (o no) con pagarle el total de la deuda al FMI, aunque debe reconocerse que la ausencia de la relación de endeudamiento con el Fondo ha limitado su injerencia a través de las evaluaciones de metas de acuerdos suscriptos. Por último, debe recordarse que Argentina no se “deshizo” del FMI, como promoviera la prédica oficial, en tanto el gobierno no ha adoptado la opción de desafiliarse de dicho organismo.

¹⁴ Agencia Interamericana de Prensa Económica, 2005, disponible en *Diario de América* http://www.diariodeamerica.com/front_noticia_detalle.php?id_noticia=929

¹⁵ De Arruda Sampaio, Plinio, “Imperialismo, crisis del desarrollo nacional y reversión neocolonial” [CLASE]. En: Curso virtual *La Economía mundial y el imperialismo*. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, octubre de 2007.

La resolución del *default*

El gobierno de Kirchner asumió como una de sus tareas fundamentales la **resolución del *default***. Esto ya se expresaba en el discurso presidencial, que en reiteradas ocasiones señalaba: “no somos el proyecto del *default*”. En la asamblea anual del FMI (2003) en Dubai, Emiratos Árabes Unidos, el por entonces ministro de economía, Roberto Lavagna, propondría los términos para comenzar la negociación para volver a pagar la parte de la deuda en *default*. Su oferta inicial constaría de una quita del 75% sobre el valor nominal, y la creación de tres nuevos bonos. Debe tenerse en cuenta que, al momento de publicitar la quita del 75%, ningún bono defaulteado cotizaba a más de ese valor, por lo que si esta oferta hubiese sido finalmente impuesta sólo habría implicado la convalidación de una situación de hecho. También anunció que se daría igual tratamiento a grandes tenedores de bonos como a los pequeños, factor que, por la capacidad de maniobra en el mercado financiero, beneficiaría a los primeros.

A lo largo de la negociación, la posición inicial se iría flexibilizando. La quita iría disminuyendo, las tasas de interés propuesta para los nuevos bonos se irían elevando, aumentaría también el cálculo de los beneficios vinculados al crecimiento, y se establecería un pago adicional inicial al contado.

Los nuevos bonos presentados fueron:

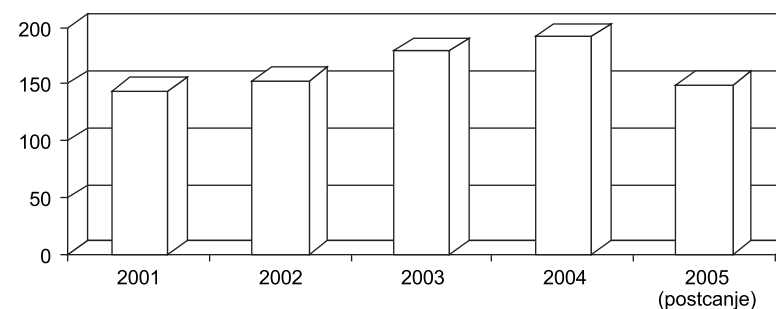
- *Discount*: presenta una quita del 66,3% que rinde un interés fijo creciente y posee capitalización en los primeros diez años. Presenta títulos en monedas euro, dólar, yen y pesos + CER¹⁶. No posee un monto mínimo para su adquisición. Finalizado el canje, fue emitido por un monto de capital de u\$s 11.900 millones. Vence el 31 de diciembre de 2033.
- *Cuasi-par*: conlleva una quita del 30,1%. Bono sólo en pesos + CER. Principalmente orientado a las AFJP y otros grandes tenedores de bonos, ya que poseía un monto mínimo para canje de u\$s 350.000. Ofrece una tasa fija del 3,31% con capitalización en los primeros diez años, y fue emitido por un total de u\$s 8.300 millones. Vence el 31 de diciembre de 2045.

¹⁶ Coeficiente de Estabilización de Referencia.

- *Par*: no presenta quita alguna. Ofrecido en monedas euro, dólar, yen y peso + CER. Con tasas crecientes que tendrían un promedio de 3,46%, sin capitalización. Durante las primeras tres semanas de canje sólo se permitió el acceso de u\$s 50.000 por tenedor, abriéndose la última semana el saldo restante disponible. Fue emitido por u\$s 15.000 millones. Vence el 31 de diciembre de 2038.

Del total de los u\$s 81.800 millones que entraron en *default* en 2001 el canje sería aceptado en un 76,15%, de modo que u\$s 62.300 millones serían cambiados por los nuevos títulos elegibles según las proporciones señaladas previamente. Con la reducción producto de la quita estos u\$s 62.300 millones se reducirían a u\$s 35.300 millones, representando una quita del 43,4%, cifra que contrasta con la quita del 70% propagandizada oficialmente. Esto se debe a que el gobierno decidió no tomar en cuenta los cerca de u\$s 20.000 millones que no ingresaron al canje¹⁷. Otro factor a tener en cuenta es que, finalizado el canje, si bien la magnitud de la deuda disminuye, su monto total se mantiene en niveles similares a los que poseía al momento del *default*, o mayor aún si se toma en cuenta la porción no ingresada a canje:

Evolución de la Deuda Pública argentina 2001-2005*
en miles de millones de dólares



*2005: incluye deuda no ingresada al canje.

Elaboración propia en base a datos Lucita, E., 2005.

¹⁷ Esta cifra también contrasta con el monto señalado por la Secretaría de Finanzas del MECON en su “Estrategia y programa financiero 2008”, que señala un total de u\$s 28.900 millones como el total de deuda no presentada al canje.

A esto se le agrega un arduo calendario de pago que implicará desembolsar más de 10.000 millones de dólares anuales en los próximos tiempos.

Con respecto a los actores afectados por el canje, debe destacarse que este ha garantizado una atención especial a las AFJP (y a través de estas al conjunto de los conglomerados financieros), grupo que durante toda la década pasada se apropió de los aportes jubilatorios que dejaba de percibir el Estado, generando un vacío importante en las cuentas fiscales, para volverle a prestar el dinero que este dejaba de percibir, pero a tasas de interés usureras. Las AFJP cumplen un fuerte rol acreedor frente al Estado, en tanto tienden a poseer aproximadamente la mitad de sus fondos invertidos en deuda pública. Propietarias del 17% de los viejos títulos de deuda, pudieron canjearlos por un bono a su medida en pesos actualizado por CER, fosilizando esta condición acreedora de las AFJP. Podría suponerse que esta medida compensa de antemano la acción estatal, desplegada en 2007, de permitir por 180 días hábiles el libre traspaso de las jubilaciones del sistema de capitalización (privado) al sistema de reparto (estatal). Esta medida, que conllevó un traspaso de dos y medio millones de jubilados al régimen estatal, permitió reforzar el superávit del ANSES¹⁸ que se derivaría en parte al pago de deuda, vía endeudamiento intra-sector público.

Por otra parte, es necesario analizar algunos **componentes clave** que incluyó el canje modificando la composición de la deuda pública argentina. En este sentido, podemos señalar dos factores novedosos: el cambio de moneda y la pesificación de la deuda, por un lado, y las Unidades Ligadas al PBI, por el otro.

Se podría entender que el hecho de que el 37% de la deuda haya quedado en pesos es un aspecto positivo, ya que comportaría mayores márgenes de libertad respecto del dólar; sin embargo, la totalidad de la deuda en pesos emitida está indexada al Coeficiente de Estabilización de Referencia (CER), coeficiente que expresa la inflación que año tras año ha rondado, según cálculos oficiales en el período de estudio, el 10% promedio anual¹⁹. De este modo la deuda se incrementa constantemente, constituyendo parte

¹⁸ Administración Nacional de Seguridad Social

¹⁹ IPC oficial: 2005 9,7%, 2006 10,9%, 2007 8,8%.

de un doble mecanismo de transferencia regresiva del ingreso: el traspaso de riquezas que implica la inflación y la carga interminable de la deuda pública. Detrás de este aspecto del canje emerge una de las causas por las que el poder ejecutivo nacional mantiene intervenido el INDEC²⁰, forzando a la baja el índice de precios al consumidor (IPC)²¹. La crisis del INDEC, iniciada con la interrupción obligada de la puesta en marcha del plan de renovación metodológica propuesto por este mismo instituto en 2004, se perpetúa a través de la manipulación deliberada de distintos indicadores con el fin de disminuir las mediciones de la inflación. Este suceso, que impacta también en otras mediciones, tales como las de las canastas respectivas para establecer las líneas de pobreza e indigencia, encuentra su principal fundamento en este componente que emerge del canje y que conlleva un aumento constante del endeudamiento público. Desde el canje hasta final de 2007, “la deuda indexada se incrementó en aproximadamente unos U\$S 15.100 millones”²².

Con el avance de las negociaciones del canje se agregaron a los nuevos bonos las Unidades Ligadas al PBI, con el fin de aumentar la adhesión de los tenedores de bonos. Estas unidades, conocidas como cupones, serían luego habilitadas para ser negociadas independientemente del bono. Los cupones otorgan dinero sólo si se cumplen determinadas condiciones: si el PBI real crece más del 3% y si supera al PBI “base”. Este PBI base se construye a partir del PBI de 2004, al que se le adiciona año a año un crecimiento de aproximadamente el 3%. Si estas pautas se cumplen, entonces el tenedor del cupón recibe un monto de pago del 5% del excedente del PBI a precios corrientes (excedente que expresa la diferencia de crecimiento entre el PBI y el PBI “base”) dividido por el tipo de cambio, con un tope máximo de 0,48 según la moneda vinculada al cupón. Esta medida, presen-

²⁰ Instituto Nacional de Estadísticas y Censos de la República Argentina.

²¹ El trabajo de Nicolás Salvatore “Argentina 2007. Tasa de inflación ¿Es realmente tan alta?”, 2008, disponible en <http://www.fisyp.org.ar/WEBFISYP/INFLACION2007.pdf> muestra la profundización de la divergencia en 2007 entre el IPC Oficial (8,8%) y el IPC de Mendoza (17,8%).

²² Viacava, Gustavo D., “Deuda pública ¿igual que en 2001?”, en *Debitum* n° 2. Auditoría General de la Nación.

tada como un incentivo para la aceptación del canje, se ha convertido en otro componente productor de mayor endeudamiento y grandes ganancias para el capital financiero. Esto se debe a que el PBI, durante el gobierno de Kirchner, ha arrojado un crecimiento aproximado del 9% anual, por lo que se aleja cada vez más del PBI base, que evoluciona según un crecimiento del 3% aproximado. Este mecanismo generó que en 2006 el Estado debiera pagar unos \$1.242 millones adicionales por el crecimiento del PBI de 2005, cifra que se duplicó en 2007, alcanzando los \$2.450 millones.

Estos componentes indexatorios de la deuda, tanto la parte en pesos + CER como los cupones de PBI, representan elementos dinámicos que impulsan el alza del endeudamiento público, perpetuando la dependencia y la transferencia de ingresos que dichos empréstitos representan. A esto se suma la capitalización de intereses que presentan tanto el bono Discount como el Cuasi-par durante los primeros diez años, que tendrán como efecto aumentar el *stock* de la deuda.

Las opciones adoptadas para la resolución del *default* nos enfrentan con un nuevo escenario. Los vencimientos de los tres títulos elegibles han permitido “patear” hacia adelante la amortización del capital de la deuda ingresada en canje entre unos 30 y 40 años. También el peso de la deuda sobre PBI ha disminuido significativamente, pasando de representar el 127% del PBI en 2004 al 74% en 2005²³. Sin embargo, hay otros elementos que deben ser traídos a discusión.

Los nuevos bonos en dólares garantizan en promedio una tasa de interés cercana al 12% anual en dólares, dos veces y media la tasa de interés internacional, mientras los títulos en pesos + CER arrojan un rendimiento aproximado del 20%.

¿Qué implicancias tiene esto? En principio constituye un impulso a la **valorización financiera**, ya que representa un negocio financiero a tasas sumamente elevadas respecto de los estándares internacionales. El canje de deuda y la perpetuación del endeudamiento como mecanismo representan la recomposición de posiciones del capital financiero respecto de la crisis que parecía amenazarlo sobre el final del modelo de la convertibilidad. No

²³ Secretaría de Finanzas. “Estrategia y Programa Financiero 2008”. MECON, 2007.

sólo se compensó al sector financiero para salvarlo del drenaje de fondos de la pesificación asimétrica que benefició principalmente a los grandes capitales del sector productivo (ya que estos son los que mayor capacidad de endeudamiento poseen por su accesibilidad al crédito), sino que incluso la quita en la deuda es la expresión de que este gobierno está dispuesto a pagar “soberanamente” todo el margen posible de la impagable deuda pública. Impagable porque hipoteca el futuro de las clases subalternas por los próximos 40 años al menos. El canje representa la cristalización de una nueva transferencia masiva de ingresos de asalariados a capitalistas, ya que recompone las relaciones en la clase dominante a costa del conjunto de la sociedad, apuntalando las ganancias de la fracción financiera de la burguesía que se había visto “perjudicada” por las características de la salida devaluacionista de la crisis de 2001.

Esto puede verse también en que “la nueva Deuda en Pesos –que configura actualmente más de la tercera parte del total– ahora está indexada por inflación (se actualiza por CER), de modo que aumenta continuamente potenciando la base de cálculo de tales intereses”²⁴. Si la inflación representa un traspaso de ingresos del conjunto de las clases subalternas a los sectores productivos y comerciales del capital, la indexación de la deuda en pesos a la inflación implica que se le garantiza a la fracción financiera del capital no perder más posiciones respecto de la fracción productiva-exportadora. Además, con respecto a los bonos no indexados a la inflación, también representa un gran negocio, principalmente a los sectores extranjeros del capital financiero, ya que, “con la virtual convertibilidad 3 a 1 es un negocio extraordinario traer dólares del exterior, pasarlos a pesos, colocarlos al 11,7% y recomprar divisas por el mismo valor de venta. Casi casi como en los 90”²⁵. Pero debe atenderse a que la virtual paridad cambiaria no sólo promueve la valorización financiera a través de los bonos en moneda extranjera, sino que los mismos bonos en pesos + CER también lo hacen en tanto han mostrado una alta rentabilidad, muy superior a la ofrecida

²⁴ Giuliano, Héctor, “La trampa de la deuda más cara”, disponible en <http://www.adiaz.com.ar/arch04/deudamascara.htm>.

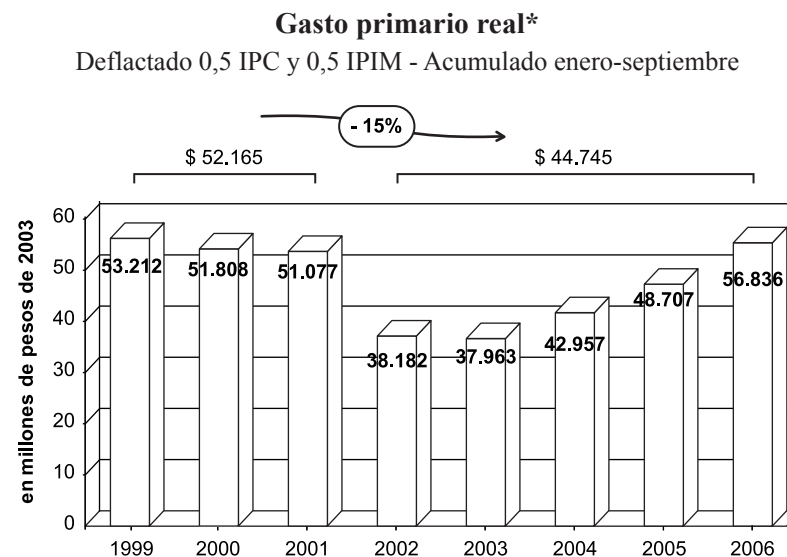
²⁵ Martínez, Oscar, “Qué esconden las emisiones”, en *IECO*, Clarín, 17/6/2007.

internacionalmente. Estos mecanismos de valorización financiera habilitan también nuevas estrategias de “bicicleta”, en tanto se convierte en un gran negocio endeudarse a bajas tasas en el exterior, ingresar dicho capital líquido en el circuito financiero local, y aprovechar la estabilidad del tipo de cambio para reconvertir en divisas dicho capital –incrementado por las altas tasas de interés locales– y alimentar el proceso de fuga de capitales.

La descarga de la deuda

Decíamos más arriba que el pago de la deuda se descarga principalmente sobre las clases subalternas; esto se debe a que el gobierno de Kirchner no parece haber priorizado los reclamos para saldar la **deuda social** que se mantiene con estas clases producto de treinta años de políticas concentradoras del ingreso. El caso particular de la deuda implica que una ingente masa de recursos obtenidos a través de los impuestos sean consolidados en superávit fiscal primario para ser destinados al pago de la deuda. Otra decisión “soberana” que responde a las exigencias de los acreedores y los organismos financieros internacionales, y que señala las implicancias de dependencia que expresa la deuda pública en tanto condicionante en materia de políticas. El superávit fiscal de entre el 3% y el 4% que se ha destinado principalmente a deuda supera a la suma de las partidas presupuestarias de Salud, Educación, Vivienda y Agua potable, es decir, el gasto social que define la calidad de vida de los sectores populares, ya que “por cada peso que se utiliza para pagar la deuda, sólo 0,75 centavos son para servicios esenciales para la comunidad”²⁶. Esta proviene en buena medida del **recorte del gasto público** que en el 2004 representó tan sólo el 15,7% del PBI, mientras que en el 2001 representaba un 19,7%. En épocas de reactivación económica, el gasto primario real promedio del período 2002-2006 representa \$ 44.745 millones, comportando un descenso del 15% del período recesivo 1999-2001, de \$ 52.165 promedio.

²⁶ Lucita, Eduardo, “Nueva reestructuración de la deuda”. En website de ARGENPRESS.info. Publicado el 28/5/2005.



* Excluye transferencias automáticas a las provincias por coparticipación, ya que dicho concepto no representa un gasto del sector público nacional.

Fuente: Ministerio de Economía

Como señala el CENDA, “comparado con el quinquenio anterior a la crisis de 2001 (excluyendo este último año), durante el período 2002-2006 el gasto total ejecutado por el sector público fue en promedio un 5,1% menor como proporción del PIB, y un 17,3% más chico en términos absolutos si se toman los valores a pesos constantes. Asimismo, en 2006 el gasto público como porcentaje del producto era todavía un 10% más bajo que en 2001.”²⁷

Esto refleja no sólo la continuidad sino la **profundización de las políticas de ajuste**, que se despliegan ahora con el objetivo de garantizar fuertes superávits fiscales, destinados principalmente al pago de la deuda. De este modo “en conjunto, para el período 2002 – 2005, los pagos netos de deuda ascendieron a \$ 57.338,6 millones; mientras el superávit primario

²⁷ CENDA, “El gasto público en la post-convertibilidad: quiebres y continuidades”, En *Notas de la Economía Argentina* n° 04, 2007.

fue de \$ 45.659,1 millones. Es decir, los pagos por deuda fueron superiores al superávit primario. Es decir, la totalidad del superávit primario alcanzado en el período, a costa del ajuste real del gasto primario, se destinó al pago de deuda”²⁸. Es en esta línea que, en el balance realizado por el Ministerio de Economía, en tiempos de Felisa Miceli, señalaba como uno de los pilares de su estrategia económica el “mantenimiento de la prudencia fiscal”, explicitando su función: “Las finanzas públicas siguen exhibiendo superávits financieros, lo que posibilita la reducción nominal de la deuda pública”²⁹.

Por otra parte, es importante señalar que los recursos que nutren el superávit fiscal que es destinado a deuda provienen de una estructura impositiva profundamente regresiva, que tiene como principal insumo al IVA, impuesto de naturaleza regresiva ya que afecta al consumidor final y posee un mayor peso relativo sobre el ingreso de los que menos tienen, y que explica cerca de un tercio de la Recaudación Tributaria Nacional en el año 2007.

Dentro del sistema tributario es posible pensar a las retenciones, que gravan a la fracción hoy más dinámica del capital (productivo-exportador), como una herramienta de armonización de las relaciones al interior de la clase dominante. Esto se encuentra justificado en que el Estado aplica un impuesto sobre el capital productivo-exportador (fracción favorecida por las condiciones de resolución de la crisis del 2001 y por la intervención del Estado, a partir de subsidios, promociones y mantenimiento del tipo de cambio competitivo) que irá a engrosar el superávit que derivará principalmente en pago de deuda. De este modo se genera una distribución “por arriba” del ingreso que apuntala las posiciones del capital financiero. A esta medida se suman los mecanismos indexatorios a crecimiento e inflación de buena parte de la deuda, posibilitando un nuevo momento de convergencia, una nueva “armonía” al interior de la clase dominante, superando, al menos

²⁸ Lozano, Claudio, Rameri, A. y Raffo, T., “Análisis y propuesta frente al presupuesto 2007” IEF-CTA. Disponible en <http://www.institutocta.org.ar/spip.php?article263>.

²⁹ Ministerio de Economía. “Lineamientos estratégicos para el desarrollo productivo de la Argentina”. 2007.

momentáneamente, las disrupciones que había conllevado la salida del modelo de la Convertibilidad.

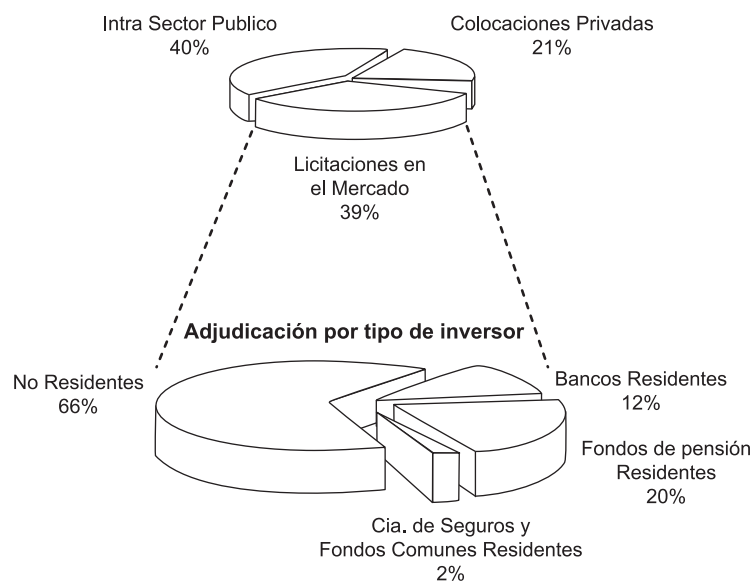
Una amenaza de las condiciones en que deja a la economía argentina este canje es que, frente a eventuales procesos de deterioro de las cuentas públicas (por ejemplo por desaceleramiento del crecimiento, caída de los términos de intercambio del comercio exterior, etc.), el superávit se reduciría, dificultando la posibilidad de afrontar el arduo cronograma de pagos de la deuda pública. La amenaza de vulnerabilidad externa se asoma también con el creciente dinamismo de las importaciones por sobre el crecimiento de las exportaciones³⁰, que podría llevar a potenciales “cuellos de botella” en el sector externo.

Un último factor fundamental que debe agregarse al análisis es que la Argentina, en contraposición con la supuesta política oficial de “desendeudamiento”, no ha dejado de endeudarse. El *stock* de deuda pública ha aumentado año a año; sin contar el monto no ingresado al canje, la deuda crece de u\$s 128.600 millones en 2005 a u\$s 136.700 en 2006, llegando a u\$s 144.700 en 2007. Pero, ¿cómo entender la continuidad del endeudamiento en el marco de una política de “desendeudamiento”? La clave explicativa se encuentra en que la resolución del *default*, si bien representó un alivio temporal del peso de la deuda sobre los indicadores macroeconómicos, no logró romper el **círculo vicioso del endeudamiento público**. La estrategia de desendeudamiento tuvo por resultado aplazar vencimientos de capital, pero impuso una pesada carga de desembolsos que amenaza superar la capacidad de pago del Estado argentino. Si bien señalábamos que el gobierno ha dedicado la mayor parte del superávit primario al pago de deuda, beneficiando al capital financiero en detrimento de la población, aún incluso con esta política de pagar todo lo que se puede pagar, se ve excedido por la abultada carga de la deuda. En 2007 se destinaron \$ 16.792 millones del presupuesto nacional al pago de deuda, partida que, por ejemplo, supera ampliamente la triplicación del presupuesto de salud

³⁰ En 2006 las importaciones mostraron un crecimiento del 5% mayor al crecimiento de las exportaciones.

de dicho año. Sin embargo, el Estado tuvo que asumir ese año pagos de deuda por u\$s 13.200 millones (nótese la diferencia mayor de 3 a 1 en el cambio peso-dólar). Si al financiamiento vía superávit primario le añadimos la emisión de deuda intra-sector público, que refiere principalmente a emisión de letras y títulos públicos al ANSES, podemos notar que el sector público sólo pudo hacer frente, con recursos propios, al 40% del financiamiento requerido para el pago de deuda. Esto implica que el 60% restante ha sido pagado con emisión de nueva deuda, tanto a través de organismos financieros como con los conglomerados financieros, entre otros, a tasas cada vez más elevadas. Esto marca la pauta fundamental de la *actualidad* de la deuda, en tanto que, a solo dos años del canje, el Estado se ve obligado a contraer más deuda de la que puede pagar, profundizando el círculo vicioso del endeudamiento público.

Distribución del financiamiento



Fuente: Secretaría de Finanzas. Ministerio de Economía.

Esto no sólo implica el fracaso de la política oficial que se ha dado en llamar de “desendeudamiento”, sino que corrobora la afirmación de que la deuda es un pasivo impagable. Si consideramos que numerosos analistas han destacado la magnitud de la quita argentina en la resolución del *default* como un caso histórico, y que el gobierno de Kirchner ha sostenido a rajatabla los criterios de superávit fiscal destinado a deuda, manteniendo el ajuste en el gasto primario real, es difícil pensar bajo qué circunstancias un país deudor podría dejar de serlo. De este modo, se hace evidente que la función de la deuda no implica que esta sea finalmente pagada, sino que el endeudamiento es un circuito en sí de transferencia de ingresos. Esta transferencia de ingresos, orientada a la concentración económica del capital financiero y a la fuga de capitales, se complementa con el mecanismo de la dependencia, en tanto los Estados deudores terminan priorizando el pago de deuda por encima de las necesidades de las clases subalternas³¹, condicionando las políticas económicas. Concentración y dependencia aparecen, entonces, como las claves explicativas que encuentran cauce a través de la valorización financiera que realiza el proceso de endeudamiento, como una arista de un proceso más general de distribución “por arriba” del ingreso.

Bibliografía:

- Agencia Interamericana de Prensa Económica. 2005. En Diario de América http://www.diariodeamerica.com/front_notas_detalle.php?id_noticia=929
- Becerra, Luis y Méndez, Andrés, “Renegociación de la deuda: un éxito demasiado caro”, en *Economistas de Izquierda n° 1*, Buenos Aires, 2005.
- Bembi, Mariela y Nemiña, Pablo, *Neoliberalismo y desendeudamiento. La relación Argentina-FMI*, Claves para todos, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2007.
- Borón, Atilio, “El nuevo orden imperial y cómo desmontarlo”, Ponencia presentada en el Foro Social Mundial el día 27 de enero de 2001.

³¹ Por ejemplo, podemos citar el aumento del 35% de la partida del presupuesto nacional destinado a deuda para 2008, presupuesto que tampoco alcanzaría a cubrir el monto total de deuda a pagar.

- Borzel, Mariano, “El manejo de la Cuenta Capital: enseñanzas recientes y desafíos para Argentina”, en *Documento de Trabajo* n° 7 del CEFIDAR (Centro de Economía y Finanzas para el desarrollo de la Argentina), diciembre de 2005.
- CENDA, “El gasto público en la post-convertibilidad: quiebres y continuidades”, en *Notas de la Economía Argentina* n° 04, 2007.
- Chomsky, Noam, “La imposición de libre mercado como misión imperial: de Reagan a Bush” [CLASE], en Curso virtual *La Economía mundial y el imperialismo*. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, setiembre 2007.
- Clarín. 23/9/2003
- Damill, Mario, Frenkel, Roberto y Rapetti, Martín, “La deuda argentina: historia, default y reestructuración”, en *CEDES* 16, 2005.
- De Arruda Sampaio, Plinio, “Imperialismo, crisis del desarrollo nacional y reversión neocolonial”. [CLASE], en Curso virtual *La Economía mundial y el imperialismo*. Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, Octubre 2007.
- Discurso de Kirchner ante la Honorable Asamblea Legislativa el día de su asunción presidencial. Disponible en la página web de la Presidencia de la Nación: www.presidencia.gov.ar/discursos.aspx.
- Giuliano, Héctor, “La trampa de la deuda más cara”, disponible en <http://www.adias.com.ar/arch04/deudamascara.htm>.
- Golla, Jorge, “Dimensión de los Conglomerados Financieros: el Caso Argentino”, en *Documento de Trabajo* n° 10 del CEFIDAR, mayo de 2006.
- Katz, Claudio, “¿Quién gana con el canje?”, en *Economistas de Izquierda n° 1*, Buenos Aires, 2005.
- Katz, Claudio, “La deuda después del default”, en *Periferias* n°12. Primer semestre de 2005.
- Lozano, Claudio, Rameri, A. y Raffo, T., “Análisis y propuesta frente al presupuesto 2007” IEF-CTA. Disponible en <http://www.institutocta.org.ar/spip.php?article263>.
- Lucita, Eduardo, “El regreso a la ‘normalidad’”, 2005. Disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=14936>.
- Lucita, Eduardo, “Nueva reestructuración de la deuda”, disponible en website de ARGENPRESS.info. Publicado el 28/5/2005.
- Martínez, Oscar, “Qué esconden las emisiones”, en *IECO*, Clarín. 17/6/2007.
- Ministerio de Economía, “Lineamientos estratégicos para el desarrollo productivo de la Argentina”. 2007.
- Salvatore, Nicolás, “Argentina 2007. Tasa de inflación ¿Es realmente tan alta?”. 2008. Disponible en <http://www.fisyp.org.ar/WEBFISYP/INFLACION2007.pdf>.
- Secretaría de Finanzas, “Estrategia y Programa Financiero 2008”. MECON, 2007.
- Viacava, Gustavo D., “Deuda pública ¿igual que en 2001?” en *Debitum* n° 2. Auditoría General de la Nación. Disponible en [Http://www.agn.gov.ar/debitum/numero_2/opinion/Estudios_Especiales_LGDV_001_2008_REVISADA.pdf](http://www.agn.gov.ar/debitum/numero_2/opinion/Estudios_Especiales_LGDV_001_2008_REVISADA.pdf).

LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DEL ESTADO. NOTAS PARA ANALIZAR LA RELACIÓN ENTRE INSTITUCIONALIDAD ESTATAL Y CONFLICTO SOCIAL

*Martín Cortés**

Presentación

Este trabajo parte de un interrogante general surgido del análisis de la relación entre movimientos sociales y Estado en la Argentina. En este caso, no desarrollaremos un estudio de tipo empírico o histórico, sino que nos remitiremos a una pregunta de orden teórico-conceptual que, de algún modo, debe antecederlo. Se trata de la necesidad de dar cuenta del Estado no como un mero conjunto de instituciones al cual se le presentan demandas determinadas (por ejemplo, de los movimientos sociales), sino más bien como una *lógica*. Esto supone acercarse a la comprensión de los modos en que el conflicto social es procesado por el Estado, no ya como un agente externo a aquél sino como su *forma institucional*. Nuestro propósito es acercarnos a los mecanismos por los cuales el Estado se erige como una generalidad que impone sus propios términos a prácticas que —en principio— le son heterogéneas. De este modo, sostendremos que todo proceso político que

* Licenciado en Ciencia Política (UBA) y docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Becario CONICET, Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (FCS-UBA) y del Departamento de Política y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación.

involucra formas de resistencia es, en última instancia, una disputa planteada *entre el rebasamiento de la institucionalidad estatal y la estatalización de la actividad social*. Desarrollar esta tensión es el objeto específico de este trabajo.

El Estado como problema teórico y político

La existencia del Estado como entidad diferenciada de la sociedad es posible en la medida en que el conflicto es parte de la misma. La violencia supone la existencia de fuerzas enfrentadas, el Estado supone la inscripción jurídica de dicho enfrentamiento. La política, de acuerdo a la fórmula en que Michel Foucault¹ invierte a Carl von Clausewitz, es la continuación de la guerra por otros medios. Este proceso (el nacimiento de la política como instancia específica) vuelve tolerable y legítima una violencia ya inscrita en lo social. Walter Benjamin² distingue entre la violencia históricamente reconocida como poder (el Estado) y la violencia no aceptada, aquella capaz de transformar, de producir nueva juridicidad. De esta manera, el Estado sanciona la violencia que no domina porque teme su carácter de creadora de derecho y fundadora de un potencial orden diferente. Buena parte de la teoría política moderna, entonces, es un “largo y prolijo ocultamiento de esta violencia como fundación y sostén del poder político”³. De esta manera, la violencia que es negada retorna concentrada en un “sujeto” específico, que es el Estado.

La relación entre violencia social y Estado no es un pacto cerrado en el origen, sino más bien una permanente disputa. Intentaremos demostrar que esa disputa, por parte del Estado, consiste en la inclusión del conflicto social dentro de sus parámetros, de manera de evitar que aquél lo exceda. Por su parte, la lucha de los sectores subalternos es un intento por trascender dicha forma y fundar nuevos modos de sociabilidad.

¹ Foucault, Michel, *Genealogía del racismo*, Buenos Aires, Altamira, 1992.

² Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán, 1995.

³ Grüner, Eduardo, *Las formas de la espada*, Buenos Aires, Colihue, 1997, pág. 38.

En el Estado moderno, la concentración de la violencia no es el único elemento que lo enfrenta a la sociedad como un órgano superior a ella. O, dicho de otra manera, aquella toma también la forma de instituciones con diversas funciones que hacen del espacio estatal el principal terreno de resolución de los conflictos de la sociedad civil. Ahora bien, por resolución no debe comprenderse el efectivo fin del conflicto, sino su transfiguración en los términos de la institucionalidad estatal. Y si esto es posible, es porque el Estado asume en las sociedades modernas un carácter *general* frente a cualquier colectivo o sujeto político, que aparece como *particular* en el seno de la sociedad civil.

Pero decíamos también que tal sociedad es una sociedad en conflicto. Entonces, ¿cuál es el proceso de constitución de un sujeto político en una sociedad en conflicto? Partimos de que es —por su naturaleza— contradictorio, ya que la subjetivación implica la sumisión a una ley que la precede (la clase obrera se subjetiva en tanto explotada) pero, al mismo tiempo, el sujeto que surge cuenta, como tal, con posibilidades de transformación del orden existente. En el caso de la sociedad capitalista, esa ley es el capital, entendido como una relación social de dominio que otorga roles que la reproducen como tal. Ahora bien, en el orden político, este dominio está mediado por el Estado, que aparecerá como un conjunto de aparatos y normas a través de las cuales los sujetos son integrados y diferenciados en un mismo movimiento. De esta manera, éste aparece en una doble dimensión, como un órgano superior a la sociedad, con capacidad de dominio sobre ella, y como un orden presente al interior de ella. Esto implica, a nuestros efectos, que el Estado está siempre presente en el conflicto social. Actúa para con él de manera visible pero también de manera imperceptible, siendo expresión institucional del mismo. Entonces, los sujetos sociales no “politizan” sus enfrentamientos sólo cuando se relacionan directamente con la disputa por el poder de Estado, sino que son expresiones ya políticas que reproducen por medio de su existencia un orden eminentemente conflictivo.

De manera que el Estado se erige como una suerte de *escenario* del conflicto social. Las peculiaridades de tal escenario son las que pretendemos analizar aquí. Pues no se trata de un mero lugar donde se desarrolla el conflicto, sino de un espacio determinante de la pugna que allí acontece.

Establece límites para su extensión, tiempos para su procesamiento y el lenguaje en que se expresa. Así arribamos a lo que podríamos denominar la dimensión *simbólica* del Estado. Esta no es una instancia diferenciada de la dimensión conflictiva –o violenta– por *esencia*, sino que es más bien un modo de expresión de ella. Consiste fundamentalmente en la capacidad de la institucionalidad estatal de proponer una forma de procesamiento determinada del conflicto, acorde con su propia textura. Tal capacidad la denominamos *institucionalización*, pero antes de explicarla más detenidamente, es necesario plantear sucintamente (I) por qué el Estado aparece del modo que lo hace y (II) qué implica la institucionalización en términos generales, vale decir, cuál es su objeto y qué características tiene su funcionamiento.

(I) Estado capitalista: relación social antagónica y forma institucional contradictoria

En primer lugar, es importante no emprender un análisis del Estado concibiéndolo como una entidad de naturaleza diferente a la sociedad en su conjunto. Por el contrario, el punto de partida debe ser su restitución en la totalidad social. Ahora bien, si se trata de restituirlo, debemos dilucidar entonces la razón por la cual esto es necesario, vale decir: ¿qué características tiene la sociedad capitalista que hacen que el Estado aparezca como una instancia diferenciada de la sociedad civil?

Son múltiples los abordajes emprendidos –a partir de la obra de Marx– para dar cuenta de ello⁴. El punto de partida es el análisis genético de las relaciones sociales capitalistas, vale decir, la pregunta por el modo en que

⁴ Ver, entre otros, Poulantzas, Nikos, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1991; Holloway, John., “Marxismo, Estado y Capital”, en *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, 1994; O’Donnell, Guillermo, “Apuntes para una Teoría del Estado”, en Oszlak, Oscar (comp.), *Teoría de la burocracia estatal*, Buenos Aires, Paidós, 1984; Thwaites Rey, Mabel, “Estado: ¿qué Estado?”, en Thwaites Rey, M. y López, A. (comp.), *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

se constituyeron tal cual se nos presentan. En ese sentido, lo distintivo del capitalismo es que es la primera sociedad donde las relaciones de dominación no son directas. Esto implica que no son relaciones inmediatas de sujeción, sino mediadas, en este caso, por el intercambio de mercancías. La dominación, al igual que en sociedades anteriores, está sustentada en la apropiación de trabajo ajeno, pero por primera vez no existe coacción al interior del proceso de trabajo para llevar adelante dicho fin.

En el capitalismo, el intercambio que se da en el plano del mercado (la venta de fuerza de trabajo) es lo que habilita la posibilidad de que la explotación acontezca en el ámbito de la producción. Ahora bien, el prerequisite para la producción capitalista es la existencia de hombres libres (vale decir, sin lazos de sujeción directa y sin medios para producir, de ahí su carácter de “doblemente libres”, tal como lo estableciera Marx) que se vean obligados a venderse como fuerza de trabajo en el mercado. Para ello es necesario un disciplinamiento tanto en un sentido “originario” (la separación entre productores y medios de producción, al estilo del célebre capítulo XXIV del primer tomo de *El Capital*) como de manera permanente (tal separación debe ser sostenida; en otros términos, debe asegurarse que los hombres acepten su condición de fuerza de trabajo y no pretendan excederla). De manera que el hecho de que no haya coacción al interior del proceso de trabajo no significa que la sociedad esté desprovista de dominación. Por el contrario, la violencia es concentrada en una instancia específica que aparece como separada del momento de la producción, pero que es tanto su requisito como su consecuencia, vale decir, es co-constitutiva. Tal instancia es el Estado. Llegados a este punto, podemos definirlo como *un aspecto de las relaciones sociales (de dominación) capitalistas*.

Toda relación de dominación es, por definición, una relación de antagonismo y, por ende, una relación inestable, atada al devenir de la propia confrontación. Por ende, el Estado es también una relación contradictoria. Para aclarar esto es necesario plantear la cuestión en términos menos abstractos. El Estado en tanto relación social aparece de manera concreta bajo la forma de *instituciones* (Aparato de Estado), las cuales dan cuenta del carácter contradictorio de la misma. Las instituciones estatales son

cristalizaciones materiales de las relaciones de fuerza a nivel social⁵. Vale decir, ellas expresan –institucionalmente, esto es, de manera refractaria y bajo una lógica determinada, *institucional*– un conflicto que las excede. El Estado aparece como una entidad exterior a la sociedad porque estas instituciones toman una forma propia, objetiva⁶, son un producto de una relación contradictoria que a la vez la niega como tal, en la medida en que se sustentan sobre la abstracción de las desigualdades reales y la producción de una igualdad formal. La abstracción es, de este modo, una abstracción real o, en otras palabras, una ilusión verdadera: no es un problema de la conciencia de los sujetos –ver o no ver al Estado por encima de la sociedad–, sino el modo en que se configura la realidad en la sociedad capitalista (el Estado aparece por encima de la sociedad).

(II) El Estado: homogeneización de lo heterogéneo

Dice Pierre Bourdieu: “...uno de los poderes mayores del Estado, el de producir y de imponer las categorías de pensamiento que aplicamos espontáneamente a cualquier cosa del mundo y al Estado mismo”⁷. Alrededor de esta sentencia puede construirse el sentido del Estado como *poder simbólico*: su capacidad de reglamentar y dirigir la actividad social, vale decir de “estatizarla”. Se produce de este modo una *manera de pensar* que determina los límites del contenido mismo del pensamiento (lo cual vale también para la práctica social en general). Lo que está por fuera, parece impensable; el Estado instituye un arbitrario cultural que termina por naturalizarse.

En el apartado anterior reseñamos brevemente las razones –de orden “material”, si puede establecerse tan sencillamente tal distinción– por las cuales el Estado *aparece* separado y por encima de la sociedad. Pues bien: en éste pretendemos dar cuenta de la fuerza simbólica que produce y repro-

⁵ Poulantzas, Nikos, Op. cit.

⁶ O’Donnell, Guillermo, Op. cit.

⁷ Bourdieu, Pierre, “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”, disponible en www.politica.com.ar/filosofia_politica/espiritus_de_estado.bourdieu.htm, pág. 1.

duce tal separación. Si, como decía Marx, el Estado es “síntesis de la sociedad civil”, lo es en la medida en que logra articular la heterogeneidad de esta en un lenguaje común, esto es, en tanto tiene capacidad de homogeneizar simbólicamente una realidad caótica (con el fin de perpetuar la dominación, claro está, pero aquí no analizamos tanto el fin como los medios y mecanismos de la dominación) que involucra voces disonantes con el orden existente.

En este sentido, Bourdieu⁸ nos recuerda que la fuerza simbólica del Estado está dada tanto en su estructura y mecanismos (su “objetividad”), como en su capacidad para producir categorías de percepción y pensamiento (su reaparición en el orden “subjetivo”). El hecho de que nuestro propio pensamiento sea *estatal* es una razón de peso para que su objetividad aparezca como un orden natural, es decir, como el único modo posible de resolución de conflictos en el orden social. De este modo, se instituye un proceso de *homogeneización* de la sociedad, un procedimiento que abona a tornar previsible sus comportamientos: no casualmente a partir de ello nacen las ciencias sociales como tales, cuestión ampliamente trabajada por Foucault. Y precisamente el concepto de *gubernamentalidad* que este autor propone es también un modo de contribuir a la comprensión del problema aquí tratado. Abstrayéndonos de la constitución histórica del mismo (de su diferencia con la soberanía y otros modos del poder), nos detenemos en su característica central: “el fin del gobierno está en las cosas que dirige, en buscar la perfección, en la intensificación de los procesos que dirige, y en los instrumentos de gobierno que, en vez de ser leyes, serán tácticas multi-formes”⁹: nace la “estadística” en el sentido etimológico de la palabra: “ciencia del Estado”.

Aunque Foucault no reduce la gubernamentalidad al Estado, sino que pone a éste como parte del entramado de aquella, esto no contradice el sentido último de la *lógica* que estamos analizando: la gubernamentalidad no es otra cosa que la homogeneización de una *población* sobre la base de

⁸ *Ibidem*, pág. 3

⁹ Foucault, Michel, “La gubernamentalidad”, en *Espacios de poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1991, pág. 19.

múltiples mecanismos. El horizonte común de estos es la *regulación* de la actividad social. Toda regulación supone una homogeneización, vale decir, la producción de un marco que contenga las acciones que se conciben como posibles; en última instancia, la demarcación simbólica de aquello que tiene *sentido* (que puede ser pensado), y aquello que no. La *lógica* estatal puede ser pensada, de este modo, como un proceso que establece los “bordes” de la actividad social: los caminos que puede tomar y, por ende, los que le están vedados.

En tal dirección se constituye lo que Bourdieu califica como un capital “propriadamente estatal”, producto de la concentración histórica de diferentes especies de capital. No es parte del objeto de este trabajo detenernos en ello, sino más bien en lo que implicó en términos de la constitución de una universalidad capaz de presentarse como superación de toda particularidad y, a partir de ello, con potestad para estructurar prácticas y representaciones sociales: “En nuestras sociedades, el Estado contribuye en una parte determinante a la producción y a la representación de los instrumentos de construcción de la realidad social. En tanto estructura organizacional e instancia reguladora de las prácticas ejerce permanentemente una acción formadora de disposiciones durables a través de todas las violencias y las disciplinas corporales y mentales que impone universalmente al conjunto de agentes”.

Institucionalización, o ¿cómo el Estado pone el conflicto en sus propios términos?

Una vez establecidas algunas delimitaciones de la relación Estado-Conflicto Social en el modo de producción capitalista, y planteados los términos generales en los cuales el Estado *uniformiza* la sociedad, el problema de la institucionalización remite a las formas concretas que ésta asume. En este apartado intentaremos desarrollar el mencionado proceso estatal de mediación del conflicto social, dando cuenta de algunos de sus fundamentos y mecanismos centrales.

Denominaremos a estos mecanismos *formas de tratamiento*, ya que, nos parece, implican centralmente un proceso que puede dividirse (analíticamente,

aunque no en el plano de lo observable) en una entrada, un tránsito y una salida, de manera que un problema presentado al Estado es, más allá de su parcial solución, siempre reconfigurado, tratado de forma tal que sus aristas más incompatibles con el orden existente sean modificadas o, en su defecto, amputadas.

El fundamento de la institucionalización lo debemos encontrar en las funciones inherentes a los aparatos de Estado. Si antes recorrimos consideraciones generales en torno al Estado como relación social constitutiva de la sociedad capitalista, aquí intentaremos trazar la especificidad de los aparatos de Estado en lo que al conflicto social refiere.

En primer lugar, podemos afirmar que los aparatos de Estado cuentan con un rol preponderante en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.¹⁰ En términos más concretos, sus funciones se orientan hacia la unificación del bloque dominante y la desorganización y división de las clases dominadas “polarizándolas hacia el bloque en el poder y cortocircuitando sus organizaciones políticas propias”.¹¹ Esta actividad propia del andamiaje estatal se sustenta en la manera en que se enfrenta con la sociedad civil. La individualización propia de las relaciones de producción capitalistas (la concepción del hombre como elemento aislado, apéndice de la maquinaria en el proceso productivo) es el elemento en donde se enraíza la materialidad del Estado. Sus aparatos son moldeados para ejercer el poder sobre un conjunto así constituido, por lo que su marco no permite reconocer otras formas. De esta manera, cumple una función permanente de fraccionamiento de lo social. Desarrollaremos luego algunos conceptos sobre la administración pública que pueden leerse como la individualización en movimiento, es decir, practicada cotidianamente por el Estado.

Goran Therborn¹² plantea este problema en términos de *canalización*. El carácter de clase inscripto en los aparatos de Estado imprime una forma

¹⁰ Althusser, Louis, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1997.

¹¹ Poulantzas, Nikos, op. cit. pág. 169.

¹² Therborn, Goran, *¿Cómo domina la clase dominante?*, México, Siglo XXI, 1997.

de mediación (no arbitraje sino ejercicio del poder de clase a través del Estado) del conflicto por medio de la cual el Estado tiende a normalizar las peticiones y protestas de las clases dominadas. Existen múltiples formas de mediación relacionadas con la capacidad del Estado de centralizar el poder de clase y, al mismo tiempo, de totalizar a todas las clases en su seno. A los efectos de nuestro trabajo, el desplazamiento o canalización aparece como la forma clave de lo que denominamos *institucionalización*. Se trata de la canalización de las demandas populares a través de instituciones y procesos que no provoquen rupturas en el orden dominante. De esta manera, se encuentran canales seguros para que las contradicciones no debiliten el dominio.

La forma propia de canalización del Estado capitalista es la constante creación de *alternativas intrasistémicas* al conflicto presentado. De esta forma, las contradicciones son transformadas hacia dilemas solubles dentro del orden existente. Este proceso no es de ninguna manera una desviación consciente por parte del Estado, sino que los propios canales institucionalizados de presentación de demandas suponen una serie de pautas siempre compatibles con el carácter de clase del Estado. Ahora bien, de lo que se trata es de canalización de energías populares, por lo que no debe concebirse a esto como un proceso cerrado. Se trata, más bien, de una permanente disputa por exceder el plano de la normalización que el aparato estatal propone.

Para desarrollar este punto, John Holloway¹³ propone una interesante relación entre ciudadanía y administración pública. La teoría y la práctica de la administración pública tienen como supuesto el concepto moderno de ciudadanía, en el sentido de la igualdad formal y la individualización antes descrita, esto es, que la sociedad es una masa de ciudadanos (abstraídos de su condición de clase). De esta manera, contribuyen al proceso de fragmentación de la lucha de clases, ya que ésta es redefinida en términos de demandas ciudadanas.

¹³ Holloway, John, "La ciudadanía y la separación de lo político y lo económico", en *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Fichas temáticas de Cuadernos del Sur, 1994.

Entonces, todas las prácticas transformadoras (se dirijan o no al Estado) son absorbidas y tratadas en estos términos. Si lo que ingresa al moderno entramado institucional es la lucha de clases, su producto principal es una masa indiferenciada de ciudadanos. De esto se trata la institucionalización del conflicto social. En el caso de cualquier conflicto puntual que plantee cuestionamientos (conscientes o no) profundos al orden existente, este verá sus aristas peligrosas amputadas y su núcleo normalizado por las diferentes dimensiones del Estado. Por caso, el sistema judicial no admite presentaciones colectivas y, si lo hace, nunca se da en términos de clase. Tan solo reconoce grupos de individuos, y no relaciones clasistas que los preceden. De la misma manera, el sistema político supone una serie de normas y procedimientos que orientan las prácticas partidarias más hacia la búsqueda de votos ciudadanos que hacia la expresión o representación de un interés de clase.

Sin embargo, el problema del tratamiento no debe reducirse solamente a las demandas que recibe el Estado sino a la forma misma en que éste concibe la problemática social. Pensemos por ejemplo en los términos de la asistencia social propios del Estado y su relación con momentos de conflicto. Es fácilmente asociable el aumento en los montos de ayuda con la multiplicación de las protestas, conflictos y activación de los sectores populares (el ejemplo más cercano y concreto quizá sea la explosión de Planes Jefas y Jefes de Hogar los primeros meses de 2002). Al margen de que todo logro siempre debe ser pensado en términos de conquista y no sólo como concesión por parte de las clases dominantes, debe resaltarse que la ayuda social supone términos que por sí mismos tienden a la desarticulación de las organizaciones propias del campo popular. En otras palabras, prácticas que muchas veces no son dirigidas hacia el Estado y que otras, si lo son, no son reductibles solamente a un problema material, son reconfiguradas en términos de medidas cuantificables de la "necesidad" (la estadística y sus instituciones –como el INDEC en el caso argentino–, entonces, suponen ya una matriz de tratamiento del conflicto social). De esta manera, la búsqueda, sin duda material y atravesada por la crisis económica, que puede trascender la inmediatez y pensarse como producción de nueva subjetividad y transformación de relaciones sociales, es reconducida hacia los términos propios del Estado.

Estos mecanismos, entonces, podrían englobarse en un doble movimiento propio de la práctica estatal, denominado por Holloway¹⁴ proceso de *Individuación-Colectivización*. El mismo consiste en la disolución de un colectivo antagonico y clasista en átomos dispersos e indiferenciados para su posterior reunificación en agrupamientos de carácter no peligroso para el orden existente (los “ciudadanos” o la “nación” pueden funcionar en este plano). El núcleo del proceso es su adaptación a los términos de la sociedad actual. Un caso –polémico– de procesos de institucionalización de esta índole está dado por el recorrido del problema de los Derechos Humanos en nuestro país. Si en los principios de los ochenta suponía una problemática radical de fuerte cuestionamiento al orden social, muchos de sus términos y organizaciones fueron decantando hacia agencias como Secretarías de Derechos Humanos (hoy presentes en casi todos los planos de gestión pública del país). Esto no supone desmerecer lo que no debe ser concebido meramente como concesión del Estado que busca aplacar una lucha antagonica, sino también como una conquista plasmada institucionalmente. En última instancia, se trata de comprender que la transformación de la institucionalidad estatal no puede ser el horizonte último de un proyecto emancipatorio, sino apenas parte de un recorrido que debe trascenderlo y plantearse en tiempos y lenguajes que se sustraigan del Estado en cuanto *lógica* de normalización –capitalista– de la actividad social.

Bibliografía

- Althusser, Louis, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en Althusser, Louis, *La filosofía como arma de la revolución*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1997.
- Benjamin, Walter, *Para una crítica de la violencia*, Buenos Aires, Leviatán, 1995.
- Bourdieu, Pierre, “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”, disponible en www.politica.com.ar/filosofia_politica/espíritus_de_estado.bourdieu.htm.
- Foucault, Michel, “La gubernamentalidad”, en *Espacios de poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1991.
- Foucault, Michel, *Genealogía del racismo*, Buenos Aires, Altamira, 1992.

- Grüner, Eduardo, *Las formas de la espada*, Buenos Aires, Colihue, 1994.
- Holloway, John, “Marxismo, Estado y Capital”, en *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Fichas temáticas de *Cuadernos del Sur*, 1994.
- Holloway John, “La ciudadanía y la separación de lo político y lo económico”, en *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Fichas temáticas de *Cuadernos del Sur*, 1994.
- O’Donnell, Guillermo, “Apuntes para una Teoría del Estado”, en Oszlak, Oscar (comp.), *Teoría de la burocracia estatal*, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- Poulantzas, Nikos, *Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI, México, 1991.
- Therborn, Goran, *¿Cómo domina la clase dominante?*, México, Siglo XXI, 1997.
- Thwaites Rey, Mabel, “Estado: ¿qué Estado?”, en Thwaites Rey, Mabel y López, Andrea (comp.), *Entre tecnócratas globalizados y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

¹⁴ Ibidem

SANGRE ROJA. UN ESTUDIO SOBRE LA TRANSMISIÓN DE LA TRADICIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO DURANTE LA DICTADURA Y LA POSDICTADURA

*Graciela Browarnik**

La tradición cultural del Partido Comunista argentino (PC), definida a partir del XVI Congreso de 1986 como “antifascista, antiimperialista, antidogmática, marxista y latinoamericanista”, ha influido en los espacios de cultura y en las prácticas de los artistas, militantes y dirigentes del área cultural del PC en lo que llamaremos “espacios de resistencia artística” durante la dictadura y la posdictadura. El papel de los artistas en la transmisión de dicha tradición es una asignatura pendiente en los estudios sobre las relaciones entre arte y política de las izquierdas en la Argentina.

Este trabajo se basa en un cruce de elementos extraídos del marco teórico sobre estética marxista y las estéticas imperantes en el período analizado, estudios sobre las relaciones entre arte y política, 40 entrevistas realizadas entre 1999 y 2007 en el marco de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, el Programa de Historia Oral del Museo Roca, el Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires y el Departamento Artístico del Centro Cultural de la Cooperación, a artistas plásticos, actores, directores de teatro, músicos y dirigentes del área de cultura del PC y otros grupos de izquierda, documentos internos del PC, publicaciones y revistas culturales.

* Historiadora. Pertenece al Programa de Historia Oral del Museo Roca y es becaria del Departamento Artístico del Centro Cultural de la Cooperación.

¿De qué hablamos cuando hablamos de tradición?

Según Raymond Williams¹, la palabra tradición es particularmente difícil de definir. Aquí la utilizaremos en el sentido de transmisión intergeneracional de símbolos, valores, códigos, sistemas de clasificación, esquemas de percepción y acción y los procesos concretos que los relacionan con las prácticas individuales y colectivas.

A partir de la transmisión sistemática de una tradición se va conformando una moral determinada. En el caso de la moral comunista, se trata del “conjunto de principios y normas de comportamiento de los constructores de la sociedad socialista y comunista”.²

¿Qué características tenía la tradición heredada, qué valores se transmitían en el Partido Comunista argentino y qué moral constituyó a partir de dicha tradición? En todo caso, ¿hablamos de una tradición homogénea o de varias tradiciones?

Este trabajo aborda el modo en que dos aspectos de una misma tradición, la stalinista propiamente dicha —es decir, el modo particular en que el PC argentino asimiló los mandatos de Stalin— y la tradición antifascista, plasmada a través de la política de frentes populares, generaron tensiones y conflictos que influyeron en las prácticas de los artistas, dirigentes del área cultural y militantes del PC durante la dictadura y posdictadura y cómo fueron progresivamente reemplazadas, al menos en los discursos públicos, por una tradición latinoamericanista fundada sobre todo en los escritos de Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.

Resulta muy difícil definir el stalinismo desde las fuentes del propio PC argentino. Intentaremos hacerlo desde fuera de ellas, para luego cruzar dichas definiciones con las surgidas a partir de las entrevistas realizadas.

En el informe secreto del XX Congreso del PCUS (1956), Nikita Krushev define el stalinismo como el “culto a la figura de Stalin y el modo en el que ese culto se convirtió en vehículo para una serie de perversiones

¹ Williams, Raymond, *Palabras Clave, un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

² Rumiantzev, A., *Comunismo científico, Diccionario*, Moscú, Progreso, 1985, p. 265.

graves de los principios del partido, de la democracia del partido y de la ley revolucionaria.”³ Incluye entre esas “perversiones” la represión masiva, primero contra los enemigos del leninismo y luego contra los comunistas honestos y los mismos cuadros del partido.

León Trotsky, en *La revolución traicionada* (escrito en 1936), describe así las prácticas stalinistas: “El partido no conocía ya la lucha de fracciones porque las divergencias de opinión se regían por la intervención mecánica de la policía política”. Se refiere también a la existencia de una “corrupción de una burocracia que escapa a todo control”.⁴

Anulación de las diferencias y de la libre interpretación, “pensamiento único” y predigerido, obediencia absoluta y burocratización de los cuadros revolucionarios son algunas características asociadas con la tradición stalinista. Pero también lo es la supervivencia de la imagen carismática de Stalin, el “gran maquinista de la historia de los pueblos”,⁵ en el imaginario de los dirigentes y militantes del PC argentino muchos años después de su muerte.

La tradición antifascista se va moldeando a partir de prácticas concretas, como el apoyo a la República Española, las acciones contra el fascismo italiano y alemán, la creación de la Liga por los Derechos del Hombre, etc. Sin embargo, el antifascismo es también una estrategia impulsada por la dirección stalinista del PCUS y de la Internacional Comunista⁶, para luchar junto a los partidos burgueses y la socialdemocracia contra el fascismo.

¿Cómo influye esta doble tradición: obediencia y falta de crítica a las acciones de la dirigencia, por un lado, antifascismo, por el otro, en el período 1974-1986?

³ Lazitch, Branko, *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*, París, Éditions du Seuil, 1976.

⁴ Trotsky, León, *La revolución traicionada*, Buenos Aires, El Yunque, 1973.

⁵ Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984, p. 140.

⁶ Véase Furet, François, *Comunismo y antifascismo. El pasado de una ilusión*. México, FCE, 1995. págs. 242-305.

Los artistas y la transmisión de la tradición en el PC argentino

Existen diversos modos de transmisión de la tradición y, por lo tanto, de los valores y prácticas asociados a ella en el PC argentino. En este trabajo diferenciaremos cuatro formas de transmisión de la tradición:

1. Transmisión intergeneracional, de padres artistas a hijos.
2. Transmisión de maestro a discípulos.
3. Transmisión desde la obra misma o por la imagen.
4. Transmisión por la vida misma del artista.

En trabajos anteriores⁷ hemos analizado el modo en que se transmitía la tradición en las familias comunistas y en grupos de pertenencia. La tradición comunista y los valores morales que ella traía aparejada se transmitían a través de múltiples senderos: objetos, lecturas, juegos, símbolos, vivencias dentro de los grupos de pertenencia e imitación de los comportamientos y rituales característicos de los funcionarios.

La transmisión intergeneracional aparece reflejada en una entrevista a Raúl Lozza, el creador del arte concreto:

“Yo llevaba una esencia, ya desde los genes, que era la rebeldía, porque mi papá era anarquista, siempre buscando una vida mejor, siempre queriendo arreglar las cosas en la sociedad. Mi papá era pintor.”

Su hijo, Arturo Lozza, nos cuenta acerca de los valores transmitidos por sus padres, ambos artistas:

“Hay una parte muy importante de mi niñez, de mi vida, que es la parte de la artística con mi padre. Mi padre fue un militante comunista desde joven. No era afiliado en aquella época, pero sí profesaba. Sí fue afiliado en la juventud, de la juventud comunista, te estoy hablando de la década del 20 en adelante.”

⁷ Véase Browarnik, Graciela, “Para ser un revolucionario. Un estudio acerca de la transmisión de la moral comunista en el Partido Comunista argentino”. *Voces Recobradas*. 16 (2003): 22-36.

Juano Villafañe, hijo de Javier Villafañe, nos cuenta cómo su padre le transmitió a través de su obra y de su vida elementos de la tradición antifascista, en el contexto de la dictadura de Onganía:

“Mi papá estuvo exiliado ya desde Onganía. Tenía un libro, un clásico de literatura infantil, que es Don Juan el Zorro: El zorro hace muchas travesuras, y en una de ellas por motivos x se muere y va a parar al infierno. Entonces, en el infierno encuentra al diablo, con todo un sistema de calderas y de lugares donde se mantienen los muertos y la penitencia, y él dijo que él realmente quiere volver a la tierra y que la situación en el infierno era un gran atraso, en relación a todo lo que era la tortura, porque en la tierra había una picana eléctrica que era mucho más práctica para poder manejar. Entonces el diablo se queda sorprendido de la novedad y entonces el cuento sigue por otro lado, producto de esa eficacia que hacía alusión a lo que se hacía acá en Argentina ya en la época de Onganía. Le censuraron el libro y no tenía trabajo en el país.”

Algunos relatos muestran la transmisión del maestro a sus discípulos. Basia Kuperman nos cuenta:

“Carlos Gorriarena, que yo lo amaba, estaba militando en el Partido Comunista y me invitó a ir al taller de Uruchúa. Y ahí era como una especie de célula. Bueno, ahí yo me sentí muy bien, íbamos una vez por semana, los sábados, había como cien personas escuchándolo.”

Algunos artistas, como Osvaldo Pugliese, por ejemplo, transmitían valores simplemente por el modo de vivir y militar. Arturo Lozza nos habla de la huelga de los cabarets, organizada por Pugliese, que dio origen al Sindicato de Músicos:

“Pugliese fue el primero que organizó la huelga de músicos en la Argentina. Primer organizador del sindicato de músicos. La primera huelga de los músicos, y si vos querés preguntar si era verdad que iba a los cabarets, sí, iba a los cabarets Osvaldo Pugliese, y hasta las putas hicieron huelga.”

¿Qué papel cumplían los artistas en la transmisión de esta tradición? En principio, debemos establecer una distinción entre referentes y artistas militantes. Los referentes eran aquellos que por su fama recibían un trato

especial. Artistas como Neruda o Siqueiros tuvieron un papel muy importante como transmisores de la tradición antifascista.

Emilia Segotta, funcionaria del área cultural del PC desde los 80, encargada de “atender”⁸ a los artistas, rescata la importancia de la tradición antifascista desde los años 30:

“Un fenómeno que enriqueció fuertemente fue la Guerra Civil Española. Lo de España fue una impronta fuertísima en la formación de los revolucionarios en Argentina y sobre todo la cantidad de artistas e intelectuales emigrados enriquecieron muchísimo la vida cultural. Ellos reivindicaron el triunfo de la guerra, de la Segunda Guerra Mundial, el triunfo antifascista de la Segunda Guerra Mundial. Y eso da una base de amplitud de pertenencia al Partido Comunista en amplias generaciones de artistas e intelectuales, que era la lucha por la paz como impronta fundamental y el antifascismo.”

Raúl Serrano reflexiona sobre la importancia de los referentes:

“A mí, seguramente, me afiliaron Picasso, Neruda y Brecht, porque eran tres enormes artistas, cuya obra tenía una influencia notoria en lo que ocurría en el mundo, y juntaban esta calidad artística con la militante.”

A su vez, para Manuel Santos Iñurreta (30 años, actor, militante del PC), el ejemplo de Raúl Serrano, a un tiempo como referente y como militante, fue fundamental:

“El vínculo con Serrano fue muy... por la concepción que él tiene en relación al teatro y... yo no lo tuve a él como maestro de teatro, fue un acercamiento específico por el trabajo acá, en el Centro Cultural (de la Cooperación), de discutir criterios, programación, en sus palabras hay una posición, y desde el vínculo, desde el afecto, empezamos a tener diálogos de otras cosas...”

Manuel Santos Iñurreta también destaca la Guerra Civil Española como símbolo de la lucha antifascista:

⁸ “Atender” significaba mantenerlos contactados sin necesidad de concurrir a las reuniones, llevarles el periódico, etcétera.

“La Guerra Civil Española es algo que a uno lo conmueve, lo conmueve sobremanera, y uno no entiende bien por qué tanto. Tal vez porque uno viene de ese palo... Uno descubre a Miguel Hernández, a Machado y uno empieza a descubrir. ¡Mirá cómo pensaban estos tipos en aquella época! González Tuñón y tantos otros...”

Al mismo tiempo, Manuel se convierte en referente de sus discípulos:

“El grupo original del Bachin somos cuatro, afiliados al Partido. Hay otros, alumnos, que se van acercando al arte y se van acercando al Partido. El ejemplo y el afecto es la mejor manera. La otra vez hablábamos con Raúl (Serrano) y decíamos: esto no es por afiliarse, afiliarte al Partido no es por violación.”

Para Arturo Lozza, la participación en la lucha antifascista había sido un espacio para la transmisión de valores:

“Me acuerdo que las reuniones se interrumpían para salir en manifestación a las calles contra el fascismo, y salían a la calle los artistas a participar de todas esas manifestaciones. Cuando cayó París en manos de los aliados se formó una gran manifestación espontánea en el Obelisco y mis padres salieron a manifestar en las calles, y yo quedé en casa con otro grupo de intelectuales que había ahí, pero yo salí a la calle igual. Vivíamos en un departamento en un 5° piso, bajé por el ascensor y pasaba la manifestación y la caballería de policías y yo me subí arriba del techo de un auto, tenía 6 o 7 años, y empecé a gritar y ahí fue cuando me llevaron preso por primera vez. Me agarró la cana. ‘¿Con quién estás?’. ‘Con nadie’. ‘¿Dónde vivís?’. La cuestión es que la cana subió conmigo al departamento donde estaba todo el movimiento de arte concreto, menos mi padre y otros que habían salido a manifestar, y claro, la cana venía dispuesta a dar un gran sermón seguramente de por qué dejan a los chicos solos en la calle, y cuando tocaron y me vieron entrar a mí y a la policía, te das cuenta la reacción de los intelectuales.”

El partido no era ajeno a la transmisión de la tradición stalinista entre los artistas. Existían numerosas formas de control sobre lo que se transmitía. Arturo Lozza cuenta que la tradición antifascista y una concepción revolucionaria del arte chocarían con las concepciones stalinistas del realismo soviético:

“Mi padre venía de trabajar la solidaridad con la España republicana, era dibujante de diarios de la prensa comunista y fue parte de un gran movimiento de transgresores en el arte, los cuales querían romper con las reglas tradicionales, así como eran las grandes rebeldías de la intelectualidad contra los cánones que la burguesía imponía en el arte. Especialmente buscaban nuevas formas, nuevos espacios en los cuales encontrar la belleza. Si bien se formaban como pintores figurativos y todo esto, ya empezaban a buscar otras maneras de expresión. Y fue así que mi padre integró y fue uno de los grandes mentores del movimiento de arte concreto e invención en la década del 40. (...)

En mi casa se hacían los grandes debates del mundo del arte de aquella época, ahí conocí a grandísimas personalidades de la vida cultural argentina. Yo era un pendejo, ni me daba cuenta de lo que estaba pasando a mi alrededor. Después cuando fui madurando me fui dando cuenta de la importancia de aquellos debates. (...)

Te quiero recalcar que en aquella época eran todos comunistas, casi todos los que venían a casa, todos los grandes artistas. Era la época inicial de Berni, Castagnino. Ellos eran del arte figurativo. Estos eran arte concreto. Eran amigos hasta el extremo. Todo este movimiento parte de una publicación primera que se llamaba Contrapunto, en la cual participaba mi papá y todos los otros miembros de arte concreto, pero también estaba Berni, Castagnino, Buttler, estaban otros artistas, Del Prete.”

Arturo Lozza cuenta que algunos artistas se oponían a los mandatos del stalinismo:

“Te quiero decir que en aquellos años ya ese gran movimiento de rebeldía se oponía a todas aquellas corrientes stalinistas que en materia cultural querían imponerse al partido, y que se imponían verdaderamente a través de la comisión de cultura de aquellas épocas, siempre con la incidencia de muchas figuras notables de la cultura que seguían siendo comunistas pero no estaban de acuerdo con el realismo socialista, que se imponía desde la Unión Soviética, donde decían que era un arte degenerado y que no era proletario todo lo que significara que no fuera figurativo y que no tuviera un mensaje expreso o a favor de la clase proletaria. Las posiciones sectarias, el hablar sin pensar, la falta de ideas, la falta de audacia, el conservatismo que impregnó durante la época del stalinismo fue una gran desgracia que tuvimos en el partido.”

Sin embargo, no siempre se reconocía el papel de los artistas en ese sentido. Julio Gambina nos cuenta:

“Siempre había artistas. El artista adornaba los actos. Tejada Gómez, Hamlet Lima Quintana. No eran lo importante del acto. Y la gente, nosotros los militantes, no íbamos a los actos porque iba tal artista.”

Juano Villafañe también afirma:

“En general había una tendencia a considerar a los artistas solo como productores del ocio creativo, solo productores de espectáculos, o de imágenes o de metáforas. Y en ese lugar tenían asignado un rol mucho más preponderante y a la posibilidad que podía generar en todo caso, en el campo crítico o en el campo intelectual. Y quizás la limitación que hubo en un momento fue de considerar a los artistas como parte de la ornamentación de la política y no tanto como una función específica.”

En el relato de Basia Kuperman podemos ver el papel que el partido asignaba a los artistas:

“Antes del 80. Que me acuerdo que yo lo discutí mucho. Yo estaba en la comisión de artistas plásticos con Carlos Alonso. Y cuando él no venía a las reuniones, lo criticaban. Entonces yo dije ‘Mirá, Carlos Alonso en este momento está pintando. Yo lo felicito, porque eso es su trabajo. Así que no lo critiquen, porque él pelea con su obra’.”

El artista militante partidario debía cumplir con ciertas obligaciones, entre las que estaban la concurrencia a reuniones, la venta de publicaciones, la realización de recitales y la donación de obras:

“Yo repartía *Cuadernos de Cultura*⁹ a cuarenta artistas. Cuando aumentó de precio, el partido no tenía un mango, entonces yo dije ‘Bueno, vamos a repartir veinte, que está el doble de trabajo, y lo comparten’. Y no sabés cómo me criticaron. Entonces yo dije ‘¿Ustedes, qué quieren, que el material se lea o se venda?’ ‘¡Pero cómo plantea semejante cosa!’ ‘Porque es así, yo no entiendo la filosofía esta. A mí me parece que lo

⁹ Publicación cultural del PC argentino, dirigida por Héctor P. Agosti.

que hay que hacer es aclarar la mente, no alimentar económicamente un movimiento; es importante, pero no es esta la forma.’ Bueno, todas esas cosas fueron distanciando. Cada tanto nos pedían un cuadro para rifar, para estas cosas que daban para gente carenciada, etc. Que no sé si después se hizo realmente eso, porque después uno descubre que los trabajos de uno, que uno donaba, iban a parar a casa de funcionarios. Entonces los artistas plásticos empezaron a tomar partido y dijeron ‘Nunca más el artista dona. Puede dar un cuadro, pero aunque sea quedarse con un 30% de la venta, para que se vea que se vendió. Y que se done el 70. Pero donación total no’.”

Por otro lado, el partido ejercía un fuerte control sobre las expresiones de sus artistas. Basia Kuperman recuerda:

“Un día Leonardo Paso¹⁰ me citó a su consultorio, porque era dentista, para que le dijera quiénes eran los que pensaban en contra. Yo le dije ‘Discúlpeme, Leonardo, me parece que se confundió. Porque esto quiero que me lo plantee en una reunión con todos los artistas plásticos. Yo ese papel no lo hago. Además, yo también pienso como los demás’. Bueno, no dijo más nada, y nos empezaron a ignorar. Igual también yo cuestioné material del partido que me pareció pesadísimo, la gente ni lo leía. Después me cuestionaron.”

De la “Carta a mis camaradas” a “Palomas y halcones”

El 11 de noviembre de 1973 se conoció la renuncia como miembro del Partido Comunista de Ernesto Giudici. Esta renuncia marcó el comienzo de una crisis que finalizaría con el XVI Congreso en 1986. Giudici había sido durante 35 años miembro del Comité Central y apoderado del PC. Se había afiliado cuando Stalin estaba en el poder y había llegado al Comité Central durante el período stalinista. Sin embargo, Giudici renunció formulando un reclamo: la necesidad del debate político, la aceptación de las diferencias.

¹⁰ Leonardo Paso hacía las veces de intermediario entre los artistas y Héctor P. Agosti en la Comisión de Cultura.

Señalaba que su planteo “está en la línea de la verdadera y honrosa tradición revolucionaria.”¹¹

Julio Gambina nos explica el modo en que esta carta influyó en el movimiento que después convocaría al XVI Congreso:

“*Carta a mis camaradas*, que es el libro de Ernesto Giudici que vale la pena que lo veas, él con ese libro/carta, se había separado del PC y había hecho muchas denuncias. Es muy importante ese libro porque te diría que ahí están los elementos principales del movimiento político-ideológico que luego produce el XVI Congreso. Si uno quiere decir ‘¿Dónde está el antecedente del XVI Congreso?’, en lo que anticipaba, ya en el 73, Ernesto Giudici.”

Casi tres años después, el 8 de mayo de 1976, Orestes Ghioldi, importante dirigente del PC argentino, publicaba un folleto titulado “Democracia renovada o pinochetismo”.¹² En él llamaba a formar un “gobierno cívico-militar de amplia coalición democrática”, lo que implicaba apoyar a la dictadura de Jorge Rafael Videla, instaurada el 24 de marzo de ese año. El texto afirmaba que existían dos grupos diferenciados entre los militares: un sector “nacionalista democrático” y otro al que llama “pinochetista”, que representaría un mayor viraje a la derecha de las fuerzas armadas. Videla, según Orestes Ghioldi, pertenecía al primero de estos sectores. Esta distinción marcaría las orientaciones del Comité Central del PC durante la dictadura, cuyo cuestionamiento sería parte del replanteo expresado en el XVI Congreso partidario.

¿De qué modo influyó la doble tradición stalinista y antifascista en la toma de posición frente a los mandatos del Comité Central del PC?

Algunos, como el entrevistado anónimo N. de 42 años, ex militante de la Federación Juvenil Comunista,¹³ aceptaban sin discutir las disposiciones del Comité Central:

¹¹ Giudici, Ernesto, *Carta a mis camaradas*, Buenos Aires, Granica, 1973.

¹² Ghioldi, Orestes, *Democracia renovada o pinochetismo*, Buenos Aires, edición del autor, 1976.

¹³ Entrevista realizada en el marco del Programa de Historia Oral del Museo Roca.

“En esa época, en el PC decían lo siguiente: hay dos sectores de los militares, Videla no es el peor. Por un lado están los pinochetistas: en la Marina y en el Ejército, con Benjamín Menéndez, y por otro lado Videla, Viola y otra gente que no se ve, pero que está por debajo de Videla, que se opone a Martínez de Hoz y que podría llegar a dar lugar a una apertura democrática. Entonces se trata de enfrentar a los sectores pinochetistas tratando de producir algún tipo de fractura en el Ejército.”

Algunos entrevistados hablan de la posibilidad de sobrevivir a la represión dictatorial al ser miembro del PC, aunque otros la ponen en duda. Julio Gambina afirma:

“El PC decía en la instrucción a los militantes que si alguien caía detenido se tenía que decir que era del Partido Comunista. Porque la posición pública del Partido era contra la guerrilla.”

Horacio López agrega:

“Porque te venían los informes y te bajaban eso: ‘Hay un sector democrático que hay que apoyar’. Después, la práctica, ¿qué te indicaba? Que no era así. Yo eso lo sufrí en carne propia, a mí y a mi compañera, once fuimos de Bahía, en una noche nos levantan, nos secuestran, el Ejército. Allá, en Bahía Blanca, era un lugar de concentración militar impresionante, a nosotros nos levanta el Ejército. Y no solamente a nosotros, se hace una redada muy grande, en dos o tres días levantan a los montoneros, a todos los militantes de izquierda. Nosotros estábamos adentro, en un centro clandestino que se llamaba La Escuelita, y el Partido de Bahía Blanca saca un volante denunciando el secuestro y exigiéndole a las fuerzas armadas nuestra liberación. Un compañero viene, en una reunión en Buenos Aires, y trae ese volante. Y lo agarra Arnedo Álvarez¹⁴ y lo caga a pedos. Y dice ‘¡Esto es una barbaridad, cómo van a denunciar así públicamente a los militares!’ y le exige que se saque de circulación el volante. Cosa que no hicieron los compañeros. Entonces te das cuenta que esas contradicciones existían.”

¹⁴ Gerónimo Arnedo Álvarez, dirigente histórico del PC argentino; fue secretario general del partido hasta su muerte en 1980.

Esa fue una etapa corta, pero todos los comunistas que fuimos secuestrados salimos en libertad.”

Horacio López, al igual que muchos de los entrevistados, cuenta haber sido liberado por pertenecer al PC:

“Ellos nos dijeron, yo creo que algo de eso hay, cuando nos liberan nos dicen ‘Bueno, ahora estamos concentrados contra los montos y el ERP, los vamos a hacer mierda a ellos. Cuando terminemos con ellos, nos vamos a dedicar a ustedes’. Así nos dijeron cuando nos largaron. Y efectivamente fue así. De los montoneros (de Bahía Blanca) no se salvó ninguno, los limpiaron a todos.

Pienso que por ahí podía ser que hubo personajes en el seno de las fuerzas armadas, que los tipos habrán dicho ‘Bueno, a estos dejá, si estos no nos atacan a nosotros no desperdiciemos nuestros esfuerzos con estos, démosles a los que están en la pesada, en la guerrilla’. Ellos eran y son anticomunistas.”

Otros entrevistados dan cuenta de las disidencias y las discusiones entre las bases y sus dirigentes, en torno al apoyo a la dictadura en momentos en que un número importante de militantes del PC era secuestrado y desaparecido por la represión.¹⁵

Algunos entrevistados, como Arturo Lozza, dan cuenta de las acciones relacionadas con la defensa de los derechos humanos durante la dictadura por parte de militantes del PC:

“Yo era el encargado de la redacción, y de atender Radio Moscú y de pasar información de todos los compañeros. Radio Moscú se escuchaba desde todo el mundo, y desde Radio Moscú se enteraban de las desapariciones y de lo que estaba sucediendo realmente en Argentina, más allá de toda la censura militar que había al respecto.”

Algunos entrevistados tienen una visión particular sobre los desaparecidos, a los que asocian con Montoneros o el ERP, desconociendo la existencia de desaparecidos comunistas.

¹⁵ Las listas elaboradas por los abogados apoderados del PC incluyen más de 200 militantes desaparecidos, pero es posible que su número sea mayor.

El entrevistado anónimo S. de 47 años, ex militante de la Federación Juvenil Comunista, afirma:

“Con respecto a los desaparecidos, lo que pasa es que yo nunca pensé que eran desaparecidos, yo pensaba, bueno, que tal... había caído en acción, a fulano lo mataron y no lo dicen, lo que yo no sabía, es que a alguien lo podían tener encerrado seis meses en un campo de tortura. Yo calculaba que cuando un tipo no aparecía más, era porque lo habían bajado, y eran las reglas del juego.”

La realidad era otra. Carlos Loza, ex militante de la Federación Juvenil Comunista y ex detenido desaparecido de la ESMA, nos cuenta:

“Cuando comencé a trabajar en el puerto comienzo a tener vinculación con la gente de la izquierda del peronismo, especialmente con la gente de la JTP de Montoneros, con quienes trabajábamos en conjunto, fijábamos posiciones comunes, íbamos a los plenarios y asambleas y ganábamos en esas posiciones, algunas muy duras con enfrentamientos con la derecha sindical, con la derecha peronista burocrática y en contra de la conducción del gremio que era la Unión Ferroviaria en ese momento. Se produce el golpe de Estado y es descabezada toda la conducción. Yo seguí militando y estuve desaparecido en la ESMA. Yo creo que si me salvé fue porque ellos sabían que yo era del PC.”

Espacios de resistencia

El 24 de marzo de 1976, David Lewelyn estaba al frente de la Asociación Argentina de Actores. Hasta ese momento, la célula de actores del PC reunía 100 miembros. Algunos artistas comunistas desaparecieron, otros partieron al exilio o abandonaron la militancia decepcionados por las posturas de la dirigencia. Otros se quedaron en el país y participaron junto con otros artistas de izquierda en diferentes espacios de resistencia.

El martes 28 de julio de 1981, en el Teatro del Picadero, el actor Jorge Rivera López, presidente de la Asociación Argentina de Actores por aquel

entonces, inauguró el ciclo *Teatro Abierto*. Una semana después, un comando ligado a la dictadura incendió las instalaciones de la sala.

Teatro Abierto fue un movimiento de los artistas teatrales de Buenos Aires que surgió en 1981 y dejó de funcionar en 1985, después de recuperada la democracia. Nació por el impulso de un grupo de autores dispuestos a reafirmar la existencia de la dramaturgia argentina, aislada por la censura.

Cuando se le pregunta a Raúl Serrano acerca de la participación del PC en *Teatro Abierto* responde:

“El Partido participó, fundamentalmente, a través mío. Pero en esa época también estaba en el Partido Rubens Correa. El primer *Teatro Abierto* fue en el año '79. En el año '78 o '77, nos reunió Dragún (primero se habían reunido un grupo en la casa de Gorostiza, y después nos reunió un grupo un poco más grande en Argentores). Entonces, *Teatro Abierto* fue, en realidad, la respuesta a Alezzo. Porque Agustín Alezzo había dicho que no había autores nacionales, que él ponía obras extranjeras en el San Martín porque no había autores nacionales. Entonces, Dragún dijo: ‘Tenemos que contestarle’; y lanzó una idea que a mí, particularmente, me pareció totalmente irrealizable, en plena época de dictadura, es decir: siete días con tres autores cada día, con tres directores cada día, y mezclando en los elencos desde grandes figuras hasta alumnos de teatro. No íbamos a decir que no... Los comunistas siempre estuvimos en todos los proyectos anti-dictatoriales, y particularmente ese, y estuvimos desde el principio. Estuve yo, en la dirección, y Rubens también, en la dirección de *Teatro Abierto*, y... Bueno, cuando salió nunca pensamos, nadie pensó, que iba a tener el eco que tuvo.”

En realidad, este no fue el único ni el primer espacio de resistencia cultural durante la dictadura. Peñas musicales y literarias, revistas culturales “subterráneas”, recitales de poesía, las *Jornadas del Color y de la Forma* y el *Encuentro de las Artes* (organizado por artistas del Partido Socialista de los Trabajadores [PST] y en el que participaron algunos artistas vinculados al PC) pueden considerarse como antecedentes de *Teatro Abierto*.

Magdalena Brumana, organizadora del *Encuentro de las Artes* y militante del PST, da cuenta de la formación de grupos de artistas que deciden resistir más allá de las políticas de sus propios partidos:

“Había un montón de intelectuales artistas que no eran ni peronistas ni PC, que buscaban la libertad total en el arte, entonces, encontrar que alguien lo nombrara y que coincidieran con sus ideas políticas de que querían hacer algo nuevo. Estaban Pavlovsky, Susana Torres Molina, Soledad Silveyra.

El Encuentro de las Artes fue como el embrión de esto, ¿por qué?, porque fue en el año 80, 79-80, que era el final de la dictadura.”

En su entrevista coloca como ejemplo de esto a Inda Ledesma:

“Visitamos a Inda Ledesma que era del PC, y nos atendía y nos servía té, galletitas, porque ella amaba a los militantes, no le importaba de qué lugar fueran y le parecía muy importante lo que hacían, una tipa muy valiosa. Ella decía: ‘Yo estoy dispuesta a hacer algo con ustedes, porque, bueno, mi partido no está haciendo, yo no dejo de saber que sí, pero me parece que lo que ustedes hacen es muy razonable, son muy combativos pero razonables o combativos y razonables, es decir, que a mí me da seguridad que no van a hacer una cosa petardista, sino de reflexión, pero además yo quiero hacer algo’. Lo mismo Roberto Cossa y Osvaldo Dragún...”

Entre la “marea alfonsinista” y el Frente del Pueblo

La vuelta a la democracia encontró al PC frente a una nueva crisis. Por un lado, muchos militantes –artistas o no– se habían ido decepcionados por su política respecto de los militares. Por otro, en las elecciones de diciembre de 1983, tras levantar inicialmente una fórmula propia (integrada por dos dirigentes históricos del PC, Rubens Iscaro e Irene Rodríguez), el PC finalmente había decidido apoyar al candidato del peronismo, Ítalo Luder. Muchos afiliados decidieron desobedecer los mandatos del partido.

Julio Gambina nos cuenta:

“El primer dato fue cuando el escrutinio del 83. Cuando se cuentan los votos y el PC saca menos votos, y yo no me acuerdo bien los números, pero creo que se hablaba que había 200.000 afiliados al PC y la elección dio menos de 200.000. Fue un baldazo de agua fría. Y entonces empezó una discusión muy grande.”

Muchos afiliados, entre ellos algunos artistas referentes, notoriamente apoyaron la fórmula encabezada por Raúl Alfonsín, cuyo discurso de campaña apuntaba al “restablecimiento democrático” de la Argentina. La “marea alfonsinista”¹⁶ en capas medias de la población tuvo un fuerte impacto entre artistas e intelectuales. Horacio López nos habla del modo en que algunos referentes se adecuaban a los vaivenes políticos de acuerdo a su conveniencia:

“Vos, en la década del 50, 60, 70, era raro encontrar algún artista o intelectual que no fuese comunista o de izquierda. Después, con todas las crisis y con la implantación del neoliberalismo, y con el individualismo extremo y demás, todos esos quiebres, los intelectuales dispararon y algunos se hicieron pro neoliberalismo.”

Jorge Testero afirma:

“Mercedes Sosa, Horacio Guarani, César Isella, digamos, y los pintores. Se sentían cómodos en esa parte. Pero cuando el Partido hace un giro a la izquierda, se empiezan a sentir incómodos, sobre todo después de que viene Alfonsín y corta todo ese espacio. Después se empiezan a ir, porque empiezan a ser influenciados, Víctor Heredia, qué sé yo, por Alfonsín.”

Mientras tanto, dentro del PC comienzan a emerger algunos actos de rebeldía. Julio Gambina nos cuenta:

“Uno de los principales dirigentes obreros, que ya no era obrero, era funcionario del Partido, era Rubens Iscaro. Y el 1º de mayo del 84, en un acto que yo no estuve pero que fue muy comentado, fue silbado. Nunca se había silbado a un dirigente del PC. Fue abucheado. Empezó a darse un descontento en el PC. Te diría que en el 82, 83, 84 son años de descontento del PC. Y en el 85, vos recién decías ‘¿cómo fue?’. Yo creo que el punto que disparó todo fue en el 85 la dirección de la juventud comunista. Echegaray propone hacer un acto de homenaje al Che en Rosario. Debe haber sido un 8 de octubre del 85. Fue un acto en la calle, en la plaza, por supuesto, en Rosario.

¹⁶ La expresión surge de entrevistas y charlas con militantes de izquierda de entonces.

Fue muy importante porque fue un hecho simbólico. Pero hay otro hecho simbólico del mismo año. Bueno en el 84 fue la silbatina a Iscaro, y el acto del Che no estoy claro si fue en el 84 o en el 85. Ya estamos acá en Argentina en el 85. Estamos a veinte años del Che guerrillero, fusilado, asesinado. Pero bueno, siempre es mejor tarde que nunca.”

A fines de 1985, el PC, el MAS, algunos militantes del peronismo y de otros partidos forman el Frente del Pueblo, una alianza para las elecciones legislativas del 3 de noviembre de ese año. El acuerdo aparece asociado a varios intentos de encuentro entre el Frente de Artistas del MAS y los artistas del PC.

Julio Gambina nos cuenta:

“Pero en el 85 también el otro gran acto es el de la alianza con el MAS. Se forma el frente con el MAS y sectores de izquierda. Se forma el Frente del Pueblo. Un PC que empieza a hacer un acto con el Che, público, en la calle. Que hace una alianza con los trotskistas, los enemigos de toda la vida. Eso fue una sorpresa mundial, casi nadie se lo esperaba.”

Entre los candidatos del Frente del Pueblo encontramos artistas como Osvaldo Pugliese y Eduardo Pavlovsky y la adhesión de Mercedes Sosa, Horacio Guaraní, Inda Ledesma, Manuel Callau, Osvaldo Dragún, Fito Páez, Armando Tejada Gómez, entre otros.

El Frente del Pueblo se rompería en 1987, producto de las diferentes posiciones asumidas por el PC y el MAS en la resolución de la crisis de Semana Santa, durante el primer levantamiento “carapintada”. Sin embargo, un nuevo acuerdo electoral los tendría como protagonistas a partir de 1989, en Izquierda Unida.

El viraje

Desde aquella “Carta a mis camaradas” de Guidici habían comenzado a aparecer algunas tensiones en el Partido Comunista argentino que culminarían en el “viraje” del XVI Congreso en 1986.

Patricio Echegaray, uno de los líderes visibles del viraje, expresa en una escuela nacional de cuadros posterior al XVI Congreso¹⁷:

“Para hacer virar la cultura revolucionaria y la izquierda en la Argentina, era imprescindible cambiar y hacer virar al Partido Comunista. Cuando nosotros empezamos el proceso del XVI Congreso estábamos saliendo de la dictadura y teníamos la visión de una derrota nacional. El viraje surge con un gran empuje de salir de enfoques de carácter reformista socialdemócrata y pasar a enfoques revolucionarios que nos permitieran aportar a la ofensiva que se visualizaba con el triunfo sandinista de 1979, la ofensiva de los salvadoreños, de los chilenos, etcétera, etcétera.”

Athos Fava, otra de las cabezas visibles del viraje, dice en la introducción del informe del Comité Central al XVI Congreso del PC argentino, el 4 de noviembre de 1986:

“Somos una de las fuerzas que luchó con más tesón contra la dictadura genocida.”

¿Qué cambió desde aquel análisis de Orestes Ghioldi en 1976, llamando a la formación de un frente cívico-militar? Para algunos, fue un cambio generacional. Horacio López afirma:

“Sí, el XVI Congreso fue en el 86. En el XVII Congreso, que fue en el 90, me acuerdo que lo hicimos en el estadio de All Boys, vino una delegación de rusos, del PCUS, pero estaban en el 90, en el 91 se cae la Unión Soviética. Entonces, los tipos se mandan un discurso, ya completamente reforma, reforma socialdemócrata, y muchos los entramos a silbar, y me acuerdo las caras de espanto de los veteranos camaradas que no podían concebir que los estuviéramos silbando a los soviéticos y nos venían a increpar: ‘¿Cómo los van a silbar a los camaradas soviéticos?’. Pero te mostraba también una dicotomía, en esto del viraje en unidad. Después, cuando se derrumba la URSS, se derrumban ellos.”

¹⁷ “Sobre el viraje del Partido Comunista. Intervención de Patricio Echegaray en la Escuela Nacional de Cuadros” (febrero de 2000). Documento interno del PC argentino, folleto sin indicar lugar ni fecha de edición.

Horacio López también señala el fin de la tradición stalinista de obediencia ciega:

“Y con el stalinismo, claro, ¿quién iba a criticar a Stalin, o a ese fenómeno? Eso también marcó mucho, porque en realidad, y no era solamente el stanilismo sino una forma de concebir la política partidaria, por eso yo te hablaba al comienzo de la infalibilidad de los cuadros superiores, es decir, quien era secretario del Partido no se iba a equivocar nunca y uno lo seguía como un burrito detrás. Yo creo que el fenómeno del stanilismo a nivel mundial tuvo mucho de eso. De esa construcción verticalista y de secta, de fundamentalismo, es decir, seguir a ciegas sin cuestionar las directivas que venían de arriba. El XVI Congreso, en ese sentido, fue una bocanada de aire fresco en un sentido democratizador.”

Para otros, como Julio Gambina, era una cuestión de clase:

“Entonces, ahí hay como una cuestión de clase. ¿Porque en qué se había convertido el PC en el comienzo de los 80? El PC era una organización básicamente de capas medias y de intelectuales. Entonces, era el partido de la clase obrera, pero no tenía obreros.”

Para Arturo Lozza, se trataba de la recuperación de la herencia revolucionaria a partir del reconocimiento de nuevas tradiciones:

“Si el Che Guevara nos dejó su herencia, ha sido una herencia de romanticismo revolucionario, de mística revolucionaria y de trabajo con la conciencia revolucionaria. Decimos que somos guevaristas, el Che y todo eso, pero seguimos encerrados en estructuras y modalidades que ya no se adaptan a los nuevos momentos que vive la revolución en América Latina.”

Para Julio Gambina, la discusión se generó a partir de las críticas a la posición del PC durante la dictadura:

“Así empezó el XVI Congreso: Fue una crítica a la posición del PC en la dictadura militar. Pero cuando se destapó la caja de Pandora, lo que empezó siendo una crítica y una autocrítica de la posición del PC ante la dictadura militar, empezás a mirar para atrás y decís ‘¿Por qué el error?’ Porque lo que se planteó fue que el PC había cometido groseros errores. Había tenido una deformación en su política. Un partido de la clase obre-

ra revolucionaria, que uno pretendía, había tenido una posición oportunista de derecha. (...) No había sido una posición traidora, porque no había tenido complicidad con la dictadura. Después hay muchas cosas en el imaginario que se dicen que son tonteras, porque el PC no tuvo ningún ministro, ningún intendente... Al contrario, el PC luchó. Tuvo asesinados, encarcelados, represaliados, sufrió todas las consecuencias de cualquier organización política de izquierda. El XVI Congreso es una reinserción del Partido Comunista en el camino de la revolución.”

Horacio López va más allá, expresando la nueva línea cultural del PC que ya no habla de intelectuales y artistas comunistas sino de la izquierda del futuro y del socialismo del siglo XXI, un socialismo a construir y a definir:

“Tenemos que contribuir a formar a los nuevos intelectuales de izquierda del futuro, porque no existe. Vos agarrás hoy en día, y el que lo es, no tiene dónde manifestarlo. Entonces, eso te muestra una crisis en el campo de la intelectualidad y en el campo artístico, terrible. Y este partido tenía pilas de artistas intelectuales. Y además, se venía de una tradición. Si vos te ponés a pensar todas las luchas antifascistas, la creación de los frentes antifascistas...”

En suma, la pérdida de una tradición y la reinención de otra.

Cuando se le pregunta a Manuel Santos Iñurreta, actor afiliado al PC después del XVI Congreso, acerca de los valores que se le transmitían, responde:

“Un sentido de la humanidad, bueno, uno cuando piensa en la humanidad piensa en el Che, cuando uno se puede conmover con las cosas que le pasan a otro, uno empieza a tomar otra actitud hacia las cosas. Cuando la historia no pasa solamente por, es muy difícil escapar de eso, de la jaula invisible, de ‘yo pienso en relación a lo que me sucede a mí’. Hay que leerse en el contexto.

El teatro no cambia el mundo, pero cuando alguien se va con una idea en la cabeza, ¿no es, en un sentido, revolucionario?

Yo me acuerdo, el año pasado, en un plenario, yo traje una remera que decía: el Che es de todos, pero era comunista.

Hay una generación, la nuestra, que es muy reticente a hablar de política, crecimos con el menemismo, la posibilidad de vivir en el ‘primer mundo’.

No poder definir el socialismo del siglo XXI es un buen lugar para no definirse. Será una construcción heroica el socialismo del siglo XXI. Veremos qué pasa...

No podemos entender el arte disociado de lo que pasa hoy. Yo asocio el Che y el socialismo y el hombre nuevo a esto. A este proyecto de pensarnos y pensar una nueva cultura. Discutir el presente y delinear algunas tácticas.”

Esto es reafirmado por Jorge Testero:

“Nosotros en rigor, todo el XVI Congreso y todo el proceso renovador en el Partido se dio sobre el Che, digamos, las figuras políticas del Che y Fidel, y desde el punto de vista más teórico, Gramsci.”

Julio Gambina afirma:

“Bueno, mirá que tengo al Che Guevara ahí y a Rosa Luxemburgo puesta acá. Lo que te quiero señalar es: ¿Qué se le opone al capitalismo? El socialismo. Marx dijo ‘proletarios del mundo, uníos’. Fue una consigna internacional. Ahora, con globalización, mundialización, ponele el nombre que quieras, más que nunca hay que construir un sujeto de la revolución. Eso hay que hacerlo. Aunque no tengamos éxito. Marx no trabajó para tener éxito. Pero la tradición es eso. Son las pruebas y error del movimiento popular en la lucha por su emancipación. El XVI Congreso para mí es eso.”

Conclusiones

El período estudiado se presenta poblado de contradicciones. Por un lado, durante la dictadura, el silencio y la falta de debate frente a la política de los dirigentes respecto de los militares; por el otro, las desapariciones de más de 200 militantes comunistas y la participación de algunos artistas en espacios de resistencia como peñas, recitales, publicaciones, el *Encuentro de las Artes y Teatro Abierto*. Es durante la posdictadura, sin embargo, cuando surgen las discusiones y ambas tradiciones se entrecruzan tanto en los debates como en las prácticas.

En todos los casos, la tradición antifascista de los años 30 y 40 parece haber influido fuertemente en el imaginario de los entrevistados. Sin embargo,

es la tradición stalinista la que resalta en las prácticas y en los debates durante la dictadura y la posdictadura, generando tensiones que muchas veces derivaron en conflictos y alejamientos. A partir del XVI Congreso, el Partido Comunista argentino parecería haber intentado rescatar esa tradición antifascista, pero tomando otro camino: el de adoptar una tradición latinoamericanista simbolizada en la figura del Che, que dejara atrás los errores del pasado (errores entre los que incluirían las prácticas stalinistas, la política frente al peronismo y frente a la dictadura), atribuyéndolos a la presencia de militantes, cuadros y simpatizantes, que gracias al ascenso social habían dejado de pertenecer a la clase obrera, trastocando la esencia del partido.

El XVI Congreso representó también en el imaginario de los entrevistados un cambio generacional. Sin embargo, muchos de los antiguos dirigentes continuaron perteneciendo al Comité Central, dando lugar a un diálogo entre ambas tradiciones. La caída de la URSS no es mencionada por los entrevistados menores de 30 años, aparece soslayada en las entrevistas de los dirigentes de mediana edad y como un hecho fundamental entre los entrevistados mayores de 80 años. Lo cierto es que el comienzo de la apertura a la discusión, la democracia interna y el cambio generacional coincide con la crisis de la URSS.

¿Cuál ha sido el papel de los artistas en la transmisión de esas tradiciones?

A pesar del rol que les atribuía la dirigencia y muchas veces a pesar de ellos mismos, algunos por su vida como militantes, por sus ideas y sus obras, otros por el uso que el partido hacía de ellos, han influido en los modos de ver, hacer y sentir de varias generaciones de artistas, de los militantes y del público, incluido el que no está vinculado con el Partido Comunista.

En cuanto al presente, tal vez el hecho de buscar un lugar en Latinoamérica y en el socialismo del siglo XXI sea una forma de reinención de la tradición. Quedan, en este terreno, preguntas sin responder: ¿Cuáles son los debates y las prácticas que le corresponden? ¿Qué papel tendrán los artistas en este nuevo escenario?

DUAS DÉCADAS DE NEOLIBERALISMO NO BRASIL: A ECONOMIA POLÍTICA DA CONTINUIDADE

*Marcelo Dias Carcanholo**

1. A herança maldita dos anos 90

Sabe-se que a estratégia neoliberal propugna, como metas de uma administração econômica responsável, dois objetivos. O primeiro é a estabilização macroeconômica da inflação e das contas públicas, enquanto o segundo é a obtenção de um ambiente econômico pró-mercado, que incentive a maior concorrência entre os capitais e a livre iniciativa para a retomada dos investimentos e do crescimento econômico.

O Consenso de Washington nada mais é do que um receituário de políticas que procuram atingir esses objetivos. Em relação ao primeiro, não importa muito se a política de estabilização implementada tem um cunho mais ortodoxo, com restrição da demanda agregada, ou heterodoxo, com contenção/administração de algum preço-chave¹, desde que a estabilização fosse conseguida. Quanto ao segundo, a construção de uma economia de

* Professor de Economia da UFF-Brasil, Doutor em Economia pela UFRJ-Brasil e Vice-presidente da Sociedade Brasileira de Economia Política (SEP).

¹ Durante os anos 90, foi muito comum, principalmente na América Latina, a adoção de regimes de câmbio (quase) fixos, dentro de políticas de estabilização com âncora cambial.

mercado, baseada na livre iniciativa, seria garantida pelas reformas estruturais, isto é, pela desregulamentação e abertura dos mercados.

Esta estratégia neoliberal, no Brasil, começa a ser implementada de forma mais sustentada após a eleição de Fernando Collor, que assume em 1990, mas perpassa toda a década, durante os governos de Itamar Franco (1992-1994) e Fernando Henrique Cardoso (1995-1998 e 1999-2002).

Do ponto de vista da estabilização, a estratégia neoliberal parece ser exitosa no país, ao menos no que se refere ao controle inflacionário. As taxas anuais de inflação, que alcançaram quatro dígitos em 1994, passaram a apresentar dois dígitos já no ano seguinte, e apenas um em 1996². As contas públicas, ainda que apenas no conceito primário, que não inclui o pagamento do serviço da dívida pública, também melhoraram³.

Parece que a experiência neoliberal no Brasil dos anos 90 foi um sucesso. É assim, inclusive, que muitos defensores de suas idéias costumam argumentar. Entretanto, se olharmos os resultados macroeconômicos mais gerais, a conclusão é oposta. A taxa média de crescimento da economia durante os anos 90 foi de 1,78%, inferior aos 2,2% dos anos 80. A taxa de investimento como proporção do PIB foi de 15,9% na última década, contra 17,7% na anterior. As taxas de desemprego subiram sistematicamente ao longo do período, saindo de 3,3% em 1989 para 7,6% em 1999, segundo as estimativas menos rigorosas.

Em termos distributivos o resultado tampouco é muito animador. A distribuição da renda piorou no período, basicamente por três razões: (i) a desestruturação do mercado de trabalho levou a uma mudança na estrutura ocupacional caracterizada pelo aumento na participação dos desempregados, trabalhadores por conta própria, não-assalariados e trabalhadores sem re-

² O IGP-DI (índice geral de preços, segundo a disponibilidade interna) mostrou uma inflação de 2406,8% em 1994, 67,5% em 1995 e 9,34% em 1996. Em 1998 esse índice mostrou uma inflação anual de apenas 1,7%.

³ Excetuando os anos de 1996 e 1997, o período 1990-2000 se caracterizou pela obtenção de superávits primários substanciais.

⁴ Em 1994, 32% do PIB era composto pela massa de salários. No final da década, em 1999, essa proporção era de apenas 26,5%.

gistro; (ii) piora da distribuição funcional da renda⁴; e, (iii) concentração da riqueza, isto é, da propriedade dos ativos da economia⁵.

Se os anos 80 são comumente conhecidos como a década perdida, não é exagero chamar os anos 90, os anos neoliberais, de década mais que perdida, ao menos para a maioria da população brasileira.

Em janeiro de 1999 ocorre a crise cambial que dá fim ao regime de câmbio quase-fixo, operante desde 1994. Ao longo dos anos 90, a dívida externa brasileira cresceu 108%, o passivo externo líquido⁶ 195,7%, o serviço da dívida externa (pagamento de juros e amortizações) 160%, o serviço do passivo externo (serviço da dívida mais remessa de lucros e dividendos) 132%, o estoque da dívida pública, entre 1994 e 1998, subiu 572%, e os juros pagos por essa dívida, no mesmo período, 415%.

O crescimento dos passivos externos chegou a um ponto tal que o fluxo de capitais não continuou financiando a rolagem dessas dívidas, o que levou à crise cambial de 1999, resultando em uma desvalorização acumulada, no mês de janeiro desse ano, de 64,08% e em uma perda de reservas internacionais, no primeiro trimestre desse ano, de US\$ 10,75 bilhões.

Após esse colapso, a política cambial é alterada, sendo regida por um regime flutuante com a atuação do Banco Central para estabilizar as flutuações da cotação, e a política monetária passa a seguir um regime de metas inflacionárias, de forma que a taxa de juros é administrada para conter possíveis pressões inflacionárias, principalmente por choques de demanda. Essas diretrizes de política econômica, aliadas a uma política fiscal de obtenção de mega-superávits primários, basicamente para pagar o serviço da dívida pública, são a característica da política econômica brasileira desde então.

Os defensores da estratégia neoliberal passaram a defender essa “correção de instrumentos” na política econômica, mantendo a estratégia

⁵ Em 1989 os 1% mais ricos da população possuíam 53,07% da riqueza brasileira, o que cresceu para 56,45% em 1999 (Carcanholo, 2005).

⁶ O passivo externo líquido se define pelo estoque da dívida externa bruta adicionado do estoque do investimento externo no país (direto e de portfólio) e descontado dos ativos externos que o país possui.

de abertura e desregulamentação dos mercados, como a solução para os problemas do país. Entretanto, a dívida líquida do setor público continuou crescendo (chegando a US\$ 624 bilhões em 2001), o passivo externo líquido manteve sua trajetória (o serviço desse passivo atingiu US\$ 43,7 bilhões em 2000), e a balança comercial só obteve resultados positivos em 2001, um pouco por conta dos efeitos da desvalorização do câmbio, mas muito mais em razão do crescimento da economia mundial que elevou a demanda pelas *commodities* exportadas pelo país.

Assim, a mudança do regime cambial e monetário, após a crise de 1999, não modificou a característica estrutural da economia brasileira. A piora da situação social, como decorrência desse quadro, e a crescente insatisfação popular deram o tom da campanha para as eleições presidenciais de 2002. O discurso das principais candidaturas postulantes dava ênfase à promoção do capital nacional produtivo, recuperando as taxas de crescimento da economia e os níveis de emprego, em detrimento da acumulação financeira que vinha sendo a característica do país. O curioso é que esse discurso era enfatizado tanto pelo principal candidato opositor, Luiz Inácio Lula da Silva⁷, como pelo candidato da situação, José Serra. Isto significava, implicitamente, o reconhecimento do fracasso do governo anterior para oferecer as promessas da estratégia neoliberal de retomada do crescimento e do desenvolvimento do país.

A vitória do candidato Lula traz consigo as esperanças, não apenas no Brasil, mas no restante da América Latina, de que a hegemonia neoliberal começa a declinar. O novo governo assume no início de 2003 tendo que equacionar duas coisas: a chamada *herança maldita* do governo anterior, definida pelas armadilhas construídas pelo processo de abertura e desregulamentação da economia, e que produziram os resultados pífios dos anos 90 e início do século XXI, e a expectativa popular de mudança na estratégia de desenvolvimento.

⁷ A aliança dessa candidatura foi construída, fundamentalmente, com base no Partido dos Trabalhadores, que indicou o candidato a presidente, e o Partido Liberal, que indicou o candidato a vice-presidente, José Alencar. Este senhor era visto como um dos representantes do capital produtivo nacional, o que dava à candidatura uma aparência de coalizão capital-trabalho, tornando-a mais palatável para a classe média e a elite do país.

2. O “novo” governo Lula: mais do mesmo

Muito se fala hoje sobre a suposta traição do governo Lula que, depois de eleito, não teria cumprido com as esperanças de rompimento com a estratégia neoliberal, e teria se resignado frente ao pensamento único.

Entretanto, a economia política do governo Lula podia ser antevista já durante a campanha eleitoral⁸. Em meados de 2002, durante a campanha presidencial, a candidatura de Lula lança a *Carta ao Povo Brasileiro*, na qual se compromete a manter todos os contratos estabelecidos na economia, e sinalizando para a manutenção da política econômica nos mesmos moldes. Em agosto de 2002, o ainda governo de Fernando Henrique Cardoso assina um acordo com o FMI, dando garantias de manutenção da política econômica. Esse acordo teve uma revisão em março de 2003, já no governo Lula, mantendo as garantias. A sinalização dada pela *Carta ao “Povo” Brasileiro* não poderia ser mais clara: o governo Lula acatou o acordo, e tudo o que está implícito nele, como a manutenção do regime de metas inflacionárias, a política de mega-superávits fiscais primários, para pagar o crescente serviço da dívida pública, a manutenção do grau e da profundidade das reformas neoliberais realizadas até então, assim como a implementação de novas reformas ainda inconclusas, como a da previdência, a trabalhista e a sindical. Só se surpreendeu com o *transformismo* do governo Lula quem não entendeu a política de alianças realizada na montagem da candidatura e/ou a sinalização dada pelo que foi, de fato, uma Carta de garantias para a elite do povo (brasileiro).

Eleito o governo Lula, com um fantástico apoio popular, o que faz? Rompe com a estratégia neoliberal de desenvolvimento, indo na direção contrária da sinalização dada durante a campanha? Pelo contrário, ele cumpre o que prometeu. Mantem-se o discurso – e a prática – da estabilidade macroeconômica como pré-condição para qualquer política de mais longo

⁸ Muitos autores, principalmente depois de constatada a permanência do mesmo tipo de concepção neoliberal no novo governo, fazem análises muito boas a respeito de como o Partido dos Trabalhadores já vem processando esse *transformismo* – de um projeto popular de país para um mero projeto de poder – desde a derrota nas eleições presidenciais de 1989.

prazo. As reformas estruturais pró-mercado não apenas são mantidas como aprofundadas em seu governo. Em 2003 é realizada uma reforma da previdência dos trabalhadores do setor público que nem o governo anterior conseguiu aprovar⁹. O principal dessa reforma é limitar o valor dos benefícios pagos aos que se aposentem no setor público e abrir um mercado privado para quem deseje auferir receitas maiores durante a aposentadoria. Ou seja, realizou-se um sonho antigo do capital financeiro: foi criado um extenso mercado de trabalhadores do setor público que necessitam recorrer ao setor privado para garantir¹⁰ um mínimo de rendimentos durante sua aposentadoria¹¹. Além disso, estão na pauta do governo as reformas sindical e trabalhista, além do aprofundamento da independência do Banco Central. Rotineiramente, e com nomenclaturas variadas, o governo lança programas no sentido de aumentar os investimentos privados em setores de bens públicos¹².

Dessa forma, são mantidos os dois pilares da estratégia neoliberal do Consenso de Washington, isto é, a estabilização macroeconômica como pré-condição e as reformas pró-mercado para a retomada dos investimentos privados. Mesmo assim, mantida a estratégia conservadora de desenvolvimento, existiria a possibilidade de que fosse alterada a instrumentalização da política econômica ortodoxa. Nesse campo, o que faz o governo? Nada. Ou melhor, assim como na estratégia de desenvolvimento, o mesmo que antes.

O discurso oficial a respeito da política econômica do governo Lula, no seu início, afirmava que o caráter ortodoxo da mesma deveria ser mantido como forma de garantir a credibilidade que evitasse o aprofundamento da

⁹ Ironicamente, muito em razão da oposição do Partido dos Trabalhadores no Congresso Nacional.

¹⁰ Na realidade não existe garantia nenhuma, uma vez que tudo depende da “saúde” financeira da administradora, que é privada, desses recursos que são pagos ao longo de toda a vida de contribuição do trabalhador.

¹¹ No atual momento, vive-se uma intensa campanha dos ideólogos neoliberais pela “necessidade” de uma nova reforma da previdência, em virtude dos supostos enormes déficits que o setor público tem nesse setor.

¹² Primeiro foram as PPP's (Parcerias público-privadas) e agora o Programa de Aceleração do Crescimento (PAC).

crise econômica herdada. Em um segundo momento, ocorreria uma mudança desse caráter mais conservador de condução da política econômica. Dessa maneira, a ortodoxia no gerenciamento da economia do novo governo seria apenas uma fase de transição.

Uma leitura mais atenta dos documentos oficiais, entretanto, demonstra que essa suposta fase de transição era, na verdade, a própria diretriz de política econômica do governo Lula. Na dicotomia ruptura-continuidade, o novo governo optou pelo aprofundamento de uma política econômica responsável pelo quadro de instabilidade e crise herdado¹³.

O documento *Política Econômica e Reformas Estruturais* do Ministério da Fazenda de 2003 define, principalmente, as diretrizes da política macroeconômica e desmistifica o seu suposto caráter de transição. Em seu diagnóstico, o documento identifica os graves desequilíbrios fiscais das últimas décadas como responsáveis pela inflação elevada e pelo aumento na relação dívida pública/PIB. O caráter ortodoxo é revelado na associação das altas taxas de juros reais como consequência do crescimento da dívida pública. Ou seja, o país não cresceria porque os juros reais são muito altos, e estes, por sua vez, são elevados porque a necessidade de financiamento do setor público faz com que o mercado só aceite refinar a dívida pública a essas maiores taxas. O impacto disso na restrição ao crescimento fica claro quando afirma¹⁴:

“Uma relação dívida/PIB crescente diminui a taxa de crescimento econômico de longo prazo. Por um lado, o financiamento do gasto público passa a exigir uma fração crescente dos recursos da sociedade, reduzindo o crédito disponível para o setor privado. Por outro lado, o próprio Estado perde a capacidade de investir em áreas essenciais. Ademais, a não sustentabilidade de uma relação dívida/PIB crescente

¹³ A racionalização de que “mais do mesmo” é a solução para aquilo que provocou justamente o que se procura combater pode ser chamado de lógica do absurdo. Em termos metodológicos, é como se houvesse um salto qualitativo pela mera exacerbação quantitativa.

¹⁴ Ministério da Fazenda “Política Econômica e Reformas Estruturais”. www.fazenda.gov.br, Brasília. 2003. P: 5.

acarreta um aumento da desconfiança sobre a capacidade do governo em honrar os seus compromissos futuros, resultando em maiores prêmios de risco dos títulos da dívida pública e em aumentos da taxa de juros, desestimulando o investimento privado e reduzindo a taxa de crescimento econômico.”

A partir do diagnóstico, a proposta de política econômica se resume a obter o equilíbrio sustentável das contas públicas. No longo prazo, além dos superávits primários, torna-se necessária a implementação de reformas estruturais da previdência e tributária. O sentido dessas reformas é o de permitir o ajuste estrutural das contas públicas. Isto é explicitado quando destaca que¹⁵:

“o novo governo tem como primeiro compromisso da política econômica a resolução dos graves problemas fiscais que caracterizam nossa histórica econômica, ou seja, a promoção de um ajuste definitivo das contas públicas. A ruptura com o passado de ausência de disciplina fiscal não pode ser baseado em arrecadações temporárias nem na expansão sem freio de contribuições em cascata que distorcem o sistema de preços relativos. Essa mudança exige o ajuste sustentável das contas públicas, com gestão mais eficiente dos recursos disponíveis, assim como reformas estruturais que assegurem o equilíbrio de longo prazo do orçamento público e permitam a retomada do investimento do governo em infra-estrutura e expansão dos gastos sociais.”

Portanto, em termos de instrumentalização da política econômica, o novo governo Lula defende a manutenção dos mega-superávits primários, explicitamente pelo controle dos gastos públicos como forma de manter sustentável a relação da dívida pública frente ao PIB. Do ponto de vista da política monetária, é mantido o regime de metas inflacionárias, ou seja, a administração das taxas básicas de juros é submetida ao gerenciamento das

¹⁵ Ibid. P: 7.

pressões inflacionárias, não importando o impacto que elas podem ter sobre a restrição da atividade econômica¹⁶.

Do ponto de vista da política cambial, também mantém-se o regime herdado do governo anterior. A determinação da taxa de câmbio segue um esquema de flutuação suja, ou seja, o mercado cambial determina o valor da moeda nacional, em relação à moeda conversível, e o Banco Central atua no mercado, ora comprando, ora vendendo, de forma a tentar manter essa flutuação da taxa de câmbio segundo os parâmetros que lhe parecem convenientes.

Algumas interpretações oficialistas reconhecem essa manutenção da estratégia neoliberal de desenvolvimento e das políticas fiscal, monetária e cambial, mas sustentam que a política comercial foi modificada. De fato, a balança comercial volta a ser superavitária a partir de 2001, depois de sete anos deficitária. Entretanto, isso não se deve a uma mudança na política comercial do governo que, aliás, manteve o elevado grau de abertura comercial herdado dos anos 90. Em primeiro lugar, note-se que essa reversão na balança comercial começa a ocorrer ainda no governo FHC e, portanto, não seria um “mérito” exclusivo do governo Lula. Em segundo lugar, a reversão dos saldos deficitários na balança comercial se deve a outros fatores: (i) conseqüência defasada da desvalorização da taxa de câmbio, que vem desde a crise cambial de 1999; (ii) nova desvalorização do câmbio em função de incertezas durante a campanha eleitoral de 2002; (iii) volta do crescimento da economia mundial que permite a expansão do volume das exportações, assim como uma alta substancial do preço das *commodities*, principal conjunto de produtos de exportação do país; e (iv) momento de alta no ciclo de liquidez internacional, o que propicia uma baixa nas taxas de juros internacionais e, portanto, de elevação na demanda das exportações. Antes

¹⁶ Aliás, a perspectiva teórica da análise ortodoxa, que fundamenta a política econômica do governo Lula é a do novo-classicismo, segundo o qual a demanda agregada não interfere na determinação da atividade econômica, que é definida única e exclusivamente pela oferta agregada. O que a demanda faz, segundo esta teoria, no máximo, é definir o nível geral de preços. Daí que a única função do Banco Central, de preferência independente, seja o controle de preços.

de ser consequência de uma política comercial mais ativa, o resultado da balança comercial reflete muito mais a sorte que o governo Lula experimentou de um ambiente externo favorável. Qualquer reversão neste ambiente, voltam a se manifestar todos os problemas estruturais nas contas externas que caracterizam a economia brasileira.

3. Razões apontadas para a política de “mais do mesmo” e a manutenção dos problemas estruturais

Por que o governo Lula não rompeu nem com a estratégia neoliberal de desenvolvimento, e nem com a política econômica ortodoxa? As respostas dadas a essa pergunta por parte dos defensores do governo possuem diferentes matizes.

Os mais fundamentalistas aceitam o argumento de que nada foi modificado no novo governo simplesmente porque não poderia ser. Não há uma outra estratégia alternativa de desenvolvimento, nem tampouco outra forma de macroeconomia. Só existe uma política econômica correta (ajuste fiscal, com regime de metas inflacionárias, regime de câmbio flutuante e livre mobilidade de capitais). Trata-se da aceitação mais conservadora possível do lema thatcheriano do *TINA* (*there is no alternative*). Segundo este raciocínio, os únicos ajustes possíveis estão no campo da microeconomia, no sentido de fornecer regras mais claras e um ambiente propício para a retomada dos investimentos privados. Nada mais conservador do que isso.

Existem, entretanto, aqueles mais pragmáticos. Estes asseguram que a manutenção da política é apenas uma estratégia para assegurar a credibilidade dos mercados e, uma vez assegurada esta, poder-se-ia implementar as mudanças requeridas por um projeto mais alternativo¹⁷. O que este argumento desconsidera é que não existe uma garantia de

credibilidade; os mercados não fornecem algo como um certificado para isso. O compromisso com a credibilidade é um *moto perpetuo*, já que, no primeiro momento em que essa relação de compromisso for quebrada, a credibilidade é rompida, sendo exigida novamente a manutenção da política demandada pelo tal mercado. Embora mais pragmático, esse tipo de argumento acaba caindo também, por uma imposição da lógica compromisso-credibilidade, na presumida inexistência de alternativas.

Um outro tipo de argumento é aquele que defende a importância da herança maldita, isto é, dos problemas econômicos graves que foram herdados pelo governo Lula. Trata-se, em nossa opinião, do argumento mais sério, ainda que também equivocado. De fato, o governo de Fernando Henrique Cardoso deixou armadilhas econômicas e problemas estruturais gravíssimos, como visto anteriormente. O argumento aqui é de que não haveria como mudar a política econômica por conta dessa herança deixada pelo governo anterior. As armadilhas ainda estariam armadas e com seus efeitos potencializados. Que armadilhas são essas, quais os seus efeitos e possíveis alternativas?

Antes de tratar disso, é inescapável fazer uma pergunta para os defensores deste tipo de argumento. Se esses problemas estruturais herdados do governo anterior são tão graves e as armadilhas estavam prontas para explodir, o que será que construiu e desenvolveu estas armadilhas? Nenhum defensor mais ardoroso do governo Lula contestaria a resposta de que a causa é a estratégia e a política econômicas implementadas pelos governos anteriores. Ora, mas se elas foram mantidas pelo novo governo, como se espera que os problemas sejam resolvidos e as armadilhas desmontadas? Mantidas a estratégia e a política essas armadilhas só podem ser intensificadas, potencializando seus possíveis efeitos críticos, assim como elevando o custo de ruptura com essa lógica que foi mantida.

Essas armadilhas estão relacionadas ao processo de abertura externa (comercial e financeira) que caracteriza o projeto neoliberal. Esse processo leva, como se viu na América Latina nos anos 90, a uma enorme dependência dos fluxos de capitais externos para o fechamento das contas do balanço de pagamentos, dentro de um ambiente em que o sistema financeiro internacional é instável. A isto se chama fragilidade financeira das contas externa.

¹⁷ Alguns dos que pensam assim utilizaram esta argumentação para a campanha de reeleição do governo Lula em 2006. O primeiro governo seria a fase de garantia dessa credibilidade. O segundo sim é que seria o das mudanças tão almejadas.

Por outro lado, esse processo também promove o aumento da vulnerabilidade externa dessas economias, no sentido de que reduz a capacidade das mesmas para resistir/combatêr os choques externos que ocorram, dentro do contexto de fragilidade financeira.

A abertura comercial, de um lado, promove dois efeitos. O primeiro, em associação com a valorização cambial, é a construção de elevados déficits comerciais que precisam ser financiados. O segundo, de uma forma mais estrutural, promoveria uma espécie de processo de substituição de importações às avessas, isto é, o fato dos produtos importados ficarem mais baratos que os de produção nacional por um determinado tempo leva à quebra das empresas nacionais que produziam esses produtos. Quando a economia retomar, de alguma forma, o crescimento de sua atividade e demandar esses produtos, não há alternativa a não ser importa-los. Isso ocorreu, na economia brasileira, dentro do setor de produtos intermediários e de bens de capital. Tanto um efeito, como o outro, mostram como a abertura comercial leva ao aumento estrutural da necessidade de financiamento externo.

Por outro lado, a abertura financeira promoveu o crescimento dos empréstimos diretos (para o setor privado e público) e entrada de capital externo. Se, do ponto de vista do curto prazo, isto era positivo, pois financiava as contas negativas das transações correntes, implicava na elevação do passivo externo líquido e, portanto, no crescimento do serviço desse passivo, em momentos posteriores, o que significa também o aumento da necessidade do financiamento externo para o futuro.

A restrição externa estrutural para o crescimento é a primeira armadilha. A vulnerabilidade externa, representada no caráter estrutural do crescimento da necessidade de financiamento externo, coloca a obrigatoriedade de uma taxa de juros interna muito maior do que as internacionais, como forma de garantir o fluxo de capitais que possibilitem o fechamento das contas. Este piso para a taxa de juros interna é um limite estrutural para o crescimento da economia.

A segunda armadilha é a armadilha financeira das contas externas e, de certa forma, já está clara. O crescimento do déficit em transações correntes, colocado estruturalmente pelo processo de abertura externa, leva

ao aumento do passivo externo, em virtude da maior entrada de recursos para financiar aquele déficit. Entretanto, isso implica no maior pagamento do serviço deste passivo, o que volta a elevar o déficit da balança de serviços, gerando um círculo vicioso de endividamento externo.

Por outro lado, as altas taxas de juros, necessárias para o fechamento das contas externas, implicam o aumento do serviço da dívida pública, que necessita ser refinanciada. Esse refinanciamento foi realizado, em maiores proporções, via novo endividamento, ou seja, por intermédio de lançamento de novos papéis de dívida pública. A conclusão é que se produz uma armadilha fiscal, definida pelo aumento tanto do estoque da dívida pública como de seu serviço.

A quarta, e última, armadilha diz respeito ao processo de *stop and go* que caracterizou a economia dos anos 90, e definiu as oscilações conjunturais da atividade econômica. Se, por alguma eventualidade, esse nível de atividade crescesse, isso implicaria em aumento da renda que, por sua vez, levava à elevação da demanda por importações e, portanto, do déficit das transações correntes. A necessidade de financiar este déficit com capital externo obrigava o aumento das taxas internas de juros, o que abortava aquele ensaio inicial de crescimento econômico.

Estas armadilhas, produzidas pela estratégia neoliberal de desenvolvimento, baseada no processo de abertura externa, explicariam o quadro medíocre do desempenho da economia brasileira até 2002. É a *herança maldita* dos governos anteriores para o governo Lula. Este último, como se viu, opta pela continuidade. O que se deve esperar? Que estas armadilhas não tenham sido resolvidas e, pior, tenham aumentado a potencialidade de desestabilização que possuem. Entretanto, a vulnerabilidade externa, no governo Lula, parece ter melhorado. É o que mostra a tabela 1.

Todos esses indicadores mostram melhora durante o governo Lula, o que, aliás, é constantemente propagandeado não só pelos defensores do governo, mas por representantes do mesmo. Além disso, a economia teria voltado a crescer. Em 2004, esse crescimento atingiu 5,7%, em 2005 cerca de 3% e 3,7% em 2006, acima dos valores médios obtidos pelo governo anterior. Não bastasse isso, do ponto de vista das contas externas, os pro-

blemas parecem resolvidos, como observado na tabela 2. Os déficits em transações correntes são revertidos a partir de 2003 e, desde lá, essa conta é superavitária. Ter-se-ia, assim, resolvido os problemas estruturais da economia.

Tabela 1: Indicadores de Vulnerabilidade Externa Conjuntural (1994-2006)

Ano	Serviço da dívida externa / exportações (%)	Dívida externa total / PIB (%)	Dívida externa líquida / PIB (%)	Reservas internacionais / dívida total (%)	Dívida externa total / exportações	Dívida externa líquida / exportações
1994	38,2	26,3	15,3	27,1	3,3	1,9
1995	44,5	21,7	12,2	33,9	3,3	1,9
1996	54,7	22,3	12,1	34,7	3,6	2,0
1997	72,6	23,7	15,2	27,2	3,6	2,3
1998	87,4	28,4	20,9	19,9	4,4	3,2
1999	126,5	42,0	32,5	16,1	4,7	3,6
2000	88,6	36,0	28,4	15,2	3,9	3,1
2001	84,9	37,9	29,4	17,1	3,6	2,8
2002	82,7	41,8	32,7	18,0	3,5	2,7
2003	72,5	38,8	27,3	22,9	2,9	2,1
2004	53,7	30,3	20,4	26,3	2,1	1,4
2005	55,8	19,2	11,5	31,7	1,4	0,9
2006	41,4	16,2	7,0	49,8	1,3	0,5

Fonte: Filgueiras, L. e Gonçalves, R. *A economia política do governo Lula*. Rio de Janeiro, Contraponto. 2007. P: 65.

Tabela 2: Transações Correntes 1995-2006 (US\$ bilhões)

Ano	Balança Comercial	Serviços e Rendas	Transferências	Saldo	% do PIB
1995	-3,5	-18,5	3,6	-18,4	-
1996	-5,6	-20,3	2,4	-23,5	-3,0
1997	-6,7	-25,5	1,8	-30,4	-3,8
1998	-6,6	-28,3	1,5	-33,4	-4,3
1999	-1,2	-25,8	1,7	-25,3	-4,8
2000	-0,7	-25,0	1,5	-24,2	-4,0
2001	2,7	-27,5	1,6	-23,2	-4,6
2002	13,1	-23,1	2,4	-7,6	-1,7
2003	24,8	-23,5	2,9	4,2	0,8
2004	33,6	-25,2	3,3	11,7	1,9
2005	44,7	-34,1	3,6	14,2	1,8
2006	46,2	-36,8	4,3	13,7	1,4

Fonte: Filgueiras, L. e Gonçalves, R. *A economia política do governo Lula*. Rio de Janeiro, Contraponto. 2007. P: 67.

Isto, entretanto, é mera aparência. Em primeiro lugar, a armadilha fiscal continua presente. A dívida líquida do setor público que, em 1994, era de R\$ 153,2 bilhões, e em 2002, ao final do governo de Fernando Henrique Cardoso, chegou a R\$ 881,1 bilhões, atinge R\$ 1.067,4 bilhões em 2006, e a sua parcela interna aumentou sua participação de 37,5% do PIB em 2002 para 47,6% do PIB em 2006¹⁸. O problema da dívida pública é tão grave que serve como insumo para o debate atual no Brasil sobre a necessidade de uma reforma tributária e, novamente, previdenciária. O argumento é que o governo gasta muito, basicamente com seus funcionários e no pagamento de aposentadorias. O apontado rombo das contas públicas teria, assim, como principal causa, o déficit no seu sistema de previdência.

¹⁸ O governo não se furta a divulgar que sua dívida externa líquida (total menos o estoque de reservas internacionais) passou a ser negativa em 2006 (no total de R\$ 63,5 bilhões), mas não reconhece que, na verdade, sua dívida total apenas mudou de composição, passando a possuir um maior peso da parcela interna.

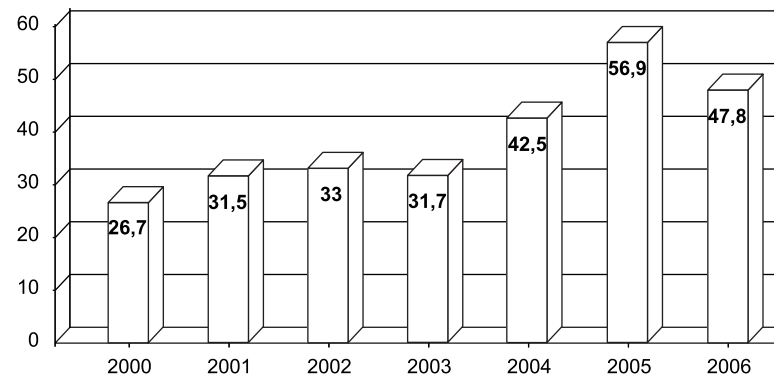
Segundo os defensores dessas reformas e o próprio governo, o déficit previdenciário do país seria de R\$ 37,5 bilhões em 2005 e teria aumentado para R\$ 42 bilhões em 2006, tornando insustentável o sistema previdenciário. Estes números, entretanto, são mistificadores. O que estes números mostram é apenas o saldo (resultado) previdenciário, isto é, o total de receitas das contribuições sobre a folha de salários e demais rendimentos do trabalho, deduzidas as despesas com o pagamento dos benefícios concedidos. Eles não levam em consideração todas as receitas que devem ser alocadas para a previdência social, conforme a Constituição do país, e que, de fato, são desviadas para outros pagamentos, ou para engordar o tamanho do superávit primário do governo. Se levadas em consideração todas essas receitas do Regime Geral de Previdência Social, o que se tem é o saldo operacional, claramente superavitário em todo o período (exceto 2003). A previdência Social não é deficitária como alega o governo, mas é este argumento que se utiliza para a “necessidade” de nova reforma da previdência, muito bem vista pelo capital financeiro que aumentará seu *market share* com essa reforma.

Tabela 3: Regime Geral da Previdência Social, em R\$ mil (2000-2006)

Ano	Resultado Previdenciário (arrecadação líquida – benefícios)	Saldo Operacional (recebimentos – pagamentos)
2000	-10.071.944	710.866
2001	-12.836.217	121.241
2002	-16.998.979	2.968.976
2003	-26.404.655	-1.131.997
2004	-31.985.381	8.258.983
2005	-37.576.033	921.046
2006	-42.065.104	1.246.153

Fonte: Gentil, D. L., “A política fiscal e a falsa crise do sistema de seguridade social no Brasil: análise financeira do período recente”, em Sicsú, J. (Org.), *Arrecadação (de onde vem?) e Gastos Públicos (para onde vão?)*, São Paulo, Boitempo Editorial, 2007. P: 30.

**Gráfico 1
Superávit de Seguridade Social (R\$ bilhões)**



Fonte: Passarinho, P. “Previdência Social Pública: um serviço universal ao cidadão brasileiro”, em Sicsú, J. (Org.) *Arrecadação (de onde vem?) e Gastos Públicos (para onde vão?)*. São Paulo, Boitempo Editorial, 2007 P: 42 e SIAFI (www.tesouro.fazenda.gov.br)

Se além da previdência social, considerarmos a seguridade social como um todo, o que inclui também as despesas com assistência social, saúde, seguro-desemprego, dentre outros, assim como suas receitas vinculadas, o que se verifica é um superávit maior ainda, conforme o gráfico 1.

A armadilha fiscal permanece. Isto é um fato, mas não em razão dos gastos públicos primários que, aliás, sempre foram inferiores às receitas do governo. O problema da dívida pública permanece justamente pelas razões que conformam a armadilha fiscal. Altas taxas de juros, combinadas com o lançamento de títulos da dívida pública pelo governo, como forma de contrabalançar a forte entrada de capital externo, que tende a expandir a oferta monetária interna para além daquilo programado no regime de metas inflacionárias. Conseqüentemente, a dívida pública interna explode durante o governo Lula, fechando 2006 em um total de R\$ 1.130,9 bilhões.

Mas, dizem os defensores do *lulismo*, pelo menos as outras três armadilhas estariam resolvidas. O processo de *stop and go* não ocorreria mais justamente porque a armadilha da restrição externa estrutural ao

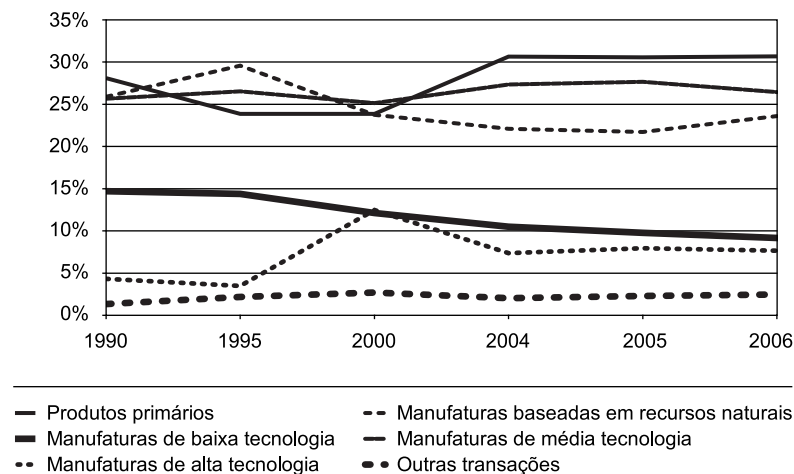
crescimento foi, supostamente, desarmada. E esta última foi resolvida tendo em vista a quebra do círculo vicioso nas contas externas. De fato, como visto, as contas externas melhoraram muito no século XXI. Por que? Por alguma medida pró-ativa do novo governo? Não, pois este fez exatamente o que o anterior fazia. A melhora das contas externas só ocorreu por uma eventualidade conjuntural dos seguintes fatores: (i) alta no ciclo de liquidez internacional, o que reduz as taxas internacionais de juros, proporcionando um crescimento da economia mundial e uma redução no risco-país¹⁹ que embasa o fluxo de capitais externos; (ii) forte crescimento da economia chinesa que importa os produtos justamente que preponderam na pauta de exportações da economia brasileira; (iii) crescimento do preço das *commodities*, predominantes na estrutura exportadora do país. Qual destas razões se deve a alguma medida do governo brasileiro? Nenhuma. É tudo fruto de um cenário externo extremamente favorável, que propiciou o forte crescimento das exportações, a reversão no déficit da balança comercial e de transações correntes e o acúmulo de reservas internacionais que permitiram, dentre outras coisas, o pagamento antecipado de montante da dívida com organismos internacionais. É isso que explica a redução dos indicadores exibidos na tabela 1. Trata-se de uma conjuntura externa favorável; nada além disso.

Essa melhora dos indicadores de vulnerabilidade externa são meramente conjunturais. O que ocorreu com a estrutura e, portanto, com a razão última dessas armadilhas? Se o governo faz exatamente o que se fazia antes, essa estrutura não pode ter mudado. Ao contrário, intensificou-se. Dois pontos ilustram isso. O primeiro é o aprofundamento da reestruturação industrial, fruto do processo de abertura comercial, que jogou a economia

¹⁹ A redução do risco-país é apresentada pelo governo como a maior prova de que este conseguiu a tal credibilidade dos mercados que tanto perseguiu com o seu compromisso de manutenção das políticas anteriores. O que o governo, deliberadamente, omite é que os indicadores de risco-país caíram para todas as economias do mundo, justamente em razão da alta do ciclo de liquidez internacional, de forma que o Brasil manteve sua posição relativa frente às outras economias. Não há nenhum mérito do governo nesse resultado, a não ser a sorte de governar o país em um momento conjuntural de alívio do cenário externo.

brasileira dentro de uma lógica muito próxima àquela das economias primário-exportadoras, que caracterizou nossa região antes dos processos de substituição de importações. Não há dúvida quanto a isso. A economia brasileira voltou a ser extremamente dependente das exportações para a sua dinâmica, e essas exportações são, em sua grande maioria, exportações de produtos primários e/ou baseados em recursos naturais. O gráfico 2 mostra esse processo de reprimarização das exportações brasileiras, fruto da estratégia neoliberal de desenvolvimento, mantida pelo governo Lula.

Gráfico 2
Brasil: Exportações de bens por categorias de productos
(% do total)



Fonte: CEPAL. “Sistema Interactivo Gráfico de Datos de Comercio Internacional (SIGCI)”. www.eclac.org/comercio

Além do cenário externo favorável, é preciso considerar também que a retomada do crescimento da economia brasileira é aparente. De fato, do ponto de vista dos números absolutos, as taxas médias cresceram em relação a períodos anteriores. Mas, o que ocorreu com o mundo? Cresceu também.

No período entre 2003 e 2006 a economia mundial cresceu em média 4,9%, enquanto a economia brasileira cresceu 3,3% em média. A conclusão é que o hiato entre o crescimento da economia mundial e a brasileira se elevou, isto é, a distância entre a economia brasileira e média da economia mundial se elevou, no período, em 1,6%. Houve um retrocesso, do ponto de vista da economia mundial, e não um avanço. Trata-se, ao contrário do que pensam os defensores do *lulismo*, de um período recessivo, e não de crescimento²⁰. Obter um relativo ajuste das contas externas, em ambiente recessivo, é fácil, já que a baixa atividade interna não pressiona a demanda por importações e permite uma folga na balança comercial. É isto o que vivencia atualmente a economia brasileira.

O que ocorrerá se a economia brasileira começar a crescer a taxas próximas da média da economia mundial²¹? A balança comercial tem o seu saldo reduzido, o que, somado aos déficits estruturais da balança de serviços²², recoloca os déficits em transações correntes, a armadilha financeira nas contas externas e o processo de *stop and go*. Esta última não foi resolvida, apenas aliviada por um contexto internacional favorável. Se este se modificar²³ e/ou a economia brasileira crescer um pouco mais, as armadilhas voltam a se apresentar, uma vez que a razão estrutural que as conforma – a estratégia neoliberal de desenvolvimento e a política econômica ortodoxa – não foram modificadas pelo governo Lula.

²⁰ A “sabedoria” econômica – quase jornalística – costuma associar recessão a taxas de crescimento negativas, desconhecendo completamente que os movimentos cíclicos de uma economia ocorrem em torno de uma tendência de crescimento.

²¹ Diga-se, de passagem, que isto é pouco provável, justamente porque as armadilhas pretensamente resolvidas continuam presentes. O que ocorre neste momento conjuntural é que a taxa de crescimento das importações já é superior à das exportações, construindo uma tendência de reversão dos saldos positivos da balança comercial, manifestando novamente os problemas estruturais das contas externas.

²² Esta parece ser a maior prova da insustentabilidade estrutural das contas externas. A balança de serviços é crescentemente deficitária (tabela 2), mesmo em momentos conjunturais favoráveis, justamente porque diz respeito ao serviço do passivo externo, que tem o seu estoque extremamente elevado, em função da estratégia implementada.

²³ Vive-se atualmente na economia mundial justamente uma expectativa de reversão desse cenário externo favorável.

4. Economia política do governo Lula: quem ganha com a atual estratégia econômica?

Se a situação da economia brasileira é tão medíocre há duas décadas, por que ainda não se modificou a estratégia econômica? A resposta aqui é tão óbvia que até um defensor do *lulismo* perceberia: porque alguma parcela da sociedade está ganhando com esse processo. O que o defensor do *lulismo* erraria, e profundamente, é a identificação de quem, de fato, está ganhando. Diria ele que a diferença do governo Lula é que este ampliou sensivelmente os gastos sociais, retirando da miséria uma parte considerável da população, melhorando a distribuição de renda do país. Isto faria dele, inclusive, diferenciar-se da perspectiva neoliberal.

Em primeiro lugar, a falsidade desse argumento é facilmente constatada a partir de uma observação, nem tão rigorosa assim, dos documentos, por exemplo, do Banco Mundial sobre a questão da pobreza. Qual é a terapia para esses documentos? Justamente políticas sociais compensatórias e focalizadas na parcela da população mais pobre. Fazer política “social” não é privilégio de um governo de esquerda; a questão é como se faz essa política.

Em segundo lugar, e como toda mistificação, o argumento do *lulismo* possui uma base concreta. De fato, nos anos do governo Lula os gastos sociais foram ampliados, mas apenas em termos absolutos, e em alguns anos.

A tabela 4 mostra a execução do Orçamento da União no período 2000-2006. Percebe-se claramente que a participação percentual dos gastos sociais sobre o total, no ano de 2006, é inferior a qualquer outro valor no período²⁴. Mas, em 2004 e 2005, eles foram superiores aos do período anterior, correspondente ao governo anterior. Se isso é verdade, tampouco é falso que, entre 2003-2004, o governo Lula gastou por habitante R\$ 991,1 em termos de gastos sociais, enquanto que o governo de Fernando Henrique Cardoso, entre 2001-2002, gastou R\$ 1004,25. O governo Lula gasta, *per*

²⁴ Em 2006, só de gastos com juros e amortizações da dívida pública foram gastos 36,7% do Orçamento Geral da União.

capita, menos em termos sociais do que o governo anterior! A pretensa – e única – diferença entre os dois governos não passa de mera aparência.

**Tabela 4: Execução do Orçamento da União
2000-2006 (% do total)**

Orçamento realizado	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006
Encargos especiais	42,4	45,5	45,3	46,8	43,8	42,5	49,8
Gastos sociais totais	43,8	41,2	40,7	41,9	44,4	45,3	39,4
Outros	13,8	13,3	13,9	11,3	11,8	12,3	10,8

Fonte: Filgueiras, L. e Gonçalves, R. *A economia política do governo Lula*. Rio de Janeiro, Contraponto, 2007. P: 160.

Desmistificada a questão dos gastos sociais, poder-se-ia pensar que em um governo do Partido dos Trabalhadores, estes últimos sairiam ganhando, mas isto também não passa de mera aparência. Em termos de distribuição funcional da renda, a participação dos salários sobre o PIB, que em 2000 era de 32,1%, cai para 30,9% em 2002 e 30,8% em 2004. Ou seja, durante o governo Lula a massa de salários, em proporção ao total da riqueza produzida, diminuiu.

Além disso, considerada a diferença entre a variação do salário médio e a variação do PIB *per capita* (indicador da variação da produtividade), tem-se que o salário médio real cresceu 4,8%, - 3,6% e - 2,1%, entre 95-98 (primeiro governo de Fernando Henrique Cardoso), 99-02 (segundo governo de Fernando Henrique Cardoso) e 03-06 (primeiro governo de Lula), respectivamente. O crescimento da produtividade (PIB real *per capita*), nos mesmos períodos, foi de 0,9%, 0,6% e 1,9%. Isto significa que a relação salário real médio sobre a produtividade cresceu 3,9% entre 95-98, - 4,2% entre 99-2002 e - 4% no governo Lula. O desempenho deste último não foi tão medíocre quanto o segundo governo de Fernando Henrique Cardoso, mas muito pior do que o seu primeiro mandato. Além disso, é inequívoca a

deterioração dos salários dentro da participação da riqueza gerada pela economia brasileira durante o governo Lula.

Obviamente, se cai a participação dos salários, aumenta a participação do chamado excedente operacional bruto, que nada mais é do que a parcela da renda que será apropriada, dentre outras formas, pelos lucros e juros, ou seja, pelo capital. A conclusão é clara: durante o governo do Partido dos Trabalhadores foram beneficiadas as distintas frações do capital, em detrimento justamente dos trabalhadores. Exatamente o que ocorreu durante toda a década de 90 e início do século XXI.

Outra característica, em termos distributivos, foi mantida pelo atual governo. Dentro da crescente fração da renda que é apropriada pelo capital, grande parte é direcionada para os bancos. O ativo dos grandes bancos, como proporção do PIB, passou de 11,6% no período 95-98 para 17,2% entre 99-2002, e 19,3% em 2003-2006. O patrimônio líquido desses bancos passou de 1,4% do PIB em 95-98 para 1,9% em 99-2002, e 2,2% durante o governo Lula²⁵.

Quem ganha com a manutenção da atual estratégia e política econômicas? Os que sempre ganharam com a manutenção desse modelo: o capital em detrimento do trabalho e a parcela financeirizada dentro do primeiro. Isso tudo está relacionado às dimensões do neoliberalismo brasileiro e às características do bloco de poder dominante no país.

Do ponto de vista da relação capital-trabalho, a estratégia neoliberal no Brasil conseguiu duas coisas extremamente importantes do ponto de vista das condições de acumulação do capital: a elevação da superexploração do trabalho e a redução da capacidade de negociação do trabalho, justamente pela reconstituição do exército industrial de reserva, uma massa de desempregados ou trabalhadores em condições precárias de emprego que limita essa capacidade de negociação.

No que se refere às relações dentro do setor capitalista, o neoliberalismo no Brasil levou ao aumento da desnacionalização do capital, da sua concentração e ao crescimento da parcela do agronegócio dentro

²⁵ Filgueiras, L. e Gonçalves, R., *A economia política do governo Lula*, Rio de Janeiro, Contraponto, 2007, p. 214.

da estrutura produtivo-exportadora do país. A percepção simplista do processo costuma apresentar uma falsa dicotomia entre o capital produtivo e o capital financeiro, uma vez que este último se apropriaria de uma parcela crescente do excedente operacional, em detrimento do primeiro. Tudo isto em razão das maiores taxas de juros em relação às taxas de lucro. Entretanto, após o abandono do regime de câmbio (quase) fixo, o que o segundo governo de Fernando Henrique Cardoso e, de maneira mais aprofundada, o governo Lula conseguiram foi uma maior coesão política da burguesia.

O capital financeiro continua se beneficiando das elevadas taxas de juros, dos mega-superávits primários nas contas públicas, da ampliação da lógica dos fundos de pensão com a reforma da previdência e – esta é a novidade – da expansão das exportações ocorrida a partir de 2000/2001. Qual é a relação entre o aumento das exportações e os interesses do capital financeiro/fictício? Esse crescimento das exportações permitiu a grande entrada de divisas, necessária para manter os valores da taxa de câmbio relativamente estáveis, o que permite ao capital uma livre movimentação, principalmente, de saída da economia brasileira (das posições denominadas em Reais), com uma cotação relativamente estável, isto é, com um menor risco de desvalorização.

O capital produtivo, por sua vez, tem se beneficiado de valores da taxa de câmbio mais favoráveis do que aqueles praticados durante o regime de âncora cambial e, principalmente, do aumento das exportações. Estas duas características também atendem os interesses do capital agrário, fortemente comprometido com os agronegócios produtores de *commodities*.

Assim, o que esta nova etapa do neoliberalismo brasileiro conseguiu, com o governo Lula, foi articular os diversos interesses de todas as frações do capital, inclusive aquele internacionalizado. O bloco de poder dominante está relativamente coeso, com poucas distensões, o que complexifica a montagem de uma alternativa de esquerda, com base popular. Do ponto de vista da economia política, fracionamento da classe trabalhadora e coesão dos interesses no bloco de poder dominante são os principais legados do neoliberalismo brasileiro, inclusive (e aprofundado) dentro do governo Lula.

Referências

- Banco Central, “Ata da 92ª reunião do Copom”, www.bcb.gov.br, Brasília, 2004
- Carcanholo, M.D. *A vulnerabilidade econômica do Brasil: abertura externa a partir dos anos 90*. Aparecida, São Paulo, Idéias & Letras, 2005.
- CEPAL. “Sistema Interactivo Gráfico de Datos de Comercio Internacional (SIGCI)”. www.eclac.org/comercio
- Filgueiras, L. e Gonçalves, R., *A economia política do governo Lula*. Rio de Janeiro, Contraponto, 2007,
- Gentil, D. L., “A política fiscal e a falsa crise do sistema de seguridade social no Brasil: análise financeira do período recente”, em Sicsú, J. (Org.), *Arrecadação (de onde vem?) e Gastos Públicos (para onde vão?)*, São Paulo, Boitempo Editorial, 2007.
- Ministério da Fazenda “Política Econômica e Reformas Estruturais”. www.fazenda.gov.br, Brasília. 2003.
- Passarinho, P., “Previdência Social Pública: um serviço universal ao cidadão brasileiro”, em Sicsú, J. (Org.) *Arrecadação (de onde vem?) e Gastos Públicos (para onde vão?)*, São Paulo, Boitempo Editorial, 2007.

**A LA CONQUISTA
DE LA CLASE OBRERA.**

*Los comunistas y el mundo
del trabajo en la Argentina,
1920-1935.*

*Hernán Camarero. Buenos Aires, Si-
glo XXI Editora Iberoamericana,
Colección "Historia y Política" di-
rigida por Juan Carlos Torre, 2007,
465 páginas.*

La corporación de los historia-
dores argentinos ha logrado cons-
truir un sentido común ilustrado en
torno a la historia de la clase obrera
argentina y sus luchas en el período
de entreguerras. ¿Qué es lo que es-
tablece dicho sentido común? Que
la clase obrera, en tanto sujeto his-
tórico, así como su principal instru-
mento de lucha, la huelga, sufrieron
un *impasse* entre 1920 y 1935. La
realidad había cambiado haciendo
inaplicables categorías analíticas
como clase y lucha de clases. Como
consecuencia lógica, debían cambiar
necesariamente las categorías que
quisieran dar cuenta de esa novedosa
configuración social. Fue así como
la corporación parió el concepto de
"sectores populares" para hacer re-
ferencia a un más que heterogéneo
campo de la realidad determinado

por "lo cultural". Paradójicamente,
dicen sus creadores y defensores, en
su debilidad reside su fuerza, pues
este concepto de límites borrosos
pudo develar los rasgos de una so-
ciedad que crecía y presentaba posi-
bilidades de movilidad social ascen-
dente. En última instancia, habría
sido dicha movilidad la que impul-
só a los individuos portadores de
identidades clasistas a despojarse de
ella y de la lucha en las calles.

Esta visión ha hegemonizado el
campo historiográfico argentino des-
de mediados de la década de 1980,
y ha influido en gran cantidad de tra-
bajos que trascienden el recorte tem-
poral propuesto por los "padres fun-
dadores" para abarcar hechos y pro-
cesos de historia reciente. Pero no
todo lo producido en el campo de las
ciencias sociales ha rendido tributo
a dicha interpretación de la historia
argentina. Entre otros, los trabajos
del CICSO y del PIMSA han sido
una alternativa a la forma de hacer
historia que impuso la corporación.

La obra que vamos a reseñar, si
bien no es parte de aquella tradición,
rescata algunos de sus aportes y arre-
mete contra la noción de "sectores
populares", presentándonos un rela-
to polémico y rico en matices. Este
libro es producto de una tesis de

maestría, por lo que se trata de un libro académico. Pero, como sostiene el autor, tiene también una clara intencionalidad política. En este sentido, no está dirigido únicamente a la comunidad de historiadores, sino que apunta a un público más amplio, conformado por los militantes sociales y políticos que buscan rescatar de esa experiencia histórica elementos para las luchas presentes y futuras.

El protagonista principal de las páginas de este voluminoso libro es el Partido Comunista Argentino (PCA). Pero no es sólo la historia de un partido, es también una historia de la izquierda y el movimiento obrero argentino en los poco explorados años '20. En palabras del autor, la obra se encarga de exponer "la evolución del PC en un contexto en donde aparecen múltiples participantes, ubicados en cambiantes relaciones de fuerzas sociales. En un marco que (...) no era exclusivamente nacional..." (p. XV). El período analizado aborda el lapso que transcurrió entre 1920 y 1935, siendo el primero de estos años el de fundación del PCA, y el segundo el de implementación de la estrategia de *frente popular*. Espacialmente remite a la Capital Federal y las zonas más

industrializadas del gran Buenos Aires, pero también analiza las experiencias desarrolladas en la provincia de Córdoba y Santa Fe, principalmente sus capitales.

La obra está compuesta por una extensa introducción, cinco capítulos y la conclusión. Si bien esta es la estructura formal, encontramos al menos dos ejes estructurantes. El primero, compuesto por los capítulos I, II y III, tiene que ver con un análisis de la experiencia comunista en el mundo de los trabajadores desde una perspectiva social y política. El segundo eje, que comprende los dos capítulos restantes, se estructura en torno a la esfera sociocultural del fenómeno estudiado. Pero, antes de adentrarnos en los ejes, veamos qué diagnóstico elabora el autor sobre la base de los estudios previos. Según Camarero, el balance evidencia que la experiencia desarrollada por el comunismo en el mundo del trabajo antes del suceso peronista es un tema escaso y marginalmente indagado, tanto descriptiva como analíticamente. Por ende, el objetivo del libro es responder los siguientes interrogantes: "¿Desde cuándo y por qué el comunismo se convirtió en una corriente de peso en el movimiento obrero ar-

gentino? ¿Cuáles fueron los modos a través de los cuales el PC logró ser, durante un tiempo, un actor relevante en el mundo del trabajo?" Para responderlos, el autor realizó un denso trabajo de archivo, en el cual recopiló y examinó durante largas jornadas de trabajo heurístico una gran variedad de fuentes primarias escritas que anteriormente habían merecido poco interés por otros investigadores o, directamente, no se encontraban disponibles. A la hora de analizar este aparato heurístico el autor enfrentó una seria dificultad. Para reconstruir el proceso de inserción del comunismo en el mundo del trabajo debía apelar a la mayor cantidad de documentación disponible, pero la misma estaba constituida por un alto porcentaje de publicaciones comunistas (volantes, proclamas, folletos, manifiestos, periódicos, revistas, informes internos). El autor debió evitar caer en la trampa de considerar indiscutibles todos los datos aparecidos en estos documentos. Para enfrentar este problema optó, en primer lugar, por brindar datos cuantitativos, fechas y acontecimientos que surgieran del cruce de al menos tres o cuatro fuentes distintas. En segundo lugar, relevó los órganos de prensa de corrientes sin-

dicales opositoras al PCA. Por último, los cotejó con información proveniente de la llamada "prensa independiente". Todo esto con el objeto de establecer si la información era fidedigna o no.

Después de haber elaborado un extenso balance bibliográfico que, como señaláramos en el párrafo precedente, dejó a la vista la inexistencia de sólidas interpretaciones sobre el problema estudiado, el autor se aboca a pasar revista por la historia formativa del PCA. Luego, en el primer capítulo, Camarero se adentra en el análisis del proceso de "bolchevización" y "proletarización", deteniéndose con particular interés en la estructuración de los organismos de base. Dentro de ese universo, la conformación de células de empresa es destacada como la unidad fundamental del comunismo, base de su funcionamiento y nexos entre el partido y la clase. A este tipo de organismo se le sumaban las células mixtas, de calle o de bloqueo, comités de huelga, de lucha y de fábrica. Todas con funciones específicas, delineadas y controladas por el partido hasta el detalle. En los primeros años de su implementación, las células comunistas se destacaron en las ramas

metalúrgica, textil y cárnica. Para el desarrollo y éxito de esta empresa política, los comunistas contaron con un instrumento inestimable: los periódicos de fábrica. A través de estas publicaciones denunciaban las pésimas situaciones de trabajo que experimentaban los obreros en las empresas. Pero también, y quizás más importante, ayudaban a definir una identidad obrera contestataria. En el segundo capítulo se aborda la intervención del comunismo en las organizaciones gremiales y las disputas con las otras corrientes político-sindicales, como los socialistas y los “sindicalistas”. En sus dos últimos incisos el autor aborda el giro del PC en el año 1928, los inicios del período de clase contra clase y la formación de la Confederación Sindical Latino Americana. El tercer capítulo de este eje analítico se refiere a las huelgas que el comunismo dirigió o en las que tuvo una participación decisiva. El autor se centra en el período 1929-1936, con lo cual pasa revista a la conflictividad obrera bajo el segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, la dictadura de Uriburu y el gobierno conservador de Agustín P. Justo, durante los primeros años de la “década infame”.

En el primer tramo del libro el autor demuestra cómo el PC se había insertado en el mundo de los trabajadores, cómo había logrado un alto nivel de implantación en la clase obrera desde las fábricas y los talleres, a través de sucesivas huelgas. Pero quedaba pendiente otro ámbito donde la clase obrera también se constituyó como sujeto: la esfera sociocultural. Los capítulos que indagan el vínculo entre los comunistas y la clase obrera desde aquel campo refieren a diversas experiencias. Entre ellas se destacan la fundación de “Bibliotecas Obreras”, que eran al mismo tiempo ámbitos de erudición y entretenimiento. También se subraya la política dirigida a la “infancia proletaria” reflejada en la edición de *Compañerito*, la cual competía con la revista “burguesa” *Billiken*. Otra experiencia fue la creación de “Clubes Obreros” basados en el amateurismo, en contraposición al deporte “burgués” profesionalizado. Los mismos estaban mayoritariamente abocados a la actividad futbolística. Otros dos aspectos resaltados en el capítulo IV son la política hacia los intelectuales y el combate al catolicismo y la iglesia. El último capítulo del libro está dedicado por completo al problema

de la extranjería, producto de las distintas oleadas de inmigración que todavía seguía recibiendo el país. Por ese entonces, la ciudad de Buenos Aires seguía siendo en alto porcentaje una Babelia, para la cual el PC delineó la política de constituir agrupaciones idiomáticas y publicar periódicos en las lenguas de origen. Este capítulo parece refutar la afirmación que la corporación hace sobre el proceso de “argentinización” de los “sectores populares urbanos” del período de entreguerras.

Según constata empíricamente el autor, desde 1925 hasta 1945, el PCA fue un partido de bases netamente obreras, tanto por su composición como por su actividad. El comunismo argentino tuvo una gran presencia en el mundo de los trabajadores y logró articular una identidad y una subcultura obreras. Pero, ¿cómo y por qué se produjo esta estrecha vinculación entre esta corriente político-sindical y la clase obrera preperonista? La clave parece haber estado en el proceso de bolchevización descrito en el capítulo I. De esta forma, el PC habría comenzado la conquista de la clase obrera en los lugares de trabajo, pero también en los espacios socioculturales. Este imperativo organizacional, a diferen-

cia de lo que sostiene Aricó, habría trascendido los vaivenes de la estrategia política mundial de la Comintern. Pues la conquista de la clase obrera se inició bajo la estrategia del *frente único*, se profundizó durante el período de *clase contra clase* y se consolidó en el momento en que el PC desarrollaba su política de *frente popular*. “Por eso, —dice el autor— para entender la implantación del comunismo en la clase obrera preperonista resulta más relevante detenerse en la autonomía y continuidad de sus prácticas de intervención militante y en los rasgos de su cultura política obrerista” (p. LIV). Para explicar el ocaso de la experiencia del comunismo en el mundo de los trabajadores, Camarero apela a un factor externo: el populismo. El eclipse del PCA fue producto de la fuerza y velocidad con que surgió el peronismo; de esta forma, el ascendente que el comunismo supo construir en el movimiento obrero fue obturado, reprimido y finalmente extirpado por el poder peronista emergente.

Polemizando con el concepto de “cultura popular barrial”, Camarero sostiene que subsistió una cultura obrera que nunca perdió su especificidad entre 1920 y 1935. Los co-

munistas jugaron un papel importante en esta persistencia, ya que manifestaron una vocación por crear una cultura alternativa a la impuesta por la clase dominante. Durante el período bajo estudio, dentro y fuera de los lugares de trabajo, a través de huelgas y por medio de prácticas socioculturales, se reafirmó una personalidad de clase antagonista y el país continuó siendo un campo de batalla de las pasiones obreras. Según el autor, fue justamente ese contexto el que facilitó la implantación del comunismo en el mundo de los trabajadores.

Como venimos señalando, a lo largo del libro el autor va refutando o matizando con sólida evidencia empírica uno a uno los postulados de la corporación sobre los “sectores populares urbanos”, que Camarero reemplaza con el concepto gramsciano de “clases subalternas”. Demuestra que durante los años ’20 y ’30 la ciudad de Buenos Aires fue el centro industrial del país con la más alta concentración de clase obrera industrial. Aclara que el período de entreguerras no fue de paz social, describiendo y analizando muchos de los conflictos suscitados a lo largo de esos años. Evidencia que se conformó una subcultura

obrera, comunista y contestataria dentro de una cultura obrera amplia y persistente. De lo enunciado por el autor se desprende que la ruptura y mutación en la identidad obrera no fue tal, que pese a los cambios acaecidos siguieron presentes muchos rasgos de continuidad en las clases subalternas. El autor ubica el momento de ruptura histórica en 1945, con la irrupción del peronismo y el ocaso de las fuerzas de izquierda en el movimiento obrero, ubicándose de esta forma en el marco de las interpretaciones rupturistas de los orígenes del peronismo.

Llegado a este punto, nos vamos a permitir hacer una observación sobre el andamiaje teórico-conceptual utilizado por el autor. Según Camarero, y este es uno de los postulados teóricos más fuertes y atractivos del libro, el concepto de clase social debe ser multidimensional y complejo. La constitución de la clase obrera en sujeto histórico —dice el autor— no debe reducirse a una sola de sus dimensiones, sea esta la lucha, la política, la producción o el campo sociocultural. Todas estas esferas de la realidad intervienen en la constitución de dicho sujeto histórico, y todas deben tenerse en cuenta a la hora de abordar su análi-

sis. Esta es la gran apuesta teórica de Camarero. Sin embargo, nos quedamos con ganas de saber algo más acerca de su jerarquización. ¿Todas estas variables tienen el mismo valor? ¿Es una más relevante que las otras? ¿Alguna es estructurante de las otras o tienen un desarrollo autónomo? Siguiendo un criterio cuantitativo, que no termina de convencernos, nos animamos a ensayar una respuesta posible. Revisando el método de exposición y la estructura interna del libro, evidenciamos que cerca de las dos terceras partes de las páginas corresponden al primer eje examinado, el referente a los aspectos sociales y políticos del estudio, pero, más sugerente aún, dentro de este eje el capítulo más extenso es el tercero, con 82 páginas, en el cual se analiza la intervención del comunismo en las huelgas y luchas obreras. Si nos mantenemos dentro

de esta lógica, lo antedicho nos indicaría que el autor considera “la lucha” como la dimensión más importante.

Mas allá de estos comentarios marginales, el libro de Camarero está llamado a ser una referencia obligada para todo aquel que desee abocarse al estudio de la historia de la clase obrera. La originalidad de su enfoque y el análisis empírico que realiza constituyen un aporte al conocimiento de la clase trabajadora preperonista que no puede soslayarse. Es el primer libro que presenta una interpretación global de la problemática. Quedamos a la espera de la publicación de los resultados de la investigación que el autor está realizando sobre el período 1935-1945.

Agustín Nieto
CONICET-
UNMDP-GESMAR

C O N C U R S O P E R I F E R I A S**LA PARTICIPACIÓN COMO EJERCICIO
DE LA DEMOCRACIA****Construcción y organización alternativa a la hegemónica****RESULTADOS**

Durante los meses de diciembre de 2007, enero, febrero y marzo de 2008 se realizó la evaluación de los trabajos recibidos: un total de nueve trabajos, cuatro para la categoría “menores de 25” y cinco en la categoría “mayores de 25”. El resultado ha sido el siguiente:

Categoría menores de 25: Fue declarada “desierta”.

Categoría mayores de 25: “Argentina, un país en movimiento... nuevas formas de participación política. La experiencia de las Asambleas Barriales en Córdoba” de Alejandra Parra (Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad Nacional del Comahue).

El jurado estuvo conformado por Atilio Borón (Facultad de Ciencias Sociales - UBA), María Celia Cotarelo (PIMSA - Programa de Investigaciones del Movimiento Social en Argentina), Oscar Martínez (TEL - Taller de Estudios Laborales), Pablo Pozzi (Facultad de Filosofía y Letras - UBA) y Mabel Thwaites Rey (Facultad de Ciencias Sociales - UBA).

FISYP – Revista *Periferias* agradece a todos (participantes y jurado) la participación en este concurso.

NOTA PARA COLABORADORES

Las colaboraciones deberán ajustarse a las siguientes características de presentación:

- 1) Las colaboraciones serán enviadas por correo electrónico a periferias@rcc.com.ar, en formato de hoja A4, letra Times New Roman tamaño 12 o Arial tamaño 11. Se agregará una página con nombre del autor, domicilio, dirección de e-mail, teléfono y breve información sobre su pertenencia institucional. En lo posible, se hará llegar una copia en papel.
- 2) Los artículos tendrán una extensión máxima de 40.000 caracteres (con espacios), las notas y comunicaciones, 20.000, y las reseñas bibliográficas, 10.000.
- 3) Los artículos de investigación incluirán *abstracts* de no más de cien palabras, en español e inglés.
- 4) Las citas y notas bibliográficas se incluirán al pie del texto, con el siguiente formato: Apellido y nombre del autor, título del libro en cursiva, ciudad de edición, editor, año de publicación. En caso de ser artículos de revista, se entrecomillará el título del trabajo y se consignará en cursiva el nombre de la publicación, agregando número, volumen, serie, año y páginas. Criterio similar deberá asumirse con los capítulos de libros u obras colectivas.
- 5) Las Reseñas Bibliográficas irán encabezadas en el siguiente orden: nombre y apellido del autor o autores de la obra comentada, título, lugar de publicación, editorial y año de edición, nombre y apellido del autor de la reseña.
- 6) Todas las colaboraciones recibidas serán examinadas por el Consejo Asesor de la revista.

A LOS LECTORES

La Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas
cuenta con un espacio radial: **PUENTE 1**,
los viernes de 18 a 20 hs. por FM La Tribu,
88.7 del dial.